

¿ADÓNDE VA FRANCIA?

León Trotsky



Colección Clásicos del Marxismo

Primera edición: septiembre 2006

© 2006, Fundación Federico Engels

ISBN: 978-84-96276-14-7

Depósito Legal: M-51423-2006

IMPRESO EN ESPAÑA - PRINTED IN SPAIN

Publicado y distribuido por la Fundación Federico Engels

C/ Hermanos del Moral 33, bajo

28019 Madrid

Teléfono: 914 283 870 · Fax: 914 283 871

E-mail: fundacion_federico@engels.org · Web: www.engels.org

ÍNDICE

Francia 1934-1937	
Prefacio a la presente edición en castellano	7
Prefacio del autor a la edición francesa de 1936	23
¿Adónde va Francia?	25
Una vez más ¿Adónde va Francia?	61
I. ¿Cómo se llega a una situación revolucionaria?	63
II. Las reivindicaciones inmediatas y la lucha por el poder ..	72
III. La lucha contra el fascismo y la huelga general	83
IV. Socialismo y lucha armada	99
V. El proletariado, los campesinos, el ejército, las mujeres, los jóvenes	104
VI. Por qué la Cuarta Internacional	110
Conclusión	123
Frente Popular y comités de acción	127
Francia en la encrucijada	133
La etapa decisiva	151
La revolución francesa ha comenzado	159
Ante la segunda etapa	165

Francia, 1934-1937

Prefacio a la presente edición en castellano

Greg Oxley

Los trabajadores franceses poseen grandes tradiciones revolucionarias. En el curso de la historia han intentado acabar, con el impulso y la audacia extraordinaria de la que son capaces, con la explotación capitalista. Ocurrió así durante la Comuna de París en 1871, en las grandes huelgas y ocupaciones de 1936, en la situación revolucionaria de 1944-1947 y en la revolución de 1968. Las enseñanzas de estos acontecimientos tienen una importancia crucial para aquellos que participamos en la lucha contra el capitalismo. Incluso hoy en día, la gran amplitud de las luchas en Francia llama regularmente la atención de los trabajadores en todo el mundo. La curva ascendente de movilizaciones de los jóvenes y del movimiento obrero francés, desde 1995 pero sobre todo desde 2002, demuestra que este país pronto conocerá una nueva e importante confrontación entre las clases, o más exactamente, toda una serie de enfrentamientos, en el transcurso de los cuales el derrocamiento del capitalismo se colocará en el orden del día como la tarea práctica inmediata del movimiento sindical, socialista y comunista.

El movimiento revolucionario cuyo punto culminante fue la huelga general de mayo-junio de 1936, comenzó como reacción al levantamiento contra el parlamento de las ligas fascistas el 6 de febrero de 1934. *¿Adónde va Francia?* y otros textos de Trotsky relacionados con este período constituyen un análisis marxista de estos acontecimientos de una riqueza y claridad excepcionales. Aquella fue una oportunidad histórica para derrocar al capitalismo francés y asestar un golpe devastador al fascismo en Alemania, Italia y España. Una oportunidad perdida por los dirigentes socialistas y comunistas de la época, con consecuencias trágicas para los trabajadores de Francia y de toda Europa.

La crisis económica mundial anunciada por el desplome de la bolsa de Wall Street, en octubre de 1929, se propagó casi inmediatamente a la mayoría de los países europeos. Francia se salvó, relativamente, de los primeros envites de la recesión mundial. Pero finalmente, entre 1931 y 1932 la producción industrial cayó bruscamente un 22%, estancándose en este nivel hasta 1940 e incluso más allá.

La crisis industrial afectó de lleno a la clase obrera. El número de parados sobrepasó los 350.000 en 1932, para alcanzar los 826.000 en 1936. El poder adquisitivo se hundió. Tanto en el campo como en la ciudad, se extendía la miseria. Las clases medias (pequeños campesinos, pequeños propietarios, comerciantes, etc.), arruinadas o amenazadas con la ruina, se alejaban en masa del Partido Radical —el principal partido capitalista de la época—, girando hacia las organizaciones fascistas que se aprovechaban de la parálisis del parlamento de la Tercera República, llevando a cabo una intensa agitación por su disolución.

TORMENTA EN EL SFIO

En el congreso del SFIO¹ que tuvo lugar en Tours en diciembre de 1920, el ala de derechas del partido se encontraba en minoría. De los 180.000 militantes con que contaba el partido, más de 90.000 habían ingresado después de 1918. Los nuevos militantes eran jóvenes, rebeldes ante el horror de la guerra imperialista que acababa de terminar, animados por una hostilidad implacable hacia los dirigentes “socialistas” que habían avalado la carnicería en nombre de la “Sagrada Unión” con la burguesía. La mayoría de estos militantes socialistas estaban entusiasmados con la Revolución Rusa y la Internacional Comunista, y habían participado en la poderosa oleada de huelgas y agitación social que había sacudido a Francia nada más terminar la guerra. La escisión que tuvo lugar en el congreso de Tours, privó al ala de derechas del partido de tres cuartas partes de la militancia, de sus medios económicos y de su periódico, *L'Humanité*, que se convirtió en el órgano del naciente Partido Comunista

1. SFIO. Sección Francesa de la Internacional Obrera, nombre del Partido Socialista Francés en los años treinta del siglo pasado.

Francés. No obstante, la dirección de derechas del SFIO siguió conservando 55 de los 68 diputados elegidos a la Asamblea Nacional en 1919, además de todos los alcaldes, concejales y jefes de federaciones. Fueron los burócratas preocupados esencialmente por conservar sus posiciones los que permanecieron en la “casa”, sostenidos por una fracción de militantes minoritaria y ampliamente desmoralizada.

Incluso después de la escisión, el SFIO conoció toda una larga serie de crisis internas dividiéndose entre un ala de izquierdas, hostil a todo entendimiento con el Partido Radical, y un ala de derechas, a favor de un gobierno de coalición con los radicales. En 1924, el dirigente radical Edouard Herriot² llegó a proponer al SFIO una coalición de gobierno. Las negociaciones entre los dos partidos fracasaron, aunque la dirección del SFIO, en torno a León Blum³, se comprometió a apoyar sin reservas al gobierno radical. “Estábamos convencidos”, escribiría posteriormente Blum, “de que seríamos de más ayuda al Partido Radical apoyándolo desde fuera y por unanimidad, que colaborando con él en nombre de un partido inestable y dividido”.

A raíz de la toma del poder de Hitler en Alemania, los *neosocialistas* del SFIO (el ala más de derechas), en torno a Marcel Déat y Adrien Marquet, defendieron una política de “orden y autoridad” porque estas consignas, según decían, explicaban el éxito de los fascistas. Más tarde, ellos mismos se convertirían en notorios fascistas, ofreciendo sus servicios a los nazis después de la ocupación alemana en 1940: Marquet como ministro de Justicia y Déat como ministro de Trabajo. Los neosocialistas, con 22 diputados, 7 senadores y aproximadamente 20.000 militantes, rompieron con el SFIO en octubre de 1933. Algunos meses más tarde, el “látigo de la contrarrevolución” del 6 de febrero de 1934 impulsó precipitadamente a la clase obrera francesa al escenario de la historia.

2. Edouard Herriot (1872-1957). Dirigente del burgués Partido Radical, fundamentalmente identificado en la década del 20 con la política de buscar alianzas con el Partido socialista, primera aproximación al Frente Popular. Trotsky escribió un folleto sobre él, *Edouard Herriot, el político del justo medio* (ver *Escritos de Trotsky, 1935-1936*).

3. León Blum (1872-1950). Presidente del Partido Socialista Francés en la década del 30 y primer del primer gobierno del Frente Popular en 1936.

EL PCF Y EL 'TERCER PERÍODO'

Apenas un año después del ascenso al poder de los nazis en Alemania, la manifestación de los fascistas franceses en febrero de 1934, armados y numerosos, provocó una auténtica conmoción en las filas de la clase obrera francesa. En Alemania, la división de los trabajadores había facilitado, en gran medida, la victoria de los fascistas. La política estalinista del *tercer período* —inaugurada por la Internacional Comunista en su V Congreso de 1928— significó, en la práctica, que los dirigentes comunistas alemanes se opusieran a toda acción común entre los trabajadores comunistas y los socialdemócratas. Estos últimos fueron considerados, a partir del citado congreso de la IC, como *social-fascistas*. Los jefes de la Internacional Comunista rechazaron toda posibilidad de acuerdo de lucha entre las organizaciones obreras.

En Francia, el PCF siguió una política similar hasta 1934. Después de 1924 la política del partido se caracterizó por una serie de zigzags, y la posición del tercer período no podía sino empeorar la desorientación de los militantes. En 1929, Trotsky resumía así la situación: “Los primeros pasos del partido habían estado llenos de promesas. La dirección de la Internacional Comunista unía entonces la perspicacia revolucionaria con la audacia y la atención más profunda a las peculiaridades concretas de cada país. Sólo a través de esta vía era posible el éxito. Los cambios de dirección en la URSS [...] se reflejaron perniciosamente sobre la vida de toda la Internacional Comunista, incluido el partido francés. Se rompió automáticamente la continuidad del desarrollo y la experiencia. Los que dirigían el PCF en la época de Lenin no sólo fueron expulsados de la dirección, sino también del partido. Ya no se podía permitir más que a aquellos que mostrasen la suficiente voluntad de reproducir todos los zigzags de la dirección de Moscú”.

En consecuencia, de 1925 a 1929, los efectivos del PCF pasaron de 83.000 a 35.000 militantes. La mistificación política del tercer período y la asimilación de los trabajadores socialistas como socialfascistas aislaron cada vez más al partido de las masas de los trabajadores. En 1931-1932 no quedaban más que 10.000 militantes en las filas del partido comunista que corría el riesgo de convertirse en una secta. En un artículo publicado en *La Vérité*⁴ el 17 de noviembre de 1933, Trotsky

4. Órgano de expresión de los trotskistas franceses.

explica cómo la teoría del *socialfascismo* estaba minando la credibilidad del movimiento comunista ante los ojos de los trabajadores:

“La fórmula ‘fascismo o comunismo’ es absolutamente justa, pero sólo en última instancia. La fatal política de la Internacional Comunista, respaldada por la autoridad del Estado obrero, no sólo comprometió los métodos revolucionarios sino que dio a la socialdemocracia, manchada por crímenes y traiciones, la posibilidad de levantar de nuevo sobre la clase obrera la bandera de la democracia burguesa como la bandera de la salvación.

“Decenas de millones de trabajadores están alarmados hasta lo más recóndito de su conciencia ante el peligro del fascismo. Hitler les ha mostrado de nuevo lo que significa el aplastamiento de las organizaciones obreras y los derechos democráticos más elementales. Los estalinistas afirmaban durante estos últimos años que entre el fascismo y la democracia burguesa no había diferencia, que el fascismo y la socialdemocracia eran gemelos. Los obreros del mundo entero se convencieron por la trágica experiencia alemana de lo absurdamente criminales que eran tales discursos”.

A partir de febrero de 1934, los dirigentes del PCF acometen un cambio brusco de orientación. Frente a la amenaza mortal del fascismo, la clase obrera francesa aspiraba instintivamente a la unidad de acción. En las manifestaciones antifascistas del 12 de febrero en París, el cortejo de los comunistas se mezclaba entusiasmado, al grito de “¡unidad!”, “¡unidad!”, con el de los socialistas a los que según la línea oficial del PCF se calificaba como socialfascistas. Los dirigentes del partido no podían hacer nada para impedir esta unión de la base. La teoría del socialfascismo, rechazada por la militancia comunista, ya no podía sostenerse.

Sin embargo, la política sectaria del PCF no fue sustituida por el programa del frente único revolucionario de las organizaciones obreras, sino por la política de colaboración de clase dictada por Moscú, cuyas consecuencias iban a resultar desastrosas para los trabajadores franceses. Maurice Thorez⁵ y la dirección del PCF predicaron una nueva

5. Maurice Thorez (1900-1964). Simpatizó a mediados de la década del 20 con las ideas de la Oposición de Izquierda pero después se convirtió en el principal dirigente estalinista de Francia. Defensor de todos los virajes de la Comintern, después de la Segunda Guerra Mundial participó como ministro del gobierno de De Gaulle.

“unión sagrada”, rebautizada para la ocasión como “Frente Popular”. El Frente Popular incluía no sólo a los socialdemócratas, sino también a la clase capitalista, encarnada por el Partido Radical. Así pues, los socialfascistas y *radical-fascistas* de ayer, se convertían a partir de ese momento en aliados de primera importancia en la lucha contra el fascismo.

El abandono de la teoría del socialfascismo respondía también a las exigencias del nuevo cambio de dirección en la política exterior de la URSS, dictada por la degeneración burocrática de la Revolución Rusa. Con la llegada de Stalin al poder a partir de 1924, la política del Estado soviético atravesó toda una serie de zigzags, que eran la consecuencia de la afirmación progresiva del dominio de la casta burocrática conservadora, en el contexto de agotamiento y aislamiento de la revolución en un país atrasado. La teoría del “socialismo en un solo país”, mencionada por primera vez por Stalin en 1924 y luego ratificada como doctrina oficial de la Internacional Comunista en 1928, significaba el abandono del internacionalismo revolucionario a favor de una política al servicio de los intereses diplomáticos de la burocracia soviética. Trotsky, mientras tanto, predecía que la adopción de esta “teoría” por la Internacional Comunista conduciría inevitablemente a la degeneración reformista y nacionalista de sus secciones nacionales. El rumbo posterior de los acontecimientos, tanto en Francia como en otras partes, confirmarían este pronóstico de una manera trágica.

Amenazado por la llegada al poder de Hitler y el rearme de Alemania, el Estado soviético buscó el apoyo diplomático de las “democracias” capitalistas europeas, de Gran Bretaña y Francia. Stalin tendió la mano a los partidos capitalistas seguidores de la “seguridad colectiva”. En mayo de 1935, el presidente del Consejo de Ministros francés, Pierre Laval⁶, visitó Moscú y firmó un pacto de ayuda franco-soviético. Stalin declaró entonces que aprobaba la política de defensa de Francia. Inmediatamente, el PCF cesó toda actividad y propaganda antimilitarista, adoptando la bandera tricolor y *La Marsellesa*.

6. Pierre Laval (1883-1945). Socialista en su juventud, fue ministro de relaciones exteriores entre 1934 y 1935 y negoció el Pacto Franco-Soviético. Primer Ministro desde 1935 a 1936 y nuevamente en 1942, cuando siguió una política de colaboración con Alemania. Fue ejecutado por traición.

Un mes más tarde, la dirección del PCF se declaró dispuesta a sostener a un gobierno capitalista dirigido por el Partido Radical “con tal de remediar la crisis económica y defender las libertades democráticas”. Esta declaración coincidió con un llamamiento a los radicales por parte de Blum, que les invitaba a formar “un gran movimiento popular [...] contra los efectos económicos, políticos y sociales de la crisis capitalista”. El Partido Radical, sacrificado en cuerpo y alma a los intereses de los capitalistas, ¿debía luchar contra las *doscientas familias*?!

La alianza con los radicales implicaba la limitación del programa del Frente Popular a reformas superficiales, sin poner absolutamente en entredicho los intereses fundamentales de los capitalistas. El PCF, aún más que el SFIO, se negaba obstinadamente a integrar en el programa del Frente Popular aquellas medidas susceptibles de “alejar a los radicales”. Thorez hacía hincapié en el hecho de que la propiedad capitalista de la industria y los bancos se debía respetar escrupulosamente. La alianza con los radicales se consagró, el 14 de julio de 1935, al término de un desfile “patriótico” en las calles de París. Blum y Thorez marcharon junto al radical Daladier⁸. Un hecho significativo: en dicha fecha el Partido Radical todavía formaba parte del gobierno reaccionario de Pierre Laval, y no lo abandonó hasta enero de 1936. Laval, al igual que Déat y Marquet, participó en el régimen de Pétain. Sería fusilado en 1945.

DE LAS ELECCIONES A LA HUELGA GENERAL

Finalmente, el Frente Popular ganó en las elecciones del 26 de abril y 3 de mayo de 1936. Los radicales fueron los grandes perdedores de los comicios, sufriendo un retroceso de 400.000 votos. Pero su derrota se dulcificó en la segunda vuelta debido a las renunciaciones de socialistas y comunistas a su favor, convirtiéndose así en los árbitros en la

7. Término con el que se designaba a la oligarquía capitalista que controlaba la economía y la política francesa.

8. Edouard Daladier (1884-1970). Radical-socialista, fue Primer Ministro francés desde 1933 a 1934, cuando fue derrocado tras el intento de golpe de estado fascista. Fue ministro de guerra durante el gobierno de León Blum y de nuevo Primer Ministro. Firmó el Pacto de Munich con Hitler.

Cámara de Diputados: sin los radicales no era posible ninguna mayoría. Los comunistas, por el contrario, consiguieron 1.469.000 votos, lo que representaba 700.000 votos más que en las anteriores elecciones. En lo que respecta al SFIO, la ruptura con los neosocialistas apenas les costó 34.000 votos, y con un total de 1.977.000 votos sobrepasan a los radicales en 20.000 votos. Con 146 escaños, el SFIO se convierte, por primera vez en la historia del país, en el grupo más importante de la cámara. En cuanto a los radicales, consiguen 116 escaños, frente a los 159 que tenían anteriormente. El PCF pasa de 10 a 77 escaños.

La Constitución de la Tercera República preveía un plazo de un mes entre las elecciones y la toma de posesión del nuevo gobierno. Ese período se consagraba generalmente a la pacífica atribución de las carteras ministeriales y otras formalidades administrativas. Pero 1936 marcaría el principio del mayor movimiento revolucionario que había conocido Francia desde la Comuna de París. Mientras Blum, con el apoyo de Thorez y los dirigentes del PCF, se preparaba para velar por los intereses del capitalismo en colaboración con el principal partido capitalista del país, la clase obrera pasaba a la acción.

El 14 de mayo, los obreros metalúrgicos de la fábrica Bloch se ponen en huelga. Esa noche ocuparon la fábrica. Los vecinos de la ciudad les llevaron víveres y aliento. La dirección de la fábrica cedió al día siguiente, concediendo a los huelguistas un aumento salarial y vacaciones pagadas. En los días siguientes, se producen en el país otros movimientos huelguísticos que también terminan en victoria. Estos primeros triunfos despiertan la atención del conjunto de la clase obrera. Blum, que se esfuerza por tranquilizar a los medios capitalistas en cuanto a la “moderación” de sus intenciones, se asusta ante la amplitud del movimiento. Hace un llamamiento solemne a los trabajadores a observar paciencia, es decir, a la inacción. En vano. El 26 de mayo todas las fábricas del sector automovilístico, incluidos los 35.000 trabajadores de la fábrica Renault, y de la industria de la aviación del departamento del Sena se ponen en huelga. La dirección de la CGT, reunificada desde el mes de marzo bajo la dirección de Léon Jouhaux⁹, no está en absoluto a favor del desencadenamiento de este

9. Léon Jouhaux (1870-1954). Secretario general de la CGT, la principal confederación sindical de Francia, que en 1934 contaba alrededor de un millón de afiliados. Era reformista, social-patriota y practicaba la colaboración de clases.

movimiento que se extiende rápidamente a las otras industrias, y que comprende a los obreros que trabajan en las obras de construcción de la Exposición Universal. Jouhaux incita a los trabajadores a que regresen al trabajo, pero no puede impedir la extensión del movimiento. Más allá de los trabajadores industriales, el movimiento huelguístico gana a capas de la clase obrera hasta ese momento desorganizadas e inertes, en general explotadas muy duramente.

Las señales del despertar revolucionario de la clase obrera se multiplican. El 24 de mayo, en la manifestación tradicional de conmemoración de la Comuna de París, en Père Lachaise, el número de manifestantes, que normalmente nunca sobrepasaba unos cuantos centenares, se aproxima ¡a los 600.000! Militares procedentes de un cuartel de Versalles llevaban una banderola en la que se podía leer: “La soldadesca versallesca de 1871 asesinó la Comuna. Los soldados versallescos de 1936 la vengarán”.

Los trabajadores reclamaban garantías de salario mínimo, la semana de 40 horas semanales (en lugar de las 48), aumento de las horas extraordinarias y vacaciones pagadas. Noche y día, ocupaban sus centros de trabajo, creaban piquetes, comités que velaban por la aplicación de las decisiones colectivas y la protección de la herramienta de trabajo contra los actos de sabotaje. El 31 de mayo, *Le Temps*, portavoz de la clase capitalista, constata con horror “el orden que reina en las fábricas”. Los trabajadores se implican, dice el diario, “como si las fábricas ya les pertenecieran”. El 4 de junio, la víspera de la toma de posesión del nuevo gobierno, las huelgas se extienden prácticamente a todas las industrias y comienzan a paralizar la economía nacional.

La huelga general de 1936 llevó la lucha de clases a un nivel que planteaba directamente la cuestión del poder. Como señaló Trotsky acertadamente: “es la unión clara de los oprimidos contra sus opresores”. Por su misma naturaleza, la huelga general obligó a la clase obrera a instaurar su control directo de los medios de producción y asumir progresivamente las funciones del Estado. A través de la acción vigorosa de los trabajadores, se creó una situación revolucionaria en la que tomó cuerpo —en una forma embrionaria— el futuro Estado socialista. Esta amenaza contra la existencia misma del Estado capitalista entró en absoluta contradicción con la colaboración de clase personificada por el Frente Popular. La huelga general asustaba no sólo a la clase capitalista y sus representantes en la dirección

del Partido Radical, sino también a los arquitectos “socialistas” y “comunistas” del Frente Popular. Thorez insistía en que esto no afectase a la propiedad capitalista y los trabajadores, por su parte, ¡se apoderaban directamente de esta propiedad!

Los llamamientos a la calma, a la moderación y al regreso al trabajo, por parte de los dirigentes de la CGT, de Blum y de Thorez, no tenían ningún efecto. Thorez insistía en que la situación “no es revolucionaria” y ponía a los trabajadores en guardia contra el peligro de “hacer el juego al fascismo”. Pero los trabajadores no tenían en cuenta las consignas de sus “dirigentes”. Cuando Blum envió al dirigente sindical comunista Henri Reynaud, acompañado de Jules Moch (secretario general del gobierno), para conseguir que los huelguistas entregaran el combustible necesario a los panaderos de la capital, regresaron con las manos vacías: los trabajadores ni siquiera les abrieron la puerta.

El 6 de junio, el número de huelguistas superaba los 500.000. El 7 de junio se acercaba al millón. La patronal temía que la continuación del movimiento huelguístico llevara a una revolución y al final de la propiedad capitalista. Presa del pánico, y para ayudar a los dirigentes de la CGT a poner fin al movimiento, el gobierno Blum organizó las negociaciones en el Hotel Matignon el 7 de junio. Es una ley de la historia que cuando los capitalistas se encuentran ante la amenaza de perderlo todo, siempre hacen concesiones, recuperándose después cuando ha desaparecido la amenaza. Con este estado de ánimo, la patronal, representada por la CGPF, abordó las negociaciones de Matignon. Blum intentó limitar las concesiones a materias salariales, que finalmente fue del orden de un incremento entre el 7% y el 12% en el sector privado. La patronal concedió también la semana de 40 horas y 2 semanas de vacaciones pagadas, así como el principio de los acuerdos colectivos y de nuevos derechos sindicales.

En su discurso en la Cámara de los Diputados, Blum dijo “confiar” en los acuerdos de Matignon, pero destacó lo que todo el mundo ya sabía: “La crisis no ha terminado”. Era necesario promulgar rápidamente leyes relacionadas con las reformas prometidas. “Estamos, lo sabéis, caballeros, en unas circunstancias donde cada hora cuenta”. En efecto, los acuerdos de Matignon no pusieron fin al movimiento huelguístico, no permitió restablecer la autoridad de los dirigentes sindicalistas, comunistas y sindicales. Todo lo contrario, las

huelgas redoblaron su intensidad. La CGT vio como su número de militantes pasaba de un millón a ¡5.300.000! Los metalúrgicos de la región parisina rechazaron el acuerdo y votaron a favor de seguir la huelga. El número de huelguistas aumentó no sólo en la industria y el comercio, sino también en el medio rural, donde millares de trabajadores agrícolas ocuparon las grandes explotaciones. En París y en numerosas ciudades de las provincias, los cafés, los hoteles y los restaurantes fueron ocupados por los asalariados. En este momento comenzaron a surgir organizaciones comparables a los sóviets de la Revolución Rusa. Por ejemplo, el 8 de junio, en la fábrica Hotchkiss, en Levallois un barrio al noroeste de París, una asamblea que agrupaba a los delegados de 33 fábricas de los alrededores votó una resolución exigiendo la elección de un "comité central de huelga". El 11 de junio, todas las principales industrias de París, en el departamento del Sena, estaban en huelga y en una nueva asamblea en la capital se reunieron 587 delegados representando a 243 fábricas de la región parisina. El número total de huelguistas, según datos del gobierno, se acercaba al 1.200.000. Blum puso en alerta a las tropas de la guardia móvil dispuestas para salir hacia París a reprimir a los huelguistas, y no dejaba de repetir que su gobierno quería respetar "el orden".

Los trabajadores chocaban constantemente con las direcciones de sus propias organizaciones, comprometidas como estaban en la defensa de la propiedad privada y en poner fin al movimiento huelguístico. El 11 de junio, Thorez se dirigió a los metalúrgicos. Los puso en guardia contra el riesgo, según su opinión, de asustar a la pequeña burguesía y romper el Frente Popular, "empeorando el desorden". "Es necesario saber ceder en las transacciones, es necesario saber terminar una huelga (...) no ha llegado la hora de la revolución". Los nuevos sectores de la clase obrera como, por ejemplo, las empleadas de los grandes almacenes de París, se lanzan a la lucha inmediatamente después de la intervención de Thorez, quién pretendía poner fin a esa situación. Sin embargo, durante las dos semanas siguientes, debido al comportamiento traidor de los dirigentes de las organizaciones sindicales y políticas de los trabajadores, el movimiento huelguístico fue agotándose.

El gobierno del Frente Popular sólo se mantuvo doce meses, hasta junio de 1937. El capitalismo francés le debe su supervivencia. Más tarde, Blum mencionaría su papel en 1936 con los siguientes términos:

“En aquella época, entre la burguesía y particularmente los medios patronales, se contaba conmigo como un salvador. La situación era angustiosa y el país se dirigía a la guerra civil así que sólo se podía esperar una intervención presidencial, la llegada de un hombre a quien se le atribuyera el poder de persuasión e influencia sobre la clase obrera, para hacerla entrar en razón y que terminara con ese abuso de su fuerza”. En los hechos, Blum jamás podría haber salvado al capitalismo francés, en 1936, sin el comportamiento igualmente traidor de Maurice Thorez.

* * *

León Trotsky llegó a Francia en julio de 1933, después de haber dejado su lugar de exilio en la isla de Prinkipo, frente a la costa de Estambul. Expulsado de Francia por segunda vez en junio de 1935 —ya lo fue en 1916 a causa de su actividad política contra la Primera Guerra Mundial— fue enviado en primer lugar a Noruega y después a México.

En aquellos momentos, la reacción levantaba la cabeza en Francia. Las concesiones conseguidas en junio de 1936 fueron eliminadas una tras otra. Blum abandonó a los trabajadores españoles a su suerte y sus sucesores no ocultaron su apoyo a las fuerzas franquistas. En Francia, los huelguistas y los manifestantes eran violentamente reprimidos por la policía y las bandas reaccionarias. Los banqueros y los grandes industriales financiaban y armaban a las organizaciones fascistas, en particular al PPF, dirigido por el ex comunista Jacques Doriot. En junio de 1940, el régimen dictatorial de Pétain coronó el triunfo de la contrarrevolución. Algunas semanas más tarde Trotsky fue asesinado en México por un agente estalinista. En un texto inacabado publicado después de su muerte, se encuentran las siguientes líneas sobre la situación en Francia:

“En Francia no hay fascismo en el sentido real del término. El régimen del senil mariscal Pétain representa una forma senil del bonapartismo de la época de declive imperialista. Pero este régimen fue posible sólo después de que la prolongada radicalización de la clase obrera francesa, que condujo a la explosión de junio de 1936, falló en encontrar una salida revolucionaria. La Segunda Internacional y la Tercera, la reaccionaria charlatanería de los ‘frentes populares’, engañaron y desmoralizaron a la clase obrera. Después de cinco años de

propaganda en favor de una alianza de las democracias y de la seguridad colectiva, después del súbito pasaje de Stalin al bando de Hitler, a la clase obrera francesa se la pilló desprevenida. La guerra provocó una terrible desorientación y un estado de derrotismo pasivo, o para decirlo más correctamente, la indiferencia de un callejón sin salida. De esta maraña de circunstancias surgió la catástrofe militar sin precedentes y luego el despreciable régimen de Pétain.

“Precisamente porque el régimen de Pétain es bonapartismo senil no contiene ningún elemento de estabilidad y puede ser derribado mucho más pronto que un régimen fascista por un levantamiento revolucionario de masas”. El levantamiento que Trotsky esperaba tuvo lugar en agosto de 1944.

SETENTA AÑOS DESPUÉS

El desarrollo industrial de Francia después de la Segunda Guerra Mundial ha supuesto una profunda modificación de las relaciones entre la clase capitalista y la asalariada, que constituye hoy el 86% de la población activa. Los trabajadores garantizan todas las funciones esenciales de la sociedad. Nunca, en la historia de Francia, la clase trabajadora ha sido tan fuerte incluso desde el punto de vista de su peso numérico. El aumento de la tecnología en el proceso productivo y la evolución correspondiente de la división del trabajo, hacen que las distintas formas de actividad económica y social alcancen un grado de interdependencia sin precedentes, de modo que una huelga en un sector determinado, incluso aunque implique a un número relativamente pequeño de asalariados, rápidamente puede provocar la parálisis de sectores enteros de la economía. La concentración de los medios de producción y la división del trabajo que acompaña al desarrollo del capitalismo, se traducen en un aumento del peso social y económico de los trabajadores y, en consecuencia, de su poder potencial, en detrimento de todas las demás clases sociales.

En los años treinta, la población urbana sólo constituía la mitad de la población total. En la actualidad, la población “rural” propiamente dicha, no representa más del 6% de la población, y entre los activos de esta pequeña minoría, el 85% son asalariados. La erosión de las capas intermedias de la sociedad significa que la forma más extrema de

reacción capitalista, la instauración de un régimen fascista, hoy es imposible en Francia. La base social necesaria para el desarrollo de un movimiento fascista de masas hoy ya no existe.

Marx decía que Francia era el país donde la lucha de clases en siempre lleva hasta el final. En su época, el lugar aún preponderante del campesinado en la economía y el ejército, significaba que un movimiento revolucionario urbano que no era capaz de atraer rápidamente el apoyo de las capas inferiores de la pequeña burguesía, inevitablemente, era aplastado. Los acontecimientos de junio de 1848 y la experiencia de la Comuna de París en 1871, ilustran bien esta trágica realidad.

A partir de junio de 1936, no se necesitó más de doce meses para que la correlación de fuerzas cambiara radicalmente a favor de la clase capitalista. En las condiciones contemporáneas de Francia, sin embargo, el paso social aplastante de la clase obrera hace que en cuanto se inicia en serio el proceso revolucionario, los trabajadores no sólo dispongan de una, sino toda una serie de oportunidades para tomar el poder, sin que, en el tiempo de reflujos, la clase capitalista pueda invertir de manera decisiva la situación a su favor. La revolución de 1968, como la de 1936, fue abortada por la dirección estalinista del PCF. Pero el curso de los acontecimientos que siguió a la derrota de 1968, ilustra los límites impuestos a la reacción por la nueva correlación de fuerzas entre las clases. Estos límites son aún más grandes hoy en día.

Así pues, hoy, el movimiento obrero francés se enfrenta al capitalismo en un contexto nacional e internacional infinitamente más favorable que en los años treinta. Las premisas fundamentales para la próxima revolución francesa residen en la incapacidad del capitalismo para desarrollar la economía, en su decadencia como potencia mundial y en la regresión social permanente que ha impuesto a la masa de la población. La huelga general del transporte en 1995, la derrota de la derecha en las elecciones legislativas de 1997, la oleada de huelgas por la aplicación de la jornada laboral de 35 horas semanales, las huelgas en la educación pública, las colosales manifestaciones contra el Frente Nacional en las elecciones presidenciales de 2002, las movilizaciones contra la reforma de las pensiones, contra la Constitución Europea y contra el "Contrato de Primer Empleo" (CPE) en 2003, 2005 y 2006, son señales precursoras de la inmensa confrontación entre las clases que se avecina.

La próxima revolución será “solamente nacional” en el sentido en que su tarea inmediata será poner fin a la influencia de la clase capitalista francesa sobre la economía, sobre la administración, sobre las fuerzas armadas y la policía, sobre todos los instrumentos de su poder. Pero será, desde el primer día, un acontecimiento internacional, tanto en sus causas fundamentales como en sus consecuencias a corto plazo. Sacudirá el orden capitalista y provocará un entusiasmo masivo en toda Europa y en el mundo entero.

El estudio de las lecciones de 1936 no tiene nada que ver con un ejercicio académico. Debe servir para preparar a la nueva generación de revolucionarios para las pruebas que les esperan en el próximo futuro. La victoria no está garantizada por anticipado. Al igual que un ejército tiene necesidad de generales, teóricos y estrategias que asimilen las lecciones de las últimas guerras, los trabajadores tendrán la necesidad también, en el enfrentamiento decisivo entre las clases que se presagia, de dirigentes que personifiquen esta experiencia histórica del movimiento obrero internacional, dotados de un temperamento revolucionario intransigente y de una confianza inquebrantable en la capacidad de la clase obrera para apoderarse del poder, para organizar la sociedad sobre una bases nuevas y para abrir una nueva era en la historia de la humanidad, la del socialismo internacional.

Prefacio a la edición francesa de 1936

León Trotsky

Este folleto está constituido por artículos escritos en diferentes momentos de los últimos dos años y medio. Para decirlo con mayor precisión: desde el surgimiento de la coalición fascista-bonapartista-monárquica del 6 de febrero de 1934 hasta la grandiosa huelga de masas de fin de mayo-junio de 1936. ¡Qué grandioso movimiento del péndulo político! Los dirigentes del Frente Popular se inclinan, por supuesto, a atribuir el movimiento hacia la izquierda a la clarividencia y sabiduría de su política. No es ese el caso. El acuerdo tripartito se ha revelado como un factor de tercera en el desarrollo de la crisis política. Comunistas, socialistas y radicales nada previeron y nada dirigieron: los acontecimientos pasaron sobre sus cabezas. El golpe inesperado (para ellos) del 6 de febrero de 1934, obligó a cada uno de ellos a dejar de lado las consignas y las doctrinas de la víspera y buscar la salvación en la alianza con los otros. La huelga de mayo-junio de 1936, igualmente inesperada, dio a este bloque parlamentario un golpe mortal. Lo que podría aparecer, ante una mirada superficial, como el apogeo del Frente Popular es, en realidad, su agonía.

En vista de que las diferentes partes de este folleto aparecieron en distintos momentos, reflejando las diversas etapas de la crisis que atraviesa Francia, el lector hallará en estas páginas, repeticiones inevitables. Eliminarlas significaría desbaratar completamente la estructura de cada una de las partes y, lo que es más importante, despojar a todo el trabajo de su dinámica, que refleja la dinámica de los propios acontecimientos. El autor ha preferido mantener las repeticiones. Ellas pueden, incluso, no carecer de utilidad para el lector. Vivimos en una época de liquidación general del marxismo en las direcciones oficiales del movimiento obrero. Los prejuicios más

vulgares sirven actualmente de doctrina oficial a los dirigentes políticos y sindicales de la clase obrera francesa. Por el contrario, la voz del realismo revolucionario resuena en esta acústica artificial, como la voz del "sectarismo". Con mayor razón es necesario repetir y repetir las verdades fundamentales de la política marxista ante el auditorio de los obreros avanzados.

En tales o cuales afirmaciones particulares del autor, el lector encontrará, quizás, algunas contradicciones. No las hemos eliminado. De hecho, esas supuestas "contradicciones" surgen simplemente de que se han subrayado distintos aspectos de un único fenómeno, en diferentes etapas del proceso. Creemos que el folleto, en su conjunto, ha superado la prueba de los acontecimientos y, quizás, se mostrará capaz de facilitar su comprensión.

Los días de la huelga general tuvieron, sin duda, el mérito de renovar la atmósfera estancada, putrefacta de las organizaciones obreras, purificándolas de las miasmas del reformismo y del patriotismo, en sus variedades "socialista", "comunista" y "sindicalista". Por supuesto, esto no se producirá de un solo golpe ni por sí solo. Tenemos por delante una terca lucha ideológica sobre la base de una dura lucha de clases. Pero la subsiguiente marcha de la crisis pondrá en claro que sólo el marxismo permite captar oportunamente la trama de los acontecimientos y prever su desarrollo futuro.

Los días de febrero de 1934 marcaron la primera ofensiva seria de la contrarrevolución unificada. Los días de mayo-junio de 1936 son el signo de la primera ola poderosa de la revolución proletaria. Estos dos hitos marcan dos caminos posibles: el italiano y el ruso. La democracia parlamentaria, en nombre de la cual actúa el gobierno Blum, quedará reducida a polvo entre dos gigantescas ruedas de molino. Cualesquiera que sean de ahora en adelante las próximas etapas, las combinaciones y los reagrupamientos transitorios, los flujos y reflujos momentáneos, los episodios tácticos, no se puede elegir más que entre el fascismo y la revolución proletaria. Tal es el sentido de la presente obra.

10 de junio de 1936

¿Adónde va Francia?

9 de noviembre de 1934

En estas páginas queremos explicar a los obreros avanzados qué destino espera a Francia durante los años venideros. Para nosotros, Francia no es la Bolsa, ni los bancos, ni los trusts, ni el gobierno, ni el Estado Mayor, ni la Iglesia — todos ellos son los opresores de Francia — sino la clase obrera y los campesinos explotados.

EL DESMORONAMIENTO DE LA DEMOCRACIA BURGUESA

Después de la guerra, se produjeron una serie de revoluciones que significaron brillantes victorias en Rusia, Alemania, Austria-Hungría y, más tarde, en España. Pero fue sólo en Rusia donde el proletariado tomó plenamente el poder en sus manos, expropió a sus explotadores y supo cómo crear y mantener un Estado obrero. En todos los otros casos, el proletariado a pesar de la victoria se detuvo a mitad de camino debido a los errores de su dirección. Como resultado de esto, el poder escapó de sus manos y, desplazándose de izquierda a derecha, terminó siendo presa del fascismo. En otros países el poder cayó en manos de una dictadura militar. En ninguno de ellos los parlamentos fueron capaces de conciliar las contradicciones de clase y asegurar la marcha pacífica de los acontecimientos. El conflicto se resolvió con las armas en la mano.

El pueblo francés durante mucho tiempo pensó que el fascismo no tenía nada que ver con él. Francia era una república y en ella todas las cuestiones eran resueltas por el pueblo soberano mediante el sufragio universal. Pero, el 6 de febrero de 1934, algunos miles de fascistas y monárquicos, armados con revólveres, palos y navajas, impusieron

al país el gobierno reaccionario de Doumergue, bajo cuya protección las bandas fascistas continúan creciendo y armándose. ¿Qué nos deparará el mañana?

Desde luego, en Francia, como en algunos otros países de Europa (Inglaterra, Bélgica, Holanda, Suiza, países escandinavos) aún existe un parlamento, elecciones, libertades democráticas o sus remanentes. Pero en todos estos países la lucha de clases se está exacerbando, como ocurrió anteriormente en Italia y Alemania. Aquel que se consuela con la frase: "Francia no es Alemania", es un estúpido desesperado. En todos los países actúan las mismas leyes: las leyes de la decadencia capitalista. Si los medios de producción continúan en manos de un pequeño número de capitalistas, no hay salvación para la sociedad. Está condenada a ir de crisis en crisis, de miseria en miseria, de mal en peor. En los distintos países, las consecuencias de la decrepitud y decadencia del capitalismo se expresan bajo formas diversas y con ritmos desiguales. Pero, en el fondo, el proceso es el mismo en todos lados. La burguesía está llevando su sociedad a la completa bancarrota. No es capaz de garantizar al pueblo ni el pan ni la paz. Es precisamente por eso que no puede soportar por mucho tiempo más el orden democrático. Está obligada a aplastar a los obreros con el uso de la violencia física. Pero no se puede terminar con el descontento de los obreros y campesinos sólo con la policía. Enviar al ejército contra el pueblo a menudo se hace hartamente imposible, porque comienza a descomponerse y termina con el paso de una gran parte de los soldados al lado del pueblo. Por ello, el gran capital está obligado a crear bandas armadas particulares, especialmente entrenadas para atacar a los obreros, como ciertas razas de perros son entrenadas para atacar a la presa. La función histórica del fascismo es la de aplastar a la clase obrera, destruir sus organizaciones, ahogar la libertad política, cuando los capitalistas ya se sienten incapaces de dirigir y dominar con ayuda de la maquinaria democrática.

El fascismo encuentra su material humano sobre todo en el seno de la pequeña burguesía. Esta última se ve totalmente arruinada por el gran capital. Con la actual estructura social no tiene salvación. Pero no conoce otra salida. Su descontento, su indignación, su desesperación, son desviados por los fascistas del gran capital y dirigidos contra los obreros. Se podría decir que el fascismo es el acto de poner a la pequeña burguesía a disposición de sus peores enemigos. Así, el gran

capital arruina primero a las clases medias y después, con ayuda de demagogos fascistas a sueldo incitan a la pequeña burguesía, en estado de desesperación, contra el proletariado. El régimen burgués es capaz de mantenerse sólo con métodos asesinos como estos. ¿Durante cuánto tiempo? Hasta que sea derrocado por la revolución proletaria.

LOS COMIENZOS DEL BONAPARTISMO EN FRANCIA

En Francia, el movimiento de la democracia hacia el fascismo aún está en su primera etapa. El parlamento existe, pero ya no tiene los poderes de otros tiempos y nunca más los recuperará. La mayoría del parlamento, asustada de muerte tras el 6 de febrero, sitúa en el poder a Doumergue, el salvador, el árbitro. Su gobierno se coloca por encima del parlamento. No se apoya sobre la mayoría “democráticamente” elegida, sino directa e inmediatamente sobre el aparato burocrático, sobre la policía y el ejército. Precisamente por eso, Doumergue no puede admitir ninguna libertad para los funcionarios y, en general, para los empleados públicos. Necesita un aparato burocrático dócil y disciplinado, en cuya cumbre él pueda mantenerse sin peligro de caer. Debido a su terror a los fascistas y al “frente común”, la mayoría parlamentaria está obligada a inclinarse ante Doumergue.

En la actualidad, se escribe mucho sobre la próxima “reforma” de la Constitución, sobre el derecho de disolución de la Cámara de Diputados, etc. Todas estas cuestiones sólo tienen un interés jurídico. En el plano político la cuestión ya está resuelta. La reforma se ha realizado sin viajar a Versalles¹. La aparición sobre la arena de bandas fascistas armadas ha dado a los agentes del gran capital la posibilidad de elevarse por encima del parlamento. En esto radica hoy la esencia de la Constitución francesa. Todo lo demás no es sino ilusión, fraseología o engaño consciente.

El papel actual de Doumergue, como el de sus posibles sucesores (del tipo del mariscal Pétain o de Tardieu) no es algo novedoso. Es similar al que cumplieron, en otras condiciones, Napoleón o Napoleón III.

1. De acuerdo con la Constitución vigente en Francia durante la República (1871-1940), las reformas constitucionales debían aprobarse en una sesión conjunta del Senado y la Cámara de Diputados, reunidos en Versalles.

La esencia del bonapartismo consiste en esto: apoyándose en la lucha de dos campos “salva” a la “nación” con el auxilio de una dictadura burocrático-militar. Napoleón I representa el bonapartismo de la impetuosa juventud de la sociedad burguesa. El bonapartismo de Napoleón III, es el del momento en que, en la cabeza de la burguesía, comienza a aparecer la calvicie. En la persona de Doumergue, encontramos el bonapartismo senil del declive capitalista. El gobierno Doumergue es el primer grado en el paso del parlamentarismo al bonapartismo. Para mantener su equilibrio, Doumergue necesita tener a su derecha a los fascistas y otras bandas, que lo han llevado al poder. Reclamarle que disuelva —no en los papeles, sino en la realidad— a las Juventudes Patrióticas, a los Croix de Feu, a los Camelots du Roi, etc., es reclamarle que corte la rama sobre la que está subido. Naturalmente son posibles oscilaciones temporales en uno u otro sentido. Así, una ofensiva prematura del fascismo podría provocar cierto movimiento hacia “la izquierda” en las altas esferas gubernamentales. Doumergue daría lugar por un momento, no a Tardieu sino a Herriot. Pero, en primer lugar, en ningún momento se ha dicho que los fascistas harían una tentativa prematura de golpe de Estado. En segundo lugar, un movimiento temporal a la “izquierda” en las altas esferas no cambiaría la dirección general del proceso, sólo pospondría el desenlace. No hay camino de regreso a la democracia pacífica. Los acontecimientos conducen inevitable e irresistiblemente a un enfrentamiento entre el proletariado y el fascismo.

¿DURARÁ MUCHO EL BONAPARTISMO?

¿Cuánto tiempo puede mantenerse el actual régimen bonapartista de transición? O, dicho de otro modo: ¿cuánto tiempo le queda al proletariado para prepararse para el combate decisivo? Naturalmente, es imposible responder a esta pregunta con exactitud. Pero, mientras tanto, pueden establecerse algunos datos para apreciar la velocidad de desarrollo de todo el proceso. El elemento más importante es el destino inmediato del Partido Radical.

Por su nacimiento, el bonapartismo actual está ligado, como hemos dicho, al comienzo de una guerra civil entre campos políticos extremos. Su principal apoyo material lo encuentra en la policía y el

ejército. Pero, también tiene un apoyo a la izquierda: el Partido Radical-socialista. La base de este partido de masas está constituida por la pequeña burguesía urbana y rural. La dirección del partido está formada por agentes "democráticos" de la gran burguesía que, de tanto en tanto, han dado al pueblo pequeñas reformas y, más continuamente, frases democráticas; cada día lo han salvado (de palabra) de la reacción y del clericalismo, pero en todas las cuestiones importantes han hecho la política del gran capital. Bajo la amenaza del fascismo, y aún más, bajo la del proletariado, los radicales-socialistas se han visto obligados a pasar del campo de la "democracia" parlamentaria al campo del bonapartismo. Como el camello bajo la fusta del camellero, el radicalismo se ha puesto de rodillas, para permitir a la reacción sentarse entre sus jorobas. Sin el apoyo político de los radicales, el gobierno Doumergue sería inviable en este momento.

Si se compara la evolución política de Francia con la de Alemania, el gobierno Doumergue y sus posibles sucesores corresponden a los gobiernos Brüning, Papen, Schleicher, que llenaron el interregno entre la república de Weimar y Hitler. Sin embargo, hay una diferencia que, políticamente, puede tener una enorme importancia. El bonapartismo alemán entró en escena cuando los partidos democráticos se habían hundido, mientras que los nazis crecían con una fuerza prodigiosa. Los tres gobiernos "bonapartistas" de Alemania, contando con un apoyo político muy débil, se mantenían en equilibrio sobre una cuerda tendida sobre el abismo, entre dos campos hostiles: el proletariado y el fascismo. Esos tres gobiernos cayeron rápidamente. El campo del proletariado estaba entonces dividido, no estaba preparado para la lucha, estaba desorientado y traicionado por sus dirigentes. Los nazis pudieron tomar el poder casi sin luchar.

El fascismo francés todavía hoy no representa una fuerza de masas. Por el contrario, el bonapartismo tiene un apoyo, por cierto no muy seguro ni muy estable, pero de masas, en la persona de los radicales. Entre estos dos hechos existe un nexo interno. Debido al carácter social de su apoyo, el radicalismo es un partido de la pequeña burguesía. Y el fascismo no puede convertirse en fuerza de masas más que conquistando a la pequeña burguesía. En otras palabras: en Francia el fascismo puede desarrollarse principalmente a costa de los radicales. Este proceso ya se está produciendo, aunque aún se encuentra en su etapa inicial.

EL PAPEL DEL PARTIDO RADICAL

Las últimas elecciones cantonales han arrojado los resultados que se podían y debían prever. Los flancos, es decir los reaccionarios por un lado y el bloque obrero por el otro, han ganado posiciones; mientras que el centro, es decir, los radicales, han perdido. Pero las ganancias y las pérdidas aún son ínfimas. Si hubieran sido elecciones parlamentarias este fenómeno habría adquirido, sin duda, unas dimensiones considerables. Para nosotros, los desplazamientos observados no tienen importancia en sí mismos, sino sólo como un síntoma de cambio en la conciencia de las masas. Muestran que el centro pequeño-burgués ya ha comenzado a desmoronarse en favor de los campos extremos. Esto significa que los restos del régimen parlamentario serán progresivamente roídos. Los campos extremos van a crecer y se aproximan enfrentamientos entre ellos. No es difícil comprender que este proceso es absolutamente inevitable.

Con la ayuda del Partido Radical la gran burguesía mantenía las esperanzas de la pequeña burguesía en una mejora progresiva y pacífica de su situación. Ese papel de los radicales sólo fue posible mientras la situación económica de la pequeña burguesía seguía siendo soportable y tolerable, mientras no sufría la ruina masiva y albergaba esperanzas en el porvenir. Por cierto, el programa de los radicales siempre fue un simple pedazo de papel. Los radicales no han realizado ninguna reforma social seria en favor de los trabajadores y no podrían hacerla, la gran burguesía no lo habría permitido, en sus manos están todas las palancas reales del poder: los bancos y la bolsa, la prensa, los altos funcionarios, la diplomacia, el Estado Mayor. Algunas pequeñas limosnas que obtenían los radicales de cuando en cuando, en beneficio de su clientela, sobre todo en el marco provincial, servían para mantener las ilusiones de las masas populares. Así ocurrió hasta la última crisis. En la actualidad, para el campesino más atrasado es evidente que no se trata de una crisis pasajera corriente, como hubo, no pocas, antes de la guerra, sino de una crisis de todo el sistema social. Son necesarias medidas firmes y decisivas. ¿Cuáles? El campesino no lo sabe. Nadie se lo ha dicho, y es lo que él necesitaría.

El capitalismo ha llevado los medios de producción a un nivel tal, que están paralizados por la miseria de las masas populares arruinadas por el mismo capitalismo. Por eso, todo el sistema ha

entrado en un período de decadencia, descomposición y putrefacción. El capitalismo no sólo no puede dar a los trabajadores nuevas reformas sociales o ni siquiera puede conceder pequeñas limosnas, sino que además se ve obligado a quitarle las que antes concedió. Toda Europa ha entrado en una época de contrarreformas económicas y políticas. Lo que provoca la política de expoliación y asfixia de las masas no son los caprichos de la reacción, sino la descomposición del sistema capitalista. Ahí está el hecho fundamental, que debe ser asimilado por cada obrero si no quiere que se lo engañe con frases vacías. Precisamente por eso, los partidos reformistas democráticos se descomponen y pierden fuerza, uno tras otro, en toda Europa. Es la misma suerte que espera a los radicales franceses. Sólo gente sin cerebro puede pensar que la capitulación de Daladier o el servilismo de Herriot ante la peor reacción son el resultado de causas fortuitas, temporales o de falta de carácter de esos dos jefes lamentables. ¡No! Los grandes fenómenos políticos tienen, siempre, profundas causas sociales. La decadencia de los partidos democráticos es un fenómeno universal que tiene sus razones en la decadencia del propio capitalismo. La gran burguesía dice a los radicales: “No es momento de juegos. Si no dejan de coquetear con los socialistas y de flirtear con el pueblo, prometiéndole el oro y el moro, llamo a los fascistas. ¡Entiendan bien que el 6 de febrero no fue más que una primera advertencia!”. Después de lo cual, el camello radical se pone de rodillas. No le queda otra cosa para hacer.

Pero el radicalismo no encontrará su salvación por este camino. Ligando, ante los ojos de todo el pueblo, su suerte a la suerte de la reacción, ¡se acerca inevitablemente a su propio final! La pérdida de votos y de posiciones en las elecciones cantonales no es sino el comienzo. Después, el proceso de derrumbe del Partido Radical irá cada vez más rápido. Toda la cuestión es saber a favor de quién, si de la revolución proletaria o del fascismo, se producirá ese derrumbe inevitable e irresistible.

¿Quién presentará primero, más ampliamente y con mayor fuerza a las clases medias el programa más convincente? Y, lo más importante, ¿quién conquistará su confianza mostrando con palabras y hechos que es capaz de eliminar todos los obstáculos en el camino de un porvenir mejor? ¿El socialismo revolucionario o la reacción

fascista? De esta cuestión depende la suerte de Francia por muchos años. No sólo de Francia, sino de Europa. No sólo de Europa, sino del mundo entero.

LAS 'CLASES MEDIAS', EL PARTIDO RADICAL Y EL FASCISMO

Desde el momento de la victoria de los nazis en Alemania, en los partidos y grupos de "izquierda" se ha hablado mucho sobre la necesidad de acercarse a las *clases medias* para cerrar el camino al fascismo. La fracción Renaudel y Cía. se ha separado del Partido Socialista con el objetivo especial de acercarse a los radicales. Pero, al mismo tiempo que Renaudel, que vive en las ideas de 1848, tendía las dos manos hacia Herriot, éste las tenía ocupadas: una con Tardieu y la otra con Louis Mann.

De aquí, sin embargo, no se concluye en absoluto que la clase obrera deba dar la espalda a la pequeña burguesía, abandonándola a su suerte. ¡De ningún modo! Acercarse a los campesinos y pequeños burgueses de la ciudad, atraerlos a nuestro lado, es la condición necesaria del éxito en la lucha contra el fascismo, por no hablar de la conquista del poder. Sólo es necesario plantear el problema de un modo correcto. Pero para ello se debe comprender claramente cuál es la naturaleza de las clases medias. Nada es más peligroso, especialmente en un período crítico, que repetir fórmulas generales sin examinar su contenido social.

La sociedad contemporánea se compone de tres clases: la gran burguesía, el proletariado y las clases medias o pequeña burguesía. Las relaciones entre estas tres clases determinan en última instancia la situación política del país. Las clases fundamentales de la sociedad son la gran burguesía y el proletariado. Estas dos clases son las únicas que pueden tener una política independiente, clara y consecuente. La pequeña burguesía se distingue por su dependencia económica y su heterogeneidad social. Su capa superior está conectada inmediatamente con la gran burguesía. Su capa inferior se mezcla con el proletariado y llega a caer incluso en el estado del lúmpemproletariado. Debido a su situación económica, la pequeña burguesía no puede tener una política independiente. Oscila siempre entre los capitalistas y los obreros. Su propia capa superior la empuja hacia la derecha; sus

capas inferiores, oprimidas y explotadas, son capaces, en ciertas condiciones, de virar bruscamente a la izquierda, debido a esas relaciones contradictorias de las diferentes capas de las clases medias, la pequeña burguesía siempre ha estado determinada por la política confusa y absolutamente inconsistente de los radicales, de ahí sus vacilaciones entre el bloque con los socialistas, para calmar a la base, y el bloque nacional con la reacción capitalista, para salvar a la burguesía. La descomposición definitiva del radicalismo comienza desde el mismo momento en que la gran burguesía, ella misma en un callejón sin salida, no le permite seguir oscilando. La pequeña burguesía, las masas arruinadas de las ciudades y del campo, comienza a perder la paciencia. Toma una actitud cada vez más hostil hacia su propia capa superior; se convence en los hechos de la inconsistencia y perfidia de su dirección política. El campesino pobre, el artesano, el pequeño comerciante, se convence en los hechos de que les separa un abismo de todos esos intendentes, de todos esos abogados, de todos esos políticos arribistas, del estilo de Herriot, Daladier, Chautemps y Cía. que, por su forma de vida y por sus concepciones, son grandes burgueses. Es precisamente esta desilusión de la pequeña burguesía, su impaciencia, su desesperación, lo que explota el fascismo. Sus agitadores estigmatizan y maldicen a la democracia parlamentaria, que respalda a los arribistas y *staviskratas*², pero que no da nada a los explotados. Estos demagogos blanden el puño en dirección a los banqueros, los grandes comerciantes, los capitalistas. Esas palabras y esos gestos responden plenamente a los sentimientos de los pequeños propietarios, caídos en una situación sin salida. Los fascistas muestran audacia, salen a la calle, se enfrentan a la policía, intentan acabar con el Parlamento por la fuerza. Esto impresiona al pequeñoburgués sumido en la desesperación. Se dice: “Los radicales, entre los que hay muchos estafadores, se han vendido definitivamente a los banqueros; los socialistas prometen desde hace mucho eliminar la explotación, pero nunca pasan de las palabras a los hechos; a los comunistas no se los puede entender: hoy una cosa, mañana otra, veamos si los fascistas pueden traernos la salvación”.

2. En el período a que hace referencia el texto, varios escándalos financieros conmovieron a Francia, dando material propagandístico a los fascistas. La palabra *staviskratas* hace referencia al protagonista del más sonado y cuantioso de estos escándalos: Stavisky, estafador ligado a las más altas esferas gubernamentales

¿ES INEVITABLE EL PASO DE LAS CLASES MEDIAS AL CAMPO DEL FASCISMO?

Renaudel, Frossard y sus semejantes se imaginan que la pequeña burguesía está apegada sobre todo a la democracia y que precisamente por eso es necesario unirse a los radicales. ¡Qué monstruosa aberración! La democracia no es más que una forma política. La pequeña burguesía no se preocupa por la cáscara de la nuez sino por su fruto. Busca salvarse de la miseria y la ruina. ¿Que la democracia se muestra ineficaz? ¡Al diablo con la democracia! Así razona o siente todo pequeñoburgués. En la indignación creciente de las capas inferiores de la pequeña burguesía contra sus propias capas superiores, "instruidas", municipales, cantonales, parlamentarias, se encuentra la principal fuente social y política del fascismo. A esto debe añadirse el odio de la juventud intelectual, aplastada por la crisis, hacia los abogados, los profesores, los diputados y los ministros advenedizos. Aquí también, en consecuencia, los intelectuales pequeñoburgueses inferiores se rebelan contra los que están por encima de ellos.

¿Significa esto que el paso de la pequeña burguesía al fascismo será inevitable e ineludible? No, tal conclusión sería un fatalismo vergonzoso. Lo realmente inevitable es el final del radicalismo y de todas las agrupaciones políticas que ligen su suerte a la de éste. En condiciones de decadencia capitalista, ya no hay lugar para un partido de reformas democráticas y de avance "pacífico". Cualquiera que sea la vía por la que pase el futuro de Francia, el radicalismo desaparecerá, de cualquier modo, de la escena rechazado y despreciado por la pequeña burguesía, a la que traicionó definitivamente. Todo obrero consciente se convencerá a partir de ahora de que nuestra predicción responde a la realidad, sobre la base de los hechos y de la experiencia de cada día. Nuevas elecciones sólo traerán derrotas para los radicales. De ellos se desprenderán unas capas tras otras, las masas populares abajo, los grupos de arribistas asustados arriba. Deserciones, escisiones, traiciones, continuarán ininterrumpidamente. Ninguna maniobra o bloque salvará al Partido Radical. Consigo arrastrará al abismo al "partido" de Renaudel, Déat y Cía. El fin del Partido Radical es el resultado inevitable del hecho de que la sociedad burguesa no puede acabar con sus dificultades con ayuda de

métodos supuestamente democráticos. La escisión entre la base de la pequeña burguesía y sus direcciones es algo inevitable.

Pero esto no significa de ningún modo que las masas que siguen al radicalismo deban poner sus esperanzas inevitablemente en el fascismo. Por supuesto, el sector más desmoralizado, más desclasado y más ávido de la juventud de las clases medias ya ha hecho su elección en ese sentido. De esta reserva se nutren sobre todo las bandas fascistas. Pero las grandes masas pequeñoburguesas de las ciudades y el campo no han hecho aún su elección. Vacilan ante una gran decisión. Precisamente porque vacilan aún continúan, pero ya sin confianza, votando a los radicales. Sin embargo, esta situación de vacilación e irresolución no durará años, sino meses. El desarrollo político va a adquirir, en el período próximo, un ritmo febril. La pequeña burguesía rechazará la demagogia del fascismo sólo si puede poner su fe en la realidad de otro camino. Ese otro camino es el de la revolución proletaria.

¿ES VERDAD QUE LA PEQUEÑA BURGUESÍA TEME A LA REVOLUCIÓN?

Los cretinos parlamentarios, que se creen conocedores del pueblo, gustan de repetir: "No hay que asustar a las clases medias con la revolución, aborrecen los extremos." Bajo esta forma general, esta afirmación es absolutamente falsa. Naturalmente, el pequeño propietario tiende al orden, en tanto que sus negocios marchan bien y mientras tiene esperanzas de que marchen aún mejor. Pero, cuando ha perdido esa esperanza, es fácilmente presa de la rabia y está dispuesto a abandonarse a las medidas más extremas. En caso contrario, ¿cómo habría podido derrocar al estado democrático y llevar al fascismo al poder en Italia y Alemania? Los pequeñoburgueses desesperados ven ante todo en el fascismo una fuerza combativa contra el gran capital, y creen que, a diferencia de los partidos obreros que trabajan solamente con las palabras, el fascismo utilizará los puños para imponer más "justicia". Entienden, a su manera, que no se puede prescindir del uso de la fuerza.

Es falso, tres veces falso, afirmar que en la actualidad la pequeña burguesía no se dirige a los partidos obreros porque teme a las "medidas extremas". Al contrario, la capa inferior de la pequeña burguesía, sus grandes masas no ven en los partidos obreros más que máquinas

parlamentarias, no creen en su fuerza, no los creen capaces de luchar, no creen que esta vez estén dispuestos a llevar la lucha hasta el final. Y si es así, ¿vale la pena reemplazar al radicalismo por sus colegas parlamentarios de izquierda? Así es cómo razona o siente el propietario semiexpropiado, arruinado e indignado. Sin la comprensión de esta psicología de los campesinos, artesanos, empleados, pequeños funcionarios, etc. — psicología que surge de la crisis social — es imposible elaborar una política correcta.

La pequeña burguesía es económicamente dependiente y está políticamente atomizada. Por eso no puede tener una política propia. Necesita un “jefe” que le inspire confianza. Ese jefe individual o colectivo (es decir, una persona o un partido) puede ser provisto por una u otra de las clases fundamentales, ya sea la gran burguesía o el proletariado. El fascismo unifica y arma a las masas dispersas, a partir de una “polvareda humana” organiza destacamentos de combate. Así, da a la pequeña burguesía la ilusión de ser independiente. Comienza a imaginarse que realmente, dirigirá el Estado. ¡No hay nada de sorprendente en que esas ilusiones y esas esperanzas se le suban a la cabeza!

Pero la pequeña burguesía puede también encontrar un líder en el proletariado. Lo ha demostrado en Rusia y parcialmente en España. Ha tendido a ello en Italia, en Alemania y en Austria.

Pero los partidos del proletariado no han estado a la altura de su tarea histórica. Para atraer a su lado a la pequeña burguesía, el proletariado debe conquistar su confianza. Y, para ello, debe comenzar por tener él mismo confianza en sus propias fuerzas. Necesita tener un programa de acción claro y estar dispuesto a luchar por el poder por todos los medios posibles. Atemperado por su partido revolucionario para una lucha decisiva e implacable, el proletariado dice a los campesinos y a los pequeños burgueses de la ciudad:

“Lucho por el poder, he aquí mi programa, no emplearé la fuerza más que contra el gran capital y sus lacayos, pero con vosotros, los explotados, quiero hacer una alianza sobre la base de un programa concreto”. El campesino comprenderá semejante lenguaje. Hace falta, solamente, que tenga confianza en la capacidad del proletariado para tomar el poder. Para eso, es indispensable eliminar del frente único todo equívoco, toda indecisión y las frases vacías. Es indispensable comprender la situación y situarse seriamente en el camino revolucionario.

UNA ALIANZA CON LOS RADICALES SERÍA UNA ALIANZA CONTRA LAS CLASES MEDIAS

Renaudel, Frossard y sus semejantes se imaginan con toda seriedad que una alianza con los radicales es una alianza con las “clases medias” y, en consecuencia, una barrera contra el fascismo. Estas personas no ven otra cosa que las sombras parlamentarias. Ignoran la evolución real de las masas y corren tras lo que ha sobrevivido del “Partido Radical” y que hace tiempo les ha dado la espalda. Piensan que en una época de gran crisis social, una alianza de clases puede ser reemplazada por un bloque con una pandilla parlamentaria comprometida y condenada a la desaparición. Una verdadera alianza del proletariado y las clases medias no es una cuestión de estadística parlamentaria, sino de dinámica revolucionaria. Esa alianza es necesario crearla y forjarla en la lucha.

El fondo de la situación política actual está en el hecho de que la pequeña burguesía desesperada comienza a desembarazarse del yugo de la disciplina parlamentaria y de la tutela de la pandilla “radical” conservadora, que siempre ha engañado al pueblo y que ahora le ha traicionado definitivamente. En esta situación, ligarse a los radicales significa autocondenarse al desprecio de las masas y empujar a la pequeña burguesía a los brazos del fascismo, como el único salvador.

El partido obrero no debe ocuparse de salvar al partido de los especialistas en quiebras, debe, por el contrario, acelerar con todas sus fuerzas el proceso de liberación de las masas de la influencia radical. Cuanto mayor celo y energía ponga en el cumplimiento de esa tarea, preparará más certera y rápidamente la alianza de la clase obrera con la pequeña burguesía. Es necesario ponerse a la cabeza de ellas y no a su cola. La historia avanza hoy rápidamente. ¡Peor para el que se quede rezagado!

Cuando Frossard niega al Partido Socialista el derecho de desmascarar, debilitar y descomponer al Partido Radical, actúa como un radical conservador, no como un socialista. Sólo tiene derecho a la existencia histórica el partido que cree en su programa y se esfuerza por reunir a todo el pueblo bajo su bandera. En caso contrario, no es un partido histórico, sino una pandilla parlamentaria, una banda de arribistas. No es solamente el derecho, sino el deber elemental del partido del proletariado, liberar a las masas trabajadoras de la nefasta

influencia de la burguesía. Esta tarea histórica toma en la actualidad una agudeza particular, pues los radicales se esfuerzan más que nunca en cubrir el trabajo de la reacción, adormecer y engañar al pueblo, y preparar así la victoria del fascismo. ¿Los radicales de izquierda? También ellos capitulan ante Herriot, como Herriot lo hace ante Tardieu.

Frossard quiere creer que la alianza de los socialistas con los radicales conducirá a un gobierno de “izquierda” que disolverá a las organizaciones fascistas y salvará a la República. Es difícil imaginar una amalgama más monstruosa de ilusiones democráticas y de cinismo policial. Cuando decimos que es necesaria una milicia popular —hablaremos de esto en detalle más adelante—, Frossard y sus semejantes objetan: “Contra el fascismo no se debe luchar con medios físicos, sino ideológicamente”. Cuando decimos: sólo una fuerte movilización revolucionaria de las masas (que no es posible más que en una lucha contra el radicalismo) es capaz de socavar el suelo bajo los pies del fascismo, las mismas personas nos replica: “No, sólo puede salvarnos la policía del gobierno Daladier-Frossard”.

¡Qué balbucesos tan lamentables! Los radicales han tenido el poder y, si han consentido en cedérselo a Doumergue, no es porque les faltara la ayuda de Frossard, sino porque temían al fascismo, temían a la gran burguesía que los amenazaba con las navajas monárquicas, y porque temían aún más al proletariado que comenzaba a levantarse contra el fascismo. Para colmo fue el propio Frossard quien, asustado del espanto de los radicales, aconsejó a Daladier que capitulara.

Si se admite por un instante — ¡hipótesis manifiestamente inverosímil! — que los radicales hubieran consentido en romper la alianza con Doumergue por la alianza con Frossard, las bandas fascistas, esta vez con la colaboración directa de la policía, hubieran salido a la calle en número tres veces mayor, y los radicales junto con Frossard, se hubieran metido debajo de la mesa o se hubieran ocultado en los reductos más secretos de sus ministerios.

Pero hagamos una hipótesis aún más fantástica: la policía de Daladier-Frossard “desarma” a los fascistas. ¿Es que eso resuelve la cuestión? ¿Quién desarmará a la propia policía que, con la mano derecha, devolverá a las fascistas lo que les haya quitado con la mano izquierda? La comedia del desarme de los fascistas no haría otra cosa que aumentar la autoridad de los fascistas, como combatientes contra el Estado capitalista. Los golpes contra las bandas fascistas no pueden ser

reales más que en la medida en que esas bandas sean, al mismo tiempo, aisladas políticamente. Mientras tanto, el hipotético gobierno Daladier-Frossard no daría nada a los obreros ni a las masas pequeño-burguesas, pues no podría atentar contra los fundamentos de la propiedad privada. Y, sin expropiación de los bancos, de las grandes empresas comerciales, de las industrias clave, de los transportes, sin monopolio del comercio exterior y sin una serie de medidas profundas, no es posible en absoluto, acudir en ayuda del campesino, del artesano o del pequeño comerciante. Por su pasividad, por su impotencia, por su mentira, el gobierno Daladier-Frossard provocaría una tempestad de indignación en la pequeña burguesía y la empujaría definitivamente en la vía del fascismo..., si ese gobierno fuera posible.

Sin embargo, hay que reconocer que Frossard no está solo. El mismo día (24 de octubre) en que el moderado Zyromsky intervenía en *Le Populaire* contra el intento de Frossard de hacer renacer el cartel³, Cachin intervenía en *L'Humanité* para defender la idea de un bloque con los radicales socialistas. Él, Cachin, saludaba con entusiasmo el hecho de que los radicales se hubieran pronunciado por el “desarme” de los fascistas. Por cierto, los radicales se han pronunciado por el desarme de todos, incluyendo a las organizaciones obreras. Desde luego, en manos del Estado bonapartista, tal medida sería dirigida sobre todo contra los obreros. Desde luego, los fascistas “desarmados” recibirían al día siguiente el doble de armas, no sin ayuda de la policía. Pero, ¿para qué preocuparse con sombrías reflexiones? Todo hombre necesita una esperanza. Y he aquí a Cachin, que va tras las huellas de Wels y Otto Bauer, quienes esperaron, en su momento, la salvación por medio de un desarme realizado por las policías de Brüning y Dollfuss. Haciendo un viraje de 180°, Cachin identifica a los radicales con las clases medias. No ve a los campesinos oprimidos más que a través del prisma del radicalismo. No se imagina la alianza con los pequeños propietarios trabajadores de otro modo que bajo la forma de un bloque con los arribistas parlamentarios que, por fin, han comenzado a perder la confianza de los pequeños propietarios. En lugar de alimentar y de atizar la incipiente indignación del campesino y del artesano contra los explotadores “democráticos” y de dirigir

3. Acuerdo parlamentario de radicales y socialistas.

esa indignación hacia una alianza con el proletariado, Cachin se prepara para sostener a los estafadores radicales con la autoridad del "frente común" y, de ese modo, empujar a las capas inferiores de la pequeña burguesía a la indignación y por el camino al fascismo.

La torpeza teórica atrajo siempre se encontró con una cruel venganza en la política revolucionaria. El "antifascismo", como el "fascismo", no son para los estalinistas conceptos concretos, sino dos grandes bolsas vacías en las que meten todo lo que cae en sus manos. Doumergue es para ellos un fascista, como antes también lo fue Daladier. De hecho, Doumergue es un explotador capitalista del ala fascista de la pequeña burguesía, del mismo modo que Herriot es un explotador de la pequeña burguesía radical. Actualmente, esos dos sistemas se combinan en el régimen bonapartista. Doumergue también es, a su manera, un "antifascista", pues prefiere una dictadura pacífica, militar y policial, del gran capital a una guerra civil de resultado siempre incierto. Por terror al fascismo y más aún al proletariado, el "antifascista" Daladier se ha unido a Doumergue. Pero el régimen de Doumergue es inconcebible sin la existencia de las bandas fascistas. ¡El análisis marxista elemental demuestra así la inconsistencia de la idea de la alianza con los radicales contra el fascismo! Los propios radicales se toman el trabajo de mostrar en los hechos cuán fantásticas y reaccionarias son las quimeras políticas de Frossard y de Cachin.

LA MILICIA OBRERA Y SUS ADVERSARIOS

Para luchar, hay que conservar y reforzar los instrumentos y medios de lucha: las organizaciones, la prensa, las reuniones, etc. El fascismo los amenaza, directa o indirectamente. Aún es muy débil para lanzarse a la lucha directa por el poder, pero es bastante fuerte como para intentar abatir a las organizaciones obreras pedazo a pedazo, para templar a sus bandas en esos ataques, para sembrar en las filas obreras el desaliento y la falta de confianza en las propias fuerzas. Por otra parte, el fascismo encuentra auxiliares inconscientes en todos aquellos que dicen que la "lucha física" es inadmisibles y desesperada, que reclaman a Doumergue el desarme de sus guardias fascistas. Nada es tan peligroso para el proletariado, especialmente en las condiciones actuales, como el veneno azucarado de las falsas esperanzas.

Nada aumenta tanto la insolencia de los fascistas como el “endeble pacifismo” de las organizaciones obreras. Nada destruye tanto la confianza de las clases medias en el proletariado como la pasividad expectante y la ausencia de voluntad de lucha.

Le Populaire y particularmente *L’Humanité* escriben todos los días: “El frente único es una barrera contra el fascismo”, “El frente único no permitirá...”, “Los fascistas no se atreverán”, etc. Esto sólo son frases. A los obreros, socialistas y comunistas, hay que decir exactamente: “No permitid que los periodistas y oradores superficiales e irresponsables os adormezcan con frases. Se trata de vuestras cabezas y del porvenir del socialismo”. No somos nosotros quienes negamos la importancia del frente único: lo hemos exigido cuando los dirigentes de los dos partidos estaban contra él. El frente único abre enormes posibilidades. Pero nada más. El frente único, en sí mismo, no decide nada. Sólo la lucha de las masas decide. El frente único se revelará como una gran cosa cuando los destacamentos comunistas acudan en ayuda de los destacamentos socialistas —y a la inversa—, en el caso de un ataque de las bandas fascistas contra *Le Populaire* o *L’Humanité*. Pero, para que eso ocurra, los destacamentos de combate proletarios deben existir, educarse, entrenarse, armarse. Y si no hay organización de defensa, es decir una milicia obrera, *Le Populaire* y *L’Humanité* podrán escribir todo lo que quieran sobre la omnipotencia del frente único y los dos diarios se encontrarán indefensos ante el primer ataque bien preparado de los fascistas. Intentemos hacer un examen crítico de los “argumentos” y de las “teorías” de los adversarios de la milicia obrera, que son muchos y muy influyentes en los dos partidos obreros.

“Necesitamos autodefensa de masas y no milicia”, nos dicen a menudo. Pero, ¿qué es esta “autodefensa de masas” sin una organización de combate, sin cuadros especializados, sin armamento? Dejar a las masas no organizadas, no preparadas, abandonadas a sí mismas, la defensa contra el fascismo, sería interpretar un papel incomparablemente más bajo que el de Poncio Pilatos. Negar el papel de la milicia, es negar el papel de la vanguardia. En ese caso ¿para qué un partido? Sin el apoyo de las masas la milicia no es nada. Pero, sin destacamentos de combate organizados, las masas más heroicas serán aplastadas, sector por sector, por las bandas fascistas. Oponer la milicia a la autodefensa es absurdo. *La milicia es el órgano de la autodefensa.*

“Defender la organización de la milicia”, dicen algunos adversarios, por cierto poco serios y poco honestos, es una “provocación”. Esto no es un argumento, sino un insulto. Si la necesidad de defender las organizaciones obreras surge de toda la situación, ¿cómo se puede no llamar a la creación de milicias? ¿Nos pueden decir que la creación de milicias “provoca” los ataques de los fascistas y la represión del gobierno? En tal caso, se trata de un argumento absolutamente reaccionario. El liberalismo ha dicho siempre a los obreros que ellos “provocan” la reacción debido a su lucha de clases. Los reformistas repitieron esta acusación contra los marxistas, los mencheviques contra los bolcheviques. Estas acusaciones se reducen, en definitiva, a este profundo pensamiento: si los oprimidos no se pusieran en movimiento los opresores no se verían obligados a golpearlos. Es la filosofía de Tolstoi y de Gandhi, pero de ningún modo la de Marx y Lenin. Si *L’Humanité* desea desde ahora desarrollar la doctrina de la “no resistencia al mal mediante la violencia”, debería tomar como símbolo, no la hoz y el martillo, emblema de la Revolución de Octubre, sino la piadosa cabra que nutre a Gandhi con su leche.

“Pero, el armamento de los obreros no es oportuno más que en una situación revolucionaria que aún no existe”. Este profundo argumento significa que los obreros deben dejarse golpear hasta que la situación se vuelva revolucionaria. Los que ayer predicaban el tercer período no quieren ver lo que pasa ante sus ojos. La propia cuestión del armamento ha surgido prácticamente porque la situación “pacífica”, “normal” y “democrática”, ha dado lugar a una situación agitada, crítica, inestable, que puede muy fácilmente transformarse tanto en una situación revolucionaria como en una contrarrevolucionaria. Esa alternativa depende, ante todo, de esto: ¿Se dejarán golpear los obreros de vanguardia, impunemente, sector por sector o, a cada golpe responderán con dos golpes, despertando el coraje de los oprimidos y uniéndolos bajo su bandera? Una situación revolucionaria no cae del cielo. Toma forma con la participación activa de la clase revolucionaria y de su partido.

Los estalinistas franceses invocan el hecho de que la milicia no ha salvado al proletariado alemán de la derrota. Hasta ayer, negaban que hubiera derrota en Alemania y afirmaban que la política de los estalinistas alemanes había sido justa de principio a fin. Hoy, ven todo el mal en la milicia obrera alemana (*Rote Front*). Así, de un error

caen en el error opuesto, no menos monstruoso. La milicia no resuelve la cuestión por sí misma. Hace falta una política correcta. Y la política de los estalinistas en Alemania (“el socialfascismo es el enemigo principal”, la división sindical, el coqueteo con el nacionalismo, el *putschismo*) condujo fatalmente al aislamiento de la vanguardia proletaria y a su derrumbe. Con una estrategia totalmente errónea, ninguna milicia podía salvar la situación.

Es una tontería decir que la organización de la milicia por sí misma, lleva a aventuras, provoca al enemigo, reemplaza la lucha política por la lucha física, etc. En todas esas frases no hay sino cobardía política. La milicia, como la organización fuerte de la vanguardia es, de hecho, el medio más seguro contra las aventuras, contra el terrorismo individual, contra las sangrientas explosiones espontáneas. La milicia es, al mismo tiempo, el único medio serio de reducir al mínimo la guerra civil que el fascismo impone al proletariado. Que los obreros, a pesar de la ausencia de “situación revolucionaria”, corrijan solamente alguna vez a los “hijos de papá” patriotas con sus propios métodos, haría incomparablemente más difícil el reclutamiento de nuevas bandas fascistas.

Pero aquí los estrategas, enredados por su propio razonamiento, nos lanzan argumentos aún más sorprendentes. Leemos textualmente: “Si respondemos a los disparos de las bandas fascistas con más disparos, — escribe *L’Humanité* el 23 de octubre — perdemos de vista que el fascismo es el producto del régimen capitalista y que, luchando contra el fascismo, es a todo el sistema al que enfrentamos”. Es difícil acumular en pocas líneas más confusión y más errores. Es imposible defenderse contra los fascistas, porque representan... “un producto del régimen”. Esto significa que debe renunciarse a toda lucha, pues todos los males sociales contemporáneos son “productos del sistema capitalista”.

Cuando los fascistas matan a un revolucionario o incendian la sede de un periódico proletario, los obreros deben contestar filosóficamente: “¡Ah! , los asesinatos y los incendios son los productos del sistema capitalista” y volver a casa con la conciencia tranquila. La postración fatalista sustituye a la teoría militante de Marx, dando ventaja únicamente al enemigo de clase. Por supuesto, la ruina de la pequeña burguesía es producto del capitalismo. El crecimiento de las bandas fascistas es, por su parte, producto de la ruina de la pequeña

burguesía. Pero, por otro lado, el aumento de la miseria y de la indignación del proletariado es también, por su parte, el producto del capitalismo y la milicia el producto de la exacerbación de la lucha de clases. Entonces, ¿por qué para los “marxistas” de *L’Humanité*, las bandas fascistas son el producto legítimo del capitalismo y la milicia obrera el producto ilegítimo de... los trotskistas? Decididamente, es imposible entender nada de esto.

Se nos dice: es necesario hacer frente a todo el “sistema”. ¿Cómo? ¿Por encima de la cabeza de los seres humanos? Sin embargo, los fascistas han comenzado por los disparos y han terminado con la destrucción de todo el “sistema” de las organizaciones obreras. ¿Cómo detener entonces la ofensiva armada del enemigo si no es por medio de una defensa armada, para pasar nosotros a continuación a la ofensiva?

Por cierto, *L’Humanité* admite de palabra la defensa, pero sólo como “autodefensa de masas”. La milicia es perjudicial, porque, vea usted, separa a los destacamentos de combate de las masas. ¿Pero entonces, por qué entre los fascistas existen destacamentos armados independientes que no se separan de las masas reaccionarias, sino por el contrario, mediante sus golpes bien organizados aumentan el valor de esas masas y refuerzan su audacia? ¿O las masas proletarias son tal vez, por sus cualidades combativas, inferiores a la pequeña burguesía desclasada?

Embrollado hasta el final, *L’Humanité* comienza a vacilar, he aquí que la autodefensa de masas requiere la creación la creación de “grupos de autodefensa”. En lugar de la repudiada milicia, se proponen grupos especiales, destacamentos. A primera vista, parece que la diferencia es sólo de nombre. En realidad, ni el nombre propuesto por *L’Humanité* vale algo. Se puede hablar de “autodefensa de masas”, pero es imposible hablar de “grupos de autodefensa”, pero los grupos no tienen por objetivo defenderse a sí mismos, sino a las organizaciones obreras. No obstante, no se trata, por supuesto, del nombre. Los “grupos de autodefensa”, según *L’Humanité*, deben renunciar al empleo de las armas para no caer en el *putschismo*. Estos sabios tratan a la clase obrera como a un niño en cuyas manos no debe dejarse una navaja. Además, las navajas son, como es sabido, el monopolio de los Camelots du Roi, quienes, siendo un legítimo “producto del capitalismo”, han derribado el “sistema” de la democracia. Sin embargo, ¿cómo van a defenderse los “grupos de autodefensa” contra

los revólveres fascistas? “Ideológicamente”, por supuesto. Dicho de otro modo: no les queda otro remedio que esconderse. No teniendo en sus manos lo que hace falta, deben buscar la “autodefensa” en los pies. Mientras tanto, los fascistas saquearán impunemente las organizaciones obreras. Pero, si el proletariado sufre una terrible derrota, al menos no será culpable de *putschismo*. Desprecio y hastío: esto es lo que provoca esa charlatanería desfilando bajo la bandera del “bolchevismo”.

Ya en la época del tercer período de feliz memoria, cuando los estrategias de *L'Humanité* tenían el delirio de las barricadas, “conquistaban” la calle todos los días y trataban de “socialfascistas” a todos los que no compartían sus extravagancias, predijimos: “En cuanto esta gente se queme la punta de los dedos, se convertirán en los peores oportunistas”. Ahora, la predicción se ha confirmado completamente. En el momento en que en el Partido Socialista se refuerza y crece el movimiento en favor de la milicia, los jefes del partido que se llama Comunista corren a la manguera de incendios para enfriar las aspiraciones de los obreros de vanguardia de formar columnas de combate. ¿Puede imaginarse un trabajo más nefasto y más desmoralizador?

HAY QUE CONSTRUIR LA MILICIA OBRERA

En las filas del Partido Socialista a veces se escucha esta objeción: “Es necesario formar la milicia, pero no hace falta hablar tan alto sobre eso”. No se puede sino felicitar a los camaradas que tienen el cuidado de sustraer el lado práctico del asunto a los ojos y los oídos indeseables. Pero es demasiado tonto pensar que se puede crear la milicia imperceptiblemente, en secreto, entre cuatro paredes. Nos hacen falta decenas y, enseguida, centenares de miles de combatientes. Sólo vendrán si millones de obreros y obreras, y tras ellos también los campesinos, comprenden la necesidad de la milicia y crean, alrededor de los voluntarios, un clima de ardiente simpatía y de apoyo activo. La conspiración puede y debe involucrar únicamente el lado práctico del asunto. Pero en cuanto a la campaña política, debe desarrollarse abiertamente, en las reuniones, en las fábricas, en las calles y en las plazas públicas.

Los cuadros fundamentales de la milicia deben ser los obreros fabriles, agrupados según el lugar de trabajo, conociéndose unos a otros y pudiendo proteger a sus destacamentos de combate de la infiltración de agentes enemigos con mucha mayor facilidad y seguridad que los burócratas de primera línea. Los Estados Mayores conspirativos, sin la movilización abierta de las masas, quedarán suspendidos en el aire en el momento de peligro. Es necesario que todas las organizaciones obreras pongan manos a la obra. En esta cuestión, no puede haber una línea divisoria entre los partidos obreros y los sindicatos. Hombro a hombro, deben movilizar a las masas. Así, el éxito de la milicia obrera estará plenamente asegurado.

Pero, ¿de dónde van a sacar las armas los obreros?, objetan los “realistas” serios, es decir los filisteos asustados. El enemigo de clase tiene los fusiles, los cañones, los tanques, los gases y los aviones, mientras los obreros sólo tienen unos centenares de revólveres y cuchillos.

En esta objeción se une todo para asustar a los obreros. Por una parte, nuestros sabios identifican el armamento de los fascistas con el armamento del Estado; por otra se vuelven hacia el Estado para suplicarle que desarme a los fascistas. ¡Lógica destacable! De hecho, su posición es falsa en los dos casos. En Francia, los fascistas aún están lejos de haberse apoderado del Estado. El 6 de febrero, entraron en un enfrentamiento armado con la policía del Estado. Por eso, será falso hablar de cañones y tanques, cuando se trate de lo inmediato de la lucha armada contra los fascistas. Los fascistas, por supuesto, son más ricos que nosotros y les resulta más fácil comprar armas. Pero los obreros son más numerosos, más decididos, más devotos, por lo menos cuando cuentan con una firme dirección revolucionaria. Entre otras fuentes, los obreros pueden armarse a costa de los fascistas, desarmándolos sistemáticamente. Actualmente, esta es una de las formas más serias de lucha contra el fascismo. Cuando los arsenales obreros comiencen a llenarse a expensas de los depósitos fascistas, los bancos y los trust serán más prudentes en cuanto a la financiación del armamento de sus guardias asesinas. Puede admitirse incluso que en ese caso —pero sólo en ese caso— las autoridades alarmadas comiencen realmente a impedir el armamento de los fascistas, para no ofrecer una fuente suplementaria de armamento a los obreros. Desde hace mucho, se sabe que sólo una táctica revolucionaria arranca, como producto accesorio, “reformas” o concesiones del gobierno.

¿Pero cómo desarmar a los fascistas? Naturalmente, es imposible hacerlo cínicamente por medio de artículos en los periódicos. Hay que crear escuadrones de combate. Hay que crear los Estados Mayores de la milicia. Hay que instituir un buen servicio de información. Miles de informantes y de auxiliares amistosos se nos acercarán cuando comprendan que hemos encarado el asunto con seriedad. Eso requiere voluntad de acción proletaria.⁴

Pero los armamentos fascistas no son, naturalmente, la única fuente. En Francia hay más de un millón de obreros organizados. En general, es un número muy bajo, pero es más que suficiente para establecer el comienzo de milicia obrera. Si los partidos y los sindicatos armaran solamente a la décima parte de sus miembros, ya habría una milicia de 100.000 hombres. No cabe duda de que el número de voluntarios, al día siguiente del llamamiento del "frente único" a formar la milicia, lo sobrepasaría de lejos. Las cuotas de los partidos y de los sindicatos, las colectas y las contribuciones voluntarias permitirían, en uno o dos meses, asegurar armas a 100.000 o 200.000 combatientes obreros. La canalla fascista rápidamente escondería el rabo entre las patas. La perspectiva de todo el proceso sería incomparablemente más favorable.

Invocar la ausencia de armamento u otras causas objetivas para explicar por qué aún no se ha afrontado la tarea de la creación de la milicia, es engañarse a sí mismo y a los demás. El principal obstáculo, se puede decir que el único, radica en el carácter conservador y pasivo de los dirigentes de las organizaciones obreras. Los escépticos que están al frente de ellas no creen en la fuerza del proletariado. Depositan sus esperanzas en todo tipo de milagros venidos desde arriba, en lugar de dar una salida revolucionaria a la energía desde abajo.

4. En *L'Humanité* del 30 de octubre, Vaillant-Couturier muestra muy bien que exigir del gobierno el desarme de los fascistas es absurdo, que sólo un movimiento de masas puede desarmarlos. Puesto que se trata, evidentemente, no de un desarme "ideológico", sino físico, queremos creer que ahora *L'Humanité* reconocerá la necesidad de la milicia obrera. Estamos dispuestos a saludar sinceramente cualquier paso de los estalinistas en el camino correcto.

Pero, lamentablemente, desde el 10 de noviembre, Vaillant-Couturier da un paso decisivo hacia atrás: el desarme de los fascistas no se haría mediante el Frente Único, sino mediante la policía de Doumergue "bajo la presión y el control" del Frente Único. Gran idea: sin revolución, por la sola presión "ideológica", ¡convertir a la policía en un órgano ejecutivo del proletariado!

Los obreros conscientes deben obligar a sus jefes, ya sea a pasar inmediatamente a la creación de la milicia del pueblo o ya sea a ceder el lugar a fuerzas más jóvenes y frescas.

¿Para qué conquistar el poder si pueden obtenerse los mismos resultados por la vía pacífica? “Bajo la presión y el control” del Frente Único, Germain-Martin va a nacionalizar los bancos y Marchandea va a mandar a la cárcel a los conspiradores reaccionarios, empezando por su colega Tardieu. La idea de la “presión y el control” en lugar de la lucha revolucionaria, no ha sido inventada por Vaillant-Couturier, la ha tomado prestada de Otto Bauer, Hilferding y el menchevique ruso Dan. El objetivo de esta idea es el siguiente: desviar a los obreros de la lucha revolucionaria. De hecho, es cien veces más fácil aplastar a los fascistas con las propias manos que con las manos de una policía hostil. Y cuando el Frente Único se vuelva suficientemente poderoso como para “controlar” el aparato del Estado —por consiguiente después de la toma del poder y de ningún modo antes— eliminará simplemente la policía burguesa y pondrá en su lugar a la milicia obrera.

EL ARMAMENTO DEL PROLETARIADO

Una huelga es inconcebible sin propaganda y sin agitación, pero también sin piquetes que, donde puedan, actúen mediante la persuasión y allí donde se vean obligados recurran a la fuerza física. La huelga es la forma más elemental de la lucha de clases, en la que se combinan siempre, en proporciones variables, los procedimientos “ideológicos” y los procedimientos físicos. La lucha contra el fascismo es, en el fondo, una lucha política, que requiere una milicia del mismo modo que una huelga requiere piquetes. En el fondo, el piquete es el embrión de la milicia obrera. Aquel que piense que es necesario renunciar a la lucha física, debe renunciar a toda lucha, pues el espíritu no vive sin la carne.

De acuerdo a la magnífica expresión del teórico militar Clausewitz, la guerra es la continuación de la política por otros medios. Esta definición también se aplica plenamente a la guerra civil. La lucha física no es sino uno de los “otros medios” de la lucha política. Es imposible oponer una a la otra, pues es imposible detener la lucha

política cuando se transforma, por la fuerza de su desarrollo interno, en lucha física. El deber de un partido revolucionario es prever la inevitabilidad de la transformación de la política en conflicto armado declarado y prepararse con todas sus fuerzas para ese momento, como se preparan para él las clases dominantes.

Los destacamentos de la milicia para la defensa contra el fascismo son los primeros pasos en el camino del armamento del proletariado, pero no el último. Nuestra consigna es: *Armamento del proletariado y de los campesinos revolucionarios*. La milicia del pueblo, a fin de cuentas, debe abarcar a todos los trabajadores. No se podrá cumplir ese programa completamente, más que en el Estado obrero, a cuyas manos pasarán todos los medios de producción y por consiguiente, también los medios de destrucción, es decir todos los armamentos y todas las fábricas que los producen.

Sin embargo, es imposible llegar al Estado obrero con las manos vacías. De una vía pacífica, constitucional, al socialismo, no pueden hablar más que los inválidos políticos, del tipo de Renaudel. La vía constitucional está cortada por trincheras que ocupan las bandas fascistas. Hay muchas de esas trincheras ante nosotros. La burguesía no vacilará en provocar una docena de golpes de estado para impedir la llegada del proletariado al poder. Un Estado obrero socialista no puede ser creado más que por vía de una revolución victoriosa. Toda revolución es preparada por la marcha del desarrollo económico y político, pero es decidida siempre por conflictos armados declarados entre las clases hostiles. Una victoria revolucionaria no es posible más que gracias a una larga agitación política, un largo trabajo de educación, una larga tarea de organización de las masas. Pero el propio conflicto armado debe también prepararse con mucha anterioridad. Los obreros deben saber que tendrán que batirse en una lucha a muerte. Deben tender a armarse, como una garantía de su liberación. En una época tan crítica como la actual, el partido de la revolución debe predicar incansablemente a los obreros la necesidad de armarse y de hacer todo lo que puedan para asegurar, por lo menos, el armamento de la vanguardia proletaria. Sin esto, la victoria es imposible.

Las últimas grandes victorias electorales del Partido Laborista británico no contradicen en modo alguno lo que acabamos de decir. Aún suponiendo que las próximas elecciones parlamentarias dieran mayoría absoluta al partido obrero (lo que no es para nada seguro),

si se admite aún que el partido se aplica realmente a realizar reformas socialistas (lo que es poco verosímil), encontrará inmediatamente una oposición tan encarnizada de la Cámara de los Lores, de la corona, de los bancos, de la bolsa, de la burocracia, de la gran prensa, que se hará inevitable la escisión en el grupo parlamentario. El ala de izquierda, la más radical, se quedará convertida en una minoría parlamentaria. Simultáneamente, el movimiento fascista adquirirá dimensiones sin precedentes. La burguesía inglesa, espantada por las elecciones municipales, se prepara ahora, sin ninguna duda, realmente para una lucha extraparlamentaria, al mismo tiempo que las direcciones del partido obrero arrullan al proletariado con los sucesos electorales y las ilusiones parlamentarias. Lamentablemente, los obreros socialistas son obligados a ver los acontecimientos británicos a través de los lentes rosados de Jean Longuet. De hecho, la burguesía británica impondrá al proletariado una guerra civil tanto más cruel, cuanto menos se preparen para ella los jefes del Partido Laborista.

“Pero de dónde sacaréis las armas para todo el proletariado?”, objetan nuevamente los escépticos, que toman su inconsistencia interior por una imposibilidad objetiva. Olvidan que la misma cuestión se ha planteado en todas las revoluciones a lo largo de la historia. Y, a pesar de todo, las revoluciones triunfantes marcan etapas importantes en el desarrollo de la humanidad.

El proletariado produce las armas, las transporta, construye los arsenales en los que son depositadas, defiende esos arsenales contra sí mismo, sirve en el ejército y crea todo el equipamiento de éste último. No son cerraduras ni muros los que separan las armas del proletariado, sino el hábito de la sumisión, la hipnosis de la dominación de clase, el veneno nacionalista. Bastará con destruir esos muros psicológicos y ningún muro de piedra resistirá. Bastará con que el proletariado quiera tener las armas y las encontrará. La tarea del partido revolucionario es la de despertar en el proletariado esa voluntad y facilitar su realización.

Pero he aquí que Frossard y algunos centenares de parlamentarios, periodistas y funcionarios sindicales asustados lanzan su último argumento, el de más peso: “¿Pueden las personas serias en general depositar sus esperanzas en el éxito de la lucha física después de las últimas experiencias trágicas de Austria y España? Pensad en la técnica actual: ¡los tanques!, ¡los gases!, ¡los aeroplanos!”. Este argumento

demuestra solamente que algunas “personas serias” no sólo no quieren aprender nada, sino que con el miedo olvidan además lo poco que han aprendido en otro tiempo. La historia de estos últimos veinte años demuestra, de modo particularmente claro, que los problemas fundamentales en las relaciones entre las clases, lo mismo que entre las naciones, se resuelven por medio de la fuerza física. Los pacifistas han esperado durante mucho tiempo que el aumento de la técnica militar hiciera imposible la guerra. Durante décadas, los filisteos han repetido que el aumento de la técnica militar haría imposible la revolución. Sin embargo, guerras y revoluciones siguen su marcha. Nunca ha habido tantas revoluciones, incluso revoluciones victoriosas, como después de la última guerra, que puso al descubierto toda la fuerza de la técnica militar.

Bajo la forma de los más novedosos descubrimientos, Frossard y Cía. presentan viejos esquemas, se limitan a invocar, en lugar de los fusiles automáticos y las ametralladoras, a los tanques y aviones de bombardeo. Respondemos: detrás de cada máquina hay hombres, ligados por relaciones no sólo técnicas, sino también sociales y políticas. Cuando el desarrollo histórico pone ante una sociedad una tarea revolucionaria impostergable, como una cuestión de vida o muerte, cuando existe una clase progresista a cuya victoria se encuentra ligada la salvación de la sociedad, la propia marcha de la lucha política abre ante la clase revolucionaria las posibilidades más diversas: tan pronto paralizar la fuerza militar del enemigo, tan pronto apoderarse de ella, al menos parcialmente. En la conciencia de un filisteo, esas posibilidades se presentan siempre como “éxitos ocasionales”, que nunca más se repetirán. De hecho, en toda gran revolución verdaderamente popular se abren toda clase de posibilidades en las combinaciones más inesperadas, pero en el fondo completamente naturales. Pero, pese a todo, la victoria no se produce por sí sola. Para utilizar las posibilidades favorables hace falta una voluntad revolucionaria, la firme resolución de vencer, una dirección sólida y perspicaz.

L'Humanité admite de palabra la consigna de “armamento de los obreros”, pero sólo para renunciar a ella en los hechos. Actualmente, en este período, es inadmisibles lanzar una consigna que no es oportuna más que en “plena crisis revolucionaria”. Es peligroso cargar el fusil, dice el cazador demasiado “prudente”, mientras no se vea la presa. Pero, cuando se ve la presa es un poco tarde para cargar el fusil.

¿Es que los estrategas de *L'Humanité* piensan que “en plena crisis revolucionaria” podrán, sin preparación, movilizar y armar al proletariado? Para conseguir muchas armas hace falta tener al menos algunas. Hacen falta cuadros militares. Hace falta que las masas tengan el deseo invencible de apoderarse de las armas. Hace falta un trabajo preparatorio ininterrumpido, no sólo en las salas de gimnasia, sino indisolublemente ligado con la lucha cotidiana de las masas. Esto quiere decir: hace falta construir inmediatamente la milicia y, al mismo tiempo realizar propaganda en favor del armamento general de los obreros y de los campesinos revolucionarios.

PERO LAS DERROTAS DE AUSTRIA Y ESPAÑA...

La impotencia del parlamentarismo en las condiciones de crisis total del sistema social del capitalismo es tan evidente, que los demócratas vulgares en el campo obrero (Renaudel, Frossard y sus imitadores) no encuentran un argumento para defender sus prejuicios petrificados. Con mayor razón, están dispuestos a asirse a todos los fracasos y a todas las derrotas sufridas en el camino revolucionario. El desarrollo de su pensamiento es el siguiente: si el parlamentarismo puro no ofrece salida, con la lucha armada no se mejora la situación. Las derrotas de las insurrecciones proletarias de Austria y España son ahora para ellos, por supuesto, el argumento preferido. De hecho, en la crítica del método revolucionario, la inconsistencia teórica y política de los demócratas vulgares aparece aún más claramente que en su defensa de los métodos de la putrefacta democracia burguesa. Nadie ha dicho que el método revolucionario asegure automáticamente la victoria. Lo que decide no es el método en sí mismo, sino su aplicación correcta, la orientación marxista en los acontecimientos, una organización poderosa, la confianza de las masas conquistada a través de una larga experiencia, una dirección perspicaz y firme. El resultado de todo combate depende del momento y de las condiciones del conflicto, de la correlación de fuerzas. El marxismo está lejos de pensar que el enfrentamiento armado es el único método revolucionario, una panacea buena en todas las condiciones. El marxismo, en general, no conoce fetiches, ni parlamentarios ni insurreccionales. Todo es bueno, en su lugar y en su tiempo. Hay algo que puede decirse desde el principio:

por el camino parlamentario el proletariado socialista nunca y en ningún lado ha conquistado el poder, y ni siquiera se ha aproximado a ello. Los gobiernos de Scheidemann, Hermann Müller, MacDonald nada tenían en común con el socialismo. La burguesía no ha permitido a los socialdemócratas y laboristas llegar al poder más que con la condición de que defendieran el capitalismo contra sus enemigos. Y ellos han cumplido escrupulosamente con esa condición. El socialismo parlamentario, contrarrevolucionario, no ha hecho realidad nunca y en ninguna parte un ministerio socialista, por el contrario, ha logrado formar renegados despreciables, que explotaron al partido obrero para hacer una carrera ministerial: Millerand, Briand, Viviani, Laval, Paul-Boncour, Marquet.

Por otra parte, está demostrado por la experiencia histórica que el método revolucionario puede conducir a la conquista del poder por el proletariado: en Rusia en 1917, en Alemania y Austria en 1918, en España en 1930. En Rusia, había un poderoso Partido Bolchevique que, durante largos años, preparó la revolución y que supo tomar el poder sólidamente. Los partidos reformistas de Alemania, Austria y España no prepararon ni dirigieron la revolución, sino que la sufrieron. Espantados por el poder que había caído en sus manos, contra sus deseos, lo cedieron benévolamente a la burguesía. De este modo, minaron la confianza en sí mismo del proletariado y, aún más, la confianza de la pequeña burguesía en el proletariado. Prepararon las condiciones para el aumento de la reacción fascista, de la que fueron víctimas.

La guerra civil, hemos dicho siguiendo a Clausewitz, es la continuación de la política, pero por otros medios. Esto significa que el resultado de la guerra civil depende sólo en 1/4 (por no decir 1/10), de la marcha de la propia guerra civil, de sus medios técnicos, de la dirección puramente militar y los restantes 3/4 (si no 9/10) de la preparación política. ¿En qué consiste esa preparación política? En la cohesión revolucionaria de las masas, en su liberación de las esperanzas serviles en la clemencia, la generosidad y la lealtad de los “esclavistas democráticos”, en la educación de cuadros revolucionarios que sepan desafiar a la opinión pública burguesa y que sean capaces de mostrar frente a la burguesía, aunque no sea más que una décima parte de la implacabilidad que la burguesía muestra frente a los trabajadores. Sin este temple, la guerra civil, cuando las condiciones la impongan —y siempre terminan por imponerla— se desarrollará en las

condiciones más desfavorables para el proletariado, dependerá en mayor medida de los azares. Después, aún en caso de victoria militar, el poder podrá escapar de las manos del proletariado. Quien no vea que la lucha de clases conduce inevitablemente a un conflicto armado es un ciego. Pero no es menos ciego quien, frente al conflicto armado, no ve toda la política previa de las clases en lucha.

En Austria quien ha sufrido la derrota no fue el método de la insurrección, sino el austromarxismo; en España, el reformismo parlamentario sin principios. En 1918, la socialdemocracia austríaca, a espaldas del proletariado, transmitió a la burguesía el poder que aquel había conquistado. En 1927, no sólo se apartó cobardemente de la insurrección proletaria que tenía todas las posibilidades de vencer, sino que dirigió la *Schutzbund* obrera contra las masas insurgentes. De ese modo, preparó la victoria de Dollfuss, Bauer y Cia. Decían: "Queremos una evolución pacífica, pero si el enemigo pierde la cabeza y nos ataca, entonces...". Esta fórmula parecía ser muy "sabia" y muy "realista". Desgraciadamente, sobre el modelo austromarxista, Marceau Pivert construye también sus razonamientos: "Si... entonces". De hecho, esta fórmula es una trampa para los obreros, los tranquiliza, los adormece, los engaña. "Si" quiere decir: las formas de la lucha dependen de la buena voluntad de la burguesía y no de la imposibilidad de conciliar los intereses de las clases. "Si" quiere decir: si somos pacíficos, prudentes, conciliadores, la burguesía será leal y todo irá pacíficamente. Corriendo detrás del fantasma "si", Otto Bauer y los otros jefes de la socialdemocracia austríaca retrocedieron pasivamente ante la reacción, le cedieron una posición tras otra, desmoralizaron a las masas, volvieron a retroceder, hasta el momento en que se encontraron finalmente metidos en un callejón sin salida, allí, en el último reducto, aceptaron la batalla y... la perdieron.

En España, los acontecimientos siguieron otro camino, pero en el fondo, las causas de la derrota son las mismas. El Partido Socialista, como los "socialrevolucionarios" y los mencheviques rusos, compartió el poder con la burguesía republicana, para impedir a los obreros que llevaran la revolución hasta el final. Durante dos años, los socialistas en el poder ayudaron a la burguesía a desembarazarse de las masas mediante migajas de reformas agrarias, sociales y nacionales. Contra las capas más revolucionarias del pueblo, los socialistas emplearon la represión. El resultado fue doble. El anarcosindicalismo

que, con una política correcta por parte del partido obrero, se habría fundido como la cera en el fuego de la revolución, en realidad se reforzó y atrajo a su alrededor a las capas más combativas del proletariado. En el otro polo, la demagogia social-católica explotó hábilmente el descontento de las masas hacia el gobierno burgués-socialista. Cuando el Partido Socialista estuvo suficientemente comprometido, la burguesía lo echó del poder y paso a la ofensiva en toda la línea. El Partido Socialista se vio obligado a defenderse en unas condiciones extremadamente desfavorables que le había preparado su propia política anterior. La burguesía tenía ya un apoyo de masas a la derecha. Los jefes anarcosindicalistas, que en el curso de la revolución cometieron todos los errores propios de esos confusionistas profesionales, se negaron a apoyar la insurrección dirigida por los “políticos” traidores. El movimiento no tuvo un carácter general sino esporádico. El gobierno dirigió sus golpes sobre todos los cuadros del tablero, la guerra civil así impuesta por la reacción terminó con la derrota del proletariado.

De la experiencia española no es difícil sacar una conclusión contra la participación socialista en un gobierno burgués. La conclusión es en sí misma indiscutible, pero absolutamente insuficiente. El pretendido “radicalismo” austromarxista no es mejor que el ministerialismo español. La diferencia entre ellos es técnica y no política. Ambos esperaban que la burguesía les retribuyera “lealtad” por “lealtad”. Y ambos han llevado al proletariado a sendas catástrofes. En España como en Austria sufrieron la derrota, no los métodos de la revolución, sino los métodos oportunistas en una situación revolucionaria. ¡No es lo mismo!

No nos detendremos aquí sobre la política de la Internacional Comunista en Austria y España y remitimos al lector a las colecciones de *La Verité* de los últimos años y a una serie de folletos.

En una situación política excepcionalmente favorable, los Partidos Comunistas austríaco y español, trabados por la teoría del tercer período, del socialfascismo, etc., se encontraron sentenciados al completo aislamiento. Comprometiendo los métodos de la revolución por la autoridad de “Moscú”, cerraron por sí mismos el camino a una política verdaderamente marxista, verdaderamente bolchevique. La propiedad fundamental de la revolución es someter a un examen rápido e implacable a todas las doctrinas y a todos los métodos. El castigo sigue

casi inmediatamente al crimen. La responsabilidad de la Internacional Comunista por las derrotas del proletariado en Alemania, en Austria, en España es incalculable. No basta con tener una política “revolucionaria” (de palabra). Hay que tener una política correcta. Nadie ha encontrado todavía otro secreto para la victoria.

EL FRENTE ÚNICO Y LA LUCHA POR EL PODER

Ya hemos dicho: el frente único de los Partidos Socialista y Comunista encierra grandiosas posibilidades. Con sólo quererlo seriamente sería mañana el dueño de Francia. Pero debe quererlo.

El hecho de que Jouhaux y, en general, la burocracia de la CGT, se mantengan fuera del frente único, conservando su “independencia”, parece contradecir lo que decimos. En una época de grandes tareas y de grandes peligros que ponen a las masas de pie, desaparecen los límites entre las organizaciones políticas y sindicales del proletariado. Los obreros quieren saber cómo salvarse del desempleo y del fascismo, cómo conquistar su independencia ante el capital y no se preocupan para nada de la “independencia” de Jouhaux hacia la política proletaria (Jouhaux es ¡ay! tan dependiente de la política burguesa). Si la vanguardia proletaria, representada por el frente único, traza con corrección el camino de la lucha, todos los obstáculos levantados por la burocracia sindical, serán barridos por el torrente vivo del proletariado. La clave de la situación está hoy en el frente único. Si éste no utiliza esa llave, jugará el lamentable papel que habría jugado inevitablemente el frente único de los “socialrevolucionarios” y los mencheviques en 1917 en Rusia, si los bolcheviques no se lo hubieran impedido.

No hablamos de los Partidos Socialista y Comunista en particular, pues políticamente, ambos han renunciado a su independencia en favor del frente único. Desde el momento en que los dos partidos obreros, que competían vivamente en el pasado, han renunciado a criticarse mutuamente y a captar cada uno a los adherentes del otro, por esa misma circunstancia han dejado de existir como partidos distintos. Invocar “divergencias de principios” que se mantienen, no cambia nada. Desde que las divergencias de principio no se manifiestan abiertamente y activamente en un momento tan pleno de responsabilidades

como el actual, dejan de existir públicamente, son como tesoros que duermen en el fondo del mar. ¿Terminará o no el trabajo común en la fusión? No queremos predecirlo. Pero en el período actual, que tiene una importancia decisiva para el destino de Francia, el frente único actúa como un partido incompleto, construido sobre el principio federativo.

¿Qué quiere el frente único? Hasta ahora, no lo ha dicho a las masas. ¿La lucha contra el fascismo? Pero, hasta ahora no ha explicado siquiera cómo piensa luchar contra el fascismo. Por otra parte, el bloque puramente defensivo contra el fascismo podría ser suficiente sólo si, en todo lo demás, los dos partidos conservaran una completa independencia. Pero no, tenemos un frente único que abarca casi toda la actividad pública de los dos partidos y excluye su lucha recíproca para conquistar la mayoría del proletariado. Hay que sacar todas las consecuencias de esta situación. La primera y más importante es la siguiente: la lucha por el poder. El objetivo del frente único no puede ser otro que un gobierno de frente único, es decir un gobierno socialista-comunista, un ministerio Blum-Cachin. Hay que decirlo abiertamente. Si el frente único se toma a sí mismo en serio —y ésta es la condición necesaria para que lo tomen en serio las masas populares— no puede escapar a la consigna de conquista del poder. ¿Por qué medios? Por todos los medios que conduzcan al objetivo. El frente único no renuncia a la lucha parlamentaria. Pero utiliza el Parlamento ante todo para desenmascarar la impotencia de éste y explican al pueblo que el gobierno actual tiene una base extraparlamentaria y que no se lo puede derrocar más que por un poderoso movimiento de masas. La lucha por el poder significa la utilización de todas las posibilidades que ofrece el régimen bonapartista semiparlamentario, para derrocarlo mediante una embestida revolucionaria, para reemplazar al Estado burgués por un Estado obrero.

Las últimas elecciones cantonales han arrojado un crecimiento de los votos socialistas y sobre todo comunistas. En sí mismo, este hecho no significa nada. El Partido Comunista alemán tuvo, en la víspera de su derrumbe, una afluencia incomparablemente más impetuosa de votos. Nuevas y amplias capas de oprimidos son empujadas hacia la izquierda por toda la situación, independientemente incluso de la política de los partidos extremos. El Partido Comunista francés ha ganado más votos, pues a pesar de su política conservadora actual, por

tradición sigue siendo “la extrema izquierda”. Las masas han manifestado, de ese modo, su tendencia a dar un impulso hacia la izquierda a los partidos obreros, porque ellas están enormemente más a la izquierda que sus partidos. También el estado de ánimo revolucionario de la juventud socialista da testimonio de esto. ¡No hay que olvidar que la juventud representa el barómetro sensible de toda la clase y de su vanguardia! Si el frente único no sale de la pasividad o, aún peor, emprende un indigno romance con los radicales “de izquierda”, a expensas del frente único comenzarán a fortalecerse los anarcosindicalistas, los anarquistas y otros grupos similares de desintegración política. Al mismo tiempo, se fortalecerá la indiferencia, precursora de la catástrofe. Por el contrario, si el frente único, protegiendo su retaguardia y sus flancos contra las bandas fascistas, inicia una gran ofensiva política bajo la consigna de la conquista del poder, hallará un eco tan poderoso que superará las esperanzas más optimistas. Sólo pueden no comprender esto los charlatanes huecos, para quienes los grandes movimientos de masas siempre serán un libro cerrado con siete sellos.

NO UN PROGRAMA DE PASIVIDAD, SINO UN PROGRAMA DE REVOLUCIÓN

La lucha por el poder debe partir de la idea fundamental de que, aún si es posible oponerse a un agravamiento futuro de la situación de las masas en el terreno del capitalismo, no puede concebirse ninguna mejora real de su situación sin una incursión revolucionaria contra el derecho de propiedad capitalista. La campaña del frente único debe apoyarse sobre un programa de transición bien elaborado, es decir sobre un sistema de medidas que — con un gobierno obrero y campesino — deben asegurar la transición del capitalismo al socialismo⁵.

Entonces, hace falta un programa, no para tranquilizar la propia conciencia, sino para conducir una acción revolucionaria. ¿De qué vale el programa, si es letra muerta? El Partido de los Trabajadores belga, por ejemplo, ha adoptado el pomposo plan De Man, con todas

5. No nos detendremos aquí sobre el contenido del programa propiamente dicho, y remitimos al lector al *Programa de acción* editado por la Liga Comunista en 1934, que es el proyecto de un programa de transición semejante.

las “nacionalizaciones”, pero, ¿qué sentido tiene ese plan, si no quieren mover un meñique por su realización? Los programas del fascismo son fantásticos, mentirosos, demagógicos. Pero el fascismo libra una lucha rabiosa por el poder. El socialismo puede lanzar el programa más sabio, pero su valor será igual a cero si la vanguardia del proletariado no despliega una dura lucha para apoderarse del Estado. La crisis social, en su expresión política, es la crisis del poder. El viejo amo de la sociedad está en quiebra. Hace falta un nuevo amo. ¡Si el proletariado revolucionario no se hace dueño del poder lo hará inevitablemente el fascismo!

Un programa de reivindicaciones transitorias para las “clases medias” puede adquirir una gran importancia, naturalmente, si ese programa responde, por una parte, a las necesidades reales de las clases medias, y por la otra, a las exigencias del desarrollo hacia el socialismo⁶. Pero una vez más el centro de gravedad no se encuentra actualmente en un programa especial. Las “clases medias” han visto demasiados programas, lo que necesitan es tener confianza en que el programa será realizado. En el momento en que el campesino se diga: “Esta vez, parece que el partido obrero no retrocederá”, la causa del socialismo estará ganada. Pero, para eso, hay que mostrar en los hechos que estamos firmemente dispuestos a eliminar todos los obstáculos de nuestro camino.

No hace falta inventar medios de lucha; están dados por toda la historia del movimiento obrero mundial: una campaña concentrada de la prensa obrera golpeando sobre un mismo punto; discursos verdaderamente socialistas en las tribunas parlamentarias, no como diputados domesticados sino como dirigentes del pueblo; utilización de todas las campañas electorales para los objetivos revolucionarios; mítines frecuentes, a los que las masas concurran no solamente para escuchar a los oradores sino, para recibir las consignas y directivas de

6. En *L'École Emancipée*, el camarada G. Serret publica un interesante cuestionario, a propósito de la situación económica de las diferentes capas del campesinado y de sus tendencias políticas. Los docentes podrían convertirse en agentes irremplazables del Frente Único en la aldea y jugar, en el período inmediato, un rol histórico. Pero, para ello, deben salir de su caparazón. Verdaderamente, no es el momento de dedicarse a pequeñas experiencias en pequeños laboratorios. Los docentes revolucionarios deben ingresar al Partido Socialista para fortalecer su ala revolucionaria y ligarlo a las masas campesinas. ¡Sería criminal perder el tiempo!

la hora; creación y fortalecimiento de la milicia obrera; manifestaciones bien organizadas, que barran de la calle a las bandas fascistas; huelgas de protesta; campaña abierta por la unificación y el acrecentamiento de las filas sindicales bajo el signo de una resuelta lucha de clases; acciones tercas y bien calculadas para conquistar al ejército para la causa del pueblo; huelgas más amplias; manifestaciones más poderosas; huelga general de los trabajadores de la ciudad y del campo; ofensiva general contra el gobierno bonapartista por el poder de los obreros y campesinos. Aún hay tiempo para preparar la victoria. El fascismo no se ha convertido todavía en un movimiento de masas. La inevitable descomposición del radicalismo significará, sin embargo, el estrechamiento de la base del bonapartismo, el crecimiento de los campos extremos y la aproximación del desenlace. No se trata de años, sino de meses. Ese plazo, por supuesto, no está escrito en ninguna parte. Depende de la lucha de las fuerzas vivas, y, en primer lugar, de la política del proletariado y de su Frente Único. Las fuerzas potenciales de la revolución superan en mucho a las fuerzas del fascismo y, en general, a las de toda la reacción unida. Los escépticos que piensan que todo está perdido deben ser implacablemente eliminados de las filas obreras. Las capas profundas responden con un eco vibrante a cada palabra firme, a cada consigna verdaderamente revolucionaria. Las masas quieren la lucha.

Lo que es hoy el único factor progresivo de la historia, no es el espíritu de arreglos de parlamentarios y periodistas, sino el odio legítimo y creador de los oprimidos contra los opresores. Hay que volverse hacia las masas, hacia sus capas más profundas. Hay que hacer un llamado a su pasión y a su razón. Hay que rechazar esta fatal "prudencia", que es el seudónimo de la cobardía y que, en las grandes coyunturas históricas, equivale a la traición. El frente único debe tomar como lema la fórmula de Danton: "*De l'audace, toujours de l'audace, et encore de l'audace*"⁷.

Comprender bien la situación y extraer todas las conclusiones prácticas —firmemente, sin temor, hasta las últimas consecuencias— es asegurar la victoria del socialismo.

7. "¡Audacia, siempre audacia y todavía más audacia!".

Una vez más, ¿adónde va Francia?

28 de marzo de 1935

En el momento en que Flandin sucedió a Doumergue, planteamos ante la vanguardia proletaria la siguiente pregunta: “¿Adónde va Francia?” En los cuatro meses transcurridos nada ha cambiado en lo esencial y no han debilitado nuestro análisis ni nuestros pronósticos. El pueblo francés se encuentra en una encrucijada: un camino lleva a la revolución socialista, el otro a la catástrofe fascista. La elección del camino depende del proletariado. A la cabeza de éste se encuentra su vanguardia organizada. Planteamos nuevamente la cuestión: ¿a dónde llevará a Francia la vanguardia proletaria?

EL DIAGNÓSTICO DE LA INTERNACIONAL COMUNISTA ES FALSO Y FUNESTO

El Comité Central ejecutivo del Partido Socialista ha lanzado en enero, un programa de lucha por el poder, de destrucción del aparato del Estado burgués, de instauración de la democracia obrera y campesina, de expropiación de los bancos y de las ramas concentradas de la industria. Sin embargo, el partido no ha movido, hasta ahora, ni un meñique para llevar este programa a las masas. A su vez, el Partido Comunista se niega, rotundamente, a tomar el camino de la lucha por el poder. ¿La causa? “La situación no es revolucionaria”.

¿Las milicias? ¿El armamento de los obreros? ¿El control obrero? ¿Un plan de nacionalización? ¡Imposible! “La situación no es revolucionaria”. ¿Qué se puede hacer? Lanzar grandes petitorios con el clero, ejercer la elocuencia vacía con los radicales y esperar. ¿Hasta cuándo?

Hasta que la situación se vuelva revolucionaria por sí misma. Los eruditos de la Internacional Comunista tienen un termómetro, que ponen bajo la axila de esa vieja que es la Historia y de ese modo determinan infaliblemente la temperatura revolucionaria. Pero no muestran a nadie su termómetro.

Afirmamos: el diagnóstico de la Internacional Comunista es radicalmente falso. La situación es tan revolucionaria como puede serlo con la política no revolucionaria de los partidos obreros. Lo más exacto es decir que la situación es prerrevolucionaria. Para que esta situación madure, hace falta una movilización inmediata, fuerte e incansable de las masas en nombre del socialismo. Ésta es la única condición para que la situación prerrevolucionaria se vuelva revolucionaria. En caso contrario, si se continúa marcando el paso en el mismo lugar, la situación prerrevolucionaria se volverá contrarrevolucionaria y llevará a la victoria del fascismo.

La frase sacramental sobre la “situación no revolucionaria” sólo sirve actualmente para atiborrar las cabezas de los obreros, paralizar su voluntad y dejar libres las manos al enemigo de clase. Bajo la cobertura de frases parecidas, el conservadurismo, la indolencia, la estupidez y la cobardía se apoderan de las direcciones del proletariado y se prepara la catástrofe, como en Alemania.

LA TAREA Y EL OBJETIVO DE ESTE TRABAJO

En las páginas siguientes, nosotros, bolcheviques leninistas, sometemos a una crítica marxista detallada el diagnóstico y el pronóstico de la Internacional Comunista. Ocasionalmente, nos detendremos para tocar los puntos de vista de los diversos dirigentes socialistas, en la medida que sea necesario para nuestro objetivo fundamental: demostrar la falsedad radical de la política del Comité Central del Partido Comunista Francés. A los gritos e insultos de los estalinistas oponemos hechos y argumentos.

Naturalmente, no nos limitaremos a una simple crítica. Opondremos a los puntos de vista y consignas falsos, las ideas y los métodos de Marx y Lenin.

Reclamamos del lector una detallada atención. Lo que está en juego es, en el sentido más directo e inmediato, la cabeza del proletariado

francés. Ningún obrero consciente tiene el derecho de permanecer impasible ante esas cuestiones, de cuya solución depende la suerte de su clase.

I. ¿CÓMO SE LLEGA A UNA SITUACIÓN REVOLUCIONARIA?

LA PREMISA ECONÓMICA DE LA REVOLUCIÓN SOCIALISTA

La primera y más importante premisa de una situación revolucionaria es la exacerbación intolerable de las contradicciones entre las fuerzas productivas y las formas de propiedad. La nación deja de avanzar. El freno del desarrollo de la potencia económica y, aún más, su regresión significan que el sistema capitalista de producción se ha desgastado por completo y que debe ceder su lugar al sistema socialista.

La crisis actual, que abarca a todos los países y retrasa la economía en decenas de años, ha empujado definitivamente el sistema burgués hasta el absurdo. Si en los principios del capitalismo, obreros hambrientos e ignorantes destruyeron las máquinas, ahora quienes destruyen las máquinas son los propios capitalistas. El mantenimiento, en adelante, de la propiedad privada de los medios de producción amenaza a la humanidad con la barbarie y la degeneración.

La base de la sociedad es su economía. Esta base está madura para el socialismo en un doble sentido: la técnica moderna ha alcanzado un nivel tal que podría asegurar un elevado bienestar al pueblo y a toda la humanidad, pero la propiedad capitalista, que se sobrevive, condena a los pueblos a una pobreza y sufrimientos cada vez mayores.

La premisa fundamental, económica, del socialismo, existe desde hace mucho tiempo. Pero el capitalismo no desaparecerá de la escena por sí mismo. Sólo la clase obrera puede arrancar las fuerzas productivas de manos de los explotadores que las estrangulan. La historia nos plantea esta tarea en forma aguda. Si el proletariado se encuentra, por tal o cual razón, incapaz de derrocar a la burguesía y tomar el poder; si está, por ejemplo, paralizado por sus propios partidos y sindicatos, continuará el declive de la economía y de la civilización, se acrecentarán las calamidades, la desesperación y la

postración se apoderarán de las masas y el capitalismo —decrépito, putrefacto, agusanado— estrangulará a los pueblos cada vez con más fuerza, arrastrándolos al abismo de nuevas guerras. *No hay salvación fuera de la revolución socialista.*

¿ES ÉSTA LA ÚLTIMA CRISIS DEL CAPITALISMO?

El presidium de la Internacional Comunista inicialmente intentó explicar que la crisis, que comenzó en 1929, era la última crisis del capitalismo. Dos años más tarde, Stalin declaró que la crisis actual no es todavía, “verosímelmente”, la última. También en el campo socialista encontramos el mismo intento de hacer profecías: ¿la última crisis o no?

“Es imprudente afirmar — escribe Blum en *Le Populaire* el 23 de febrero— que la crisis actual es como un espasmo supremo del capitalismo, el último sobresalto antes de la agonía y la descomposición”. Este mismo punto de vista tiene Grumbach, quien dijo el 26 de febrero en Mulhouse: “Algunos afirman que esta crisis es pasajera; otros ven en ella la crisis final del sistema capitalista. Aún no nos atrevemos a pronunciarnos definitivamente”.

En esta forma de plantear la cuestión hay dos errores cardinales: en primer lugar, se mezcla la *crisis coyuntural* con la *crisis histórica de todo el sistema capitalista*; en segundo lugar, se admite que, *independientemente de la actividad consciente de las clases*, una crisis puede por sí misma ser la “última crisis”.

Bajo la dominación del capital industrial, en la época de la libre competencia, los ascensos coyunturales sobrepasaban de lejos a las crisis; los primeros eran la “regla”, los segundos, la “excepción”; el capitalismo en su conjunto estaba en ascenso. Desde la guerra, con la dominación del capital financiero monopolista, las crisis coyunturales sobrepasan de lejos a las recuperaciones. Se puede decir que las crisis se han convertido en la regla y los auges en la excepción, el desarrollo económico en su conjunto va hacia abajo, no hacia arriba.

No obstante, las oscilaciones coyunturales son inevitables y aún con el capitalismo enfermo, se perpetuarán en tanto exista el capitalismo. Y el capitalismo se perpetuará en tanto que no se haya llevado a cabo la revolución proletaria. Ésta es la única respuesta correcta.

FATALISMO Y MARXISMO

El revolucionario proletario debe comprender, ante todo, que el marxismo, única teoría científica de la revolución proletaria, nada tiene en común con la espera fatalista de la “última” crisis. El marxismo es, por su propia esencia, una guía para la acción revolucionaria. El marxismo no ignora la voluntad y el coraje, sino que los ayuda a encontrar el camino justo.

No hay ninguna crisis que pueda ser, por sí misma, “mortal” para el capitalismo. Las oscilaciones de la coyuntura crean solamente una situación en la cual será más fácil o más difícil al proletariado derrocar al capitalismo. El paso de la sociedad burguesa a la sociedad socialista presupone la actividad de personas vivas, que hacen su propia historia. No la hacen por azar ni según su gusto, sino bajo la influencia de causas objetivas determinadas. Entretanto, sus propias acciones —su iniciativa, su audacia, su devoción o, por el contrario, su estupidez y su cobardía— entran como eslabones necesarios en la cadena del desarrollo histórico.

Nadie ha numerado las crisis del capitalismo ni ha indicado de antemano cuál de ellas será la “última”. Pero toda nuestra época y sobre todo la crisis actual, dictan imperiosamente al proletariado: *¡Tomad el poder!*. Si el partido obrero, a pesar de las condiciones favorables, se revela incapaz de llevar al proletariado a la conquista del poder, la vida de la sociedad continuará, necesariamente, sobre bases capitalistas; hasta una nueva crisis o una nueva guerra, quizás, hasta el derrumbe completo de la civilización europea.

LA ‘ÚLTIMA’ CRISIS Y LA ‘ÚLTIMA’ GUERRA

La guerra imperialista de 1914-18 representó también una “crisis” en la marcha del capitalismo y, por cierto, la más terrible de todas las crisis posibles. En ningún libro se predijo que esa guerra sería o no la última locura sangrienta del capitalismo. La experiencia de Rusia ha demostrado que la guerra podía ser el fin del capitalismo. En Alemania y en Austria, la suerte de la sociedad burguesa dependió enteramente en 1918 de la socialdemocracia, pero este partido reveló ser el sirviente del capital. En Italia y en Francia, el

proletariado hubiera podido conquistar el poder al fin de la guerra, pero no tenía a su frente un partido revolucionario. En una palabra, si la Segunda Internacional en el momento de la guerra, no hubiera traicionado la causa del socialismo para adherir al patriotismo burgués, toda la historia de Europa y de la humanidad se presentaría hoy de una manera completamente distinta. Por supuesto, el pasado no es reparable. Pero se pueden aprender las lecciones que nos deja.

El desarrollo del fascismo es en sí mismo, el testimonio irrefutable de que la clase obrera ha tardado terriblemente en cumplir la tarea puesta ante sí, desde hace mucho tiempo, por la decadencia del capitalismo.

La frase "esta crisis no es todavía la última", no puede tener más que un sentido: a pesar de las lecciones de la guerra y de las convulsiones de posguerra, los partidos obreros aún no han sabido prepararse a sí mismos, ni preparar al proletariado, para la toma del poder; peor aún, los dirigentes de esos partidos no ven siquiera hasta ahora la tarea a la que se enfrentan, la hacen recaer en el "desarrollo histórico" en lugar de en sí mismos, en el partido y en la clase. El fatalismo es una traición teórica contra el marxismo y la justificación de la traición política contra el proletariado, es decir, la preparación de una nueva capitulación ante una nueva "última" guerra.

LA INTERNACIONAL COMUNISTA SE HA PASADO A LAS POSICIONES DEL FATALISMO SOCIALDEMÓCRATA

El fatalismo de la socialdemocracia es una herencia de la preguerra, cuando el capitalismo crecía casi sin interrupción, aumentaba el número de obreros, aumentaba el número de militantes del partido, de votos en las elecciones y de puestos ganados en éstas. De este ascenso automático nació poco a poco la ilusión reformista de que es suficiente continuar por el viejo camino (propaganda, elecciones, organización) y la victoria vendrá por sí sola.

Por cierto, la guerra ha desbaratado el automatismo del proceso. Pero la guerra es un fenómeno "excepcional". Con la ayuda de Ginebra no habrá una nueva guerra, todo volverá a lo normal, y el automatismo del proceso se restablecerá.

A la luz de esa perspectiva las palabras “esta no es la última crisis”, deben significar: “en cinco años, en diez años, en veinte años, tendremos más votos y más puestos electivos, entonces hay que esperar y tomaremos el poder”. (Ver los artículos y discursos de Paul Faure). Este fatalismo optimista, que parecía convincente hace un cuarto de siglo, resuena ahora como una voz de ultratumba. La idea de que, en el camino hacia la crisis futura, el proletariado se volverá inevitablemente más poderoso que ahora, es radicalmente falsa. Con la inevitable decadencia del capitalismo, el proletariado no crecerá ni se hará más fuerte, sino que se descompondrá, haciendo cada vez mayor el ejército de desocupados y lumpenproletarios. Entretanto, la pequeña burguesía se desclarará y caerá en la desesperación. La pérdida de tiempo abre una perspectiva para el fascismo y no para la revolución proletaria.

Es de destacar que también la Internacional Comunista, burocratizada hasta la médula, ha reemplazado la teoría de la acción revolucionaria por la religión del fatalismo. Es imposible luchar porque “no hay situación revolucionaria”. Pero una situación revolucionaria no cae del cielo, se forma en la lucha de clases. El partido del proletariado es el factor político más importante para la formación de una situación revolucionaria. Si ese partido da la espalda a las tareas revolucionarias, adormeciendo y engañando a los obreros para jugar a los petitorios y para confraternizar con los radicales, entonces debe formarse, no una situación revolucionaria, sino una situación contrarrevolucionaria.

¿CÓMO APRECIA LA SITUACIÓN LA BURGUESÍA?

El declive del capitalismo, junto con el grado extraordinariamente elevado de las fuerzas productivas, es la premisa económica de la revolución socialista. Sobre esta base se desarrolla la lucha de clases. En la lucha viva de las clases se forma y madura una situación revolucionaria.

¿Cómo aprecia la situación actual y como actúa la gran burguesía, el amo de la sociedad contemporánea? El 6 de febrero de 1934 no fue inesperado más que para las organizaciones obreras y la pequeña burguesía. Los centros del gran capital participaban desde hacía mucho

tiempo en el complot, con el objetivo de sustituir por la violencia al parlamentarismo por el bonapartismo (régimen "personal"). Esto significa que los bancos, los trust, el Estado Mayor, la gran prensa juzgaron tan próximo el peligro de la revolución que se apresuraron a prepararse para ella mediante un "pequeño" golpe de Estado.

De aquí surgen dos conclusiones importantes: 1) los capitalistas, desde antes de 1934, juzgaban la situación como revolucionaria; 2) no se quedaron a esperar pasivamente el desarrollo de los acontecimientos, para recurrir en el último momento a una defensa "legal", sino que tomaron ellos mismos la iniciativa, lanzando sus bandas a la calle. ¡La gran burguesía ha dado a los obreros una inapreciable lección de estrategia de clase!

L'Humanité repite que el "frente único" ha echado a Doumergue. Pero esto es, para decirlo moderadamente, una simple fanfarronada. Por el contrario, si el gran capital ha juzgado posible y razonable reemplazar a Doumergue por Flandin, es únicamente por que el Frente único no representa aún un peligro revolucionario inmediato, de lo que la burguesía se ha convencido por la experiencia. "Puesto que los terribles dirigentes de la Internacional Comunista, a pesar de la situación del país, no se preparan para la lucha sino que tiemblan de miedo, quiere decir que se puede esperar para pasar al fascismo. Es inútil forzar los acontecimientos y comprometer prematuramente a los radicales, a quienes aún se puede necesitar". Esto es lo que se dicen los verdaderos amos de la situación. Mantienen la unión nacional y sus decretos bonapartistas, ponen al Parlamento bajo el terror, pero dejan de apoyarse en Doumergue. Los jefes del capital han hecho así una cierta corrección a su apreciación originaria, reconociendo que la situación no es inmediatamente revolucionaria, sino prerrevolucionaria.

¡Segunda lección destacable de estrategia de clase! Muestra que incluso el gran capital, que tiene a su disposición todas las palancas de mando, no puede apreciar de un solo golpe, a priori e infaliblemente la situación política en toda su realidad. Entra en la lucha y, en el proceso, sobre la base de la experiencia que ésta le da, corrige y precisa su apreciación. Este es en general, el único medio posible de orientarse en política correcta y, al mismo tiempo, activamente.

¿Y los jefes de la Internacional Comunista? En Moscú, sin tomar en cuenta al movimiento obrero francés, algunos burócratas mediocres, mal informados, que en su mayoría ni siquiera leen en francés,

dan el diagnóstico infalible, con ayuda de su termómetro: “La situación no es revolucionaria”. El Comité Central del Partido Comunista Francés está obligado a repetir esta frase vacía, cerrando ojos y oídos. ¡El camino de la Internacional Comunista es el camino más corto hacia el abismo!

EL SENTIDO DE LA CAPITULACIÓN DE LOS RADICALES

El Partido Radical representa el instrumento político de la gran burguesía, mejor adaptado a las tradiciones y a los prejuicios de la pequeña burguesía. A pesar de esto, los jefes principales del radicalismo, bajo la fusta del capital financiero, se han inclinado humildemente ante el golpe de estado del 6 de febrero, dirigido inmediatamente contra ellos. De ese modo, han reconocido que la marcha de la lucha de clases amenaza a los intereses fundamentales de la “nación”, es decir de la burguesía, y se han visto obligados a sacrificar los intereses electorales de su partido. La capitulación del partido parlamentario más poderoso, ante los revólveres y navajas de los fascistas es la expresión exterior del derrumbe completo del equilibrio político del país. Pero, quien dice estas palabras, dice con ellas que la situación es revolucionaria o, para decirlo con mayor exactitud, prerrevolucionaria.¹

LA PEQUEÑA BURGUESÍA Y LA SITUACIÓN PRERREVOLUCIONARIA

Los procesos que se desarrollan en las masas de la pequeña burguesía tienen una importancia excepcional para apreciar la situación política. La crisis política del país es, ante todo, la crisis de confianza de las masas pequeñoburguesas en sus partidos y en sus dirigentes tradicionales. El descontento, el nerviosismo, la inestabilidad, el arrebato fácil de

1. Es muy característico de la burocracia obrera pequeñoburguesa asustada, sobre todo de los estalinistas, haberse aliado con los radicales “para luchar contra el fascismo”, después que los radicales hubieron demostrado su completa incapacidad para luchar contra el fascismo. El acuerdo electoral con los radicales, que era un crimen desde el punto de vista de los intereses históricos del proletariado, tenía por lo menos un sentido práctico en los marcos restringidos del parlamentarismo. La alianza extraparlamentaria con los radicales contra el fascismo es no sólo un crimen, sino también una idiotez.

la pequeña burguesía son signos extremadamente importantes de una situación prerrevolucionaria. Así, como el enfermo que arde de fiebre se acuesta sobre el lado derecho o sobre el izquierdo, la pequeña burguesía febril puede volverse a la derecha o a la izquierda, según el lado al que se vuelvan en el período próximo los millones de campesinos, artesanos, pequeños comerciantes, pequeños funcionarios franceses. La situación prerrevolucionaria puede volverse tanto una situación revolucionaria como contrarrevolucionaria.

La mejoría de la coyuntura económica podría —no por mucho tiempo— atrasar, pero no frenar la diferenciación de la pequeña burguesía a derecha o a izquierda. Si, por el contrario, la crisis se profundizase, la quiebra del radicalismo y de todos los agrupamientos parlamentarios que gravitan a su alrededor, adquiriría una velocidad redoblada.

¿CÓMO PUEDE PRODUCIRSE UN GOLPE DE ESTADO FASCISTA EN FRANCIA?

Sin embargo, no hay que pensar que el fascismo debe necesariamente convertirse en un poderoso partido parlamentario antes de que se haga dueño del poder. Así es como sucedió en Alemania, pero en Italia ocurrió de otro modo. Para el éxito del fascismo no es en absoluto obligatorio que la pequeña burguesía haya roto previamente con los antiguos partidos “democráticos”, es suficiente con que haya perdido la confianza que tenía en ellos y que mire con inquietud a su alrededor, buscando nuevos caminos.

En las próximas elecciones municipales, la pequeña burguesía puede aún dar un número importante de sus votos a los radicales y a los grupos cercanos, por la ausencia de un nuevo partido político que logre conquistar la confianza de los campesinos y de los pequeños burgueses de las ciudades. Y al mismo tiempo, puede producirse un golpe de fuerza militar del fascismo, con la ayuda de la gran burguesía, desde algunos meses después de las elecciones y mediante su presión atraerse las simpatías de las capas más desesperadas de la pequeña burguesía.

Por eso, sería una seria ilusión consolarse pensando que la bandera del fascismo no se ha hecho aún popular en el interior y en los pueblos. Las tendencias antiparlamentarias de la pequeña burguesía pueden,

escapando a los marcos de la política parlamentaria oficial de los partidos, apoyar directa e inmediatamente un golpe de estado militar, cuando éste se haga necesario para la salvación del gran capital. Semejante modo de acción corresponde mucho más a las tradiciones y al temperamento de Francia.²

Las cifras de las elecciones tienen, naturalmente, una importancia sintomática. Pero apoyarse sobre este único índice sería dar prueba de cretinismo parlamentario. Se trata de procesos más profundos que, en una mala mañana, pueden tomar por sorpresa a los señores parlamentarios. En éste, como en los demás terrenos, la cuestión no se zanja por la aritmética sino por la dinámica de la lucha. La gran burguesía no registra pasivamente la evolución de las clases medias, sino que prepara las tenazas de acero con ayuda de las cuales podrá atrapar en el momento oportuno a las masas a las que ha torturado y desesperado.

DIALÉCTICA Y METAFÍSICA

El pensamiento marxista es dialéctico: considera todos los fenómenos en su desarrollo, en su paso de un estado a otro. El pensamiento del pequeñoburgués conservador es metafísico, sus concepciones son inamovibles e inmutables, entre los fenómenos hay tabiques impermeables. La oposición absoluta entre una situación revolucionaria y una situación no revolucionaria es un ejemplo clásico de pensamiento metafísico, según la fórmula: lo que es, es; lo que no es, no es, y todo lo demás es cosa del demonio.

En el proceso histórico se encuentran situaciones estables, absolutamente no revolucionarias. Se encuentran también situaciones notoriamente revolucionarias. Hay también situaciones contrarrevolucionarias (¡no hay que olvidarlo!). Pero lo que existe sobre todo, en nuestra época de capitalismo en putrefacción, son situaciones intermedias,

2. Anotemos al pasar que el marxismo no ignora en absoluto elementos tales como la tradición y el temperamento nacional. La dirección fundamental del desarrollo está determinada, evidentemente, por la marcha de su lucha de clases. Pero las formas del movimiento, su ritmo, etc., pueden variar mucho bajo la influencia del temperamento y de las tradiciones nacionales que, a su vez, se han formado en el pasado bajo la influencia de la lucha de clases.

transitorias, entre una situación no revolucionaria y una situación prerrevolucionaria, entre una situación prerrevolucionaria y una situación revolucionaria o... contrarrevolucionaria. Son precisamente estos estados transitorios los que tienen una importancia decisiva desde el punto de vista de la estrategia política.

Qué diríamos de un artista que no distinguiera más que los dos colores extremos del espectro. Que es daltónico o medio ciego y que debe renunciar al pincel. ¿Qué decir de un político que no fuera capaz de distinguir más que dos estados: "revolucionario" y "no revolucionario"? Que no es un marxista, sino un estalinista, que puede ser un buen funcionario, pero de ningún modo un dirigente proletario.

Una situación revolucionaria se forma por la acción recíproca de factores objetivos y subjetivos. Si el partido del proletariado se muestra incapaz de analizar a tiempo las tendencias de la situación prerrevolucionaria y de intervenir activamente en su desarrollo, en lugar de una situación revolucionaria surgirá inevitablemente una situación contrarrevolucionaria. Es precisamente ante este peligro que se encuentra actualmente el proletariado francés. La política miope, pasiva, oportunista del frente único y sobre todo de los estalinistas, que se han convertido en su ala derecha: he aquí lo que constituye el principal obstáculo en el camino de la revolución proletaria en Francia.

II. LAS REIVINDICACIONES INMEDIATAS Y LA LUCHA POR EL PODER

EL ESTANCAMIENTO DEL FRENTE ÚNICO

El Comité Central del Partido Comunista rechaza la lucha por la nacionalización de los medios de producción, como una reivindicación incompatible con el Estado burgués. Pero el Comité Central rechaza también la lucha por el poder para la creación de un Estado obrero. A esas tareas opone un programa de "reivindicaciones inmediatas".

El frente único está, en este momento, privado de cualquier programa. Al mismo tiempo, la experiencia del propio Partido Comunista en el terreno de la lucha por las "reivindicaciones inmediatas" tiene un carácter decididamente lamentable. Todos los discursos, artículos y

resoluciones sobre la necesidad de combatir al capital mediante huelgas, hasta ahora no han logrado nada, o casi nada. A pesar de una situación cada vez más tensa en el país, reina en la clase obrera un peligroso estancamiento.

El Comité Central del Partido Comunista acusa de este estancamiento a todo el mundo, excepto a sí mismo. No nos disponemos a dejar a salvo a nadie. Son conocidos nuestros puntos de vista. Pero pensamos que el principal obstáculo en el camino del desarrollo de la lucha revolucionaria es actualmente, el programa unilateral, contradictorio con toda la situación, casi maniático, de las "reivindicaciones inmediatas". aquí queremos echar luz sobre las consideraciones y argumentos del Comité Central del Partido Comunista con toda la amplitud necesaria. No es que esos argumentos sean serios y profundos: por el contrario, son miserables. Pero se trata de una cuestión de la que depende la suerte del proletariado francés.

LA RESOLUCIÓN DEL COMITÉ CENTRAL DEL PARTIDO COMUNISTA SOBRE LAS 'REIVINDICACIONES INMEDIATAS'

El documento más autorizado sobre la cuestión de las "reivindicaciones inmediatas" es la resolución programática del Comité Central del Partido Comunista (ver *L'Humanité* del 24 de febrero). Nos detendremos en este documento.

La enunciación de las reivindicaciones inmediatas está hecha en forma muy general: defensa de los salarios, mejoramiento de los servicios sociales, convenios colectivos, "contra la carestía", etc. No se dice una palabra sobre el carácter que puede y debe tomar la lucha por estas reivindicaciones en las condiciones de la crisis social actual. Sin embargo, todo obrero comprende que, con dos millones de desocupados y semiocupados, la lucha sindical por los convenios colectivos es una utopía. En las condiciones actuales, para obligar a los capitalistas a hacer concesiones serias es necesario quebrar su voluntad; y no se puede llegar a esto más que mediante una ofensiva revolucionaria. Pero una ofensiva revolucionaria que opone una clase contra otra no puede desarrollarse únicamente bajo consignas económicas parciales. Se cae en un círculo vicioso Aquí esta la principal causa del estancamiento del frente único.

La tesis marxista general: las reformas sociales no son más que los subproductos de la lucha revolucionaria, en la época de la declinación capitalista tiene la importancia más candente e inmediata. Los capitalistas no pueden ceder algo a los obreros, más que cuando están amenazados por el peligro de perder todo.

Pero incluso las mayores “concesiones” de las que es capaz el capitalismo contemporáneo (acorrallado él mismo en un callejón sin salida) seguirán siendo absolutamente insignificantes en comparación con la miseria de las masas y la profundidad de la crisis social. He aquí por qué la más inmediata de todas las reivindicaciones debe ser reivindicar la expropiación de los capitalistas y la nacionalización (socialización) de los medios de producción. ¿Que esta reivindicación es irrealizable bajo la dominación de la burguesía? Evidentemente. Por eso es necesario conquistar el poder.

¿POR QUÉ LAS MASAS NO RESPONDEN A LOS LLAMADOS DEL PARTIDO COMUNISTA?

La resolución del Comité Central reconoce, como al pasar, que “el Partido no ha tenido éxito aún en organizar y desarrollar la resistencia a la ofensiva del capital”. Pero la resolución no se detiene para nada en la cuestión de saber por qué entonces, a pesar de los esfuerzos del PCF y de la CGTU, los éxitos en el terreno de la lucha económica defensiva son absolutamente insignificantes. En la huelga general del 12 de febrero, que no perseguía ninguna “reivindicación inmediata”, participaron millones de obreros y empleados. Sin embargo, en la defensa contra la ofensiva del capital no ha participado hasta ahora más que una fracción ínfima de esta misma cifra. ¿Es que este hecho asombrosamente claro no conduce a los “jefes” del Partido Comunista a ninguna conclusión? ¿Por qué millones de obreros se arriesgan a participar en la huelga general, en manifestaciones callejeras agitadas, en conflictos con las bandas fascistas, pero se rehusan a participar en huelgas económicas dispersas?

“Hay que comprender — dice la resolución — los sentimientos que agitan a los obreros deseosos de pasar a la acción”. Hay que comprender... Pero la desgracia es que los propios autores de la resolución no comprenden nada. Cualquiera que frecuente las reuniones

obreras sabe, tan bien como nosotros, que los discursos generales sobre las “reivindicaciones inmediatas” dejan muy a menudo al auditorio en un estado de ceñuda indiferencia; por el contrario, las consignas revolucionarias claras y precisas provocan como respuesta una ola de simpatía. Esta diferencia de reacción de las masas caracteriza del modo más claro la situación política del país.

“En el período actual, — destaca inesperadamente la resolución — la lucha económica necesita pesados sacrificios de parte de los obreros”. Y habría que agregar todavía: y no es sino como excepción que promete resultados positivos. Y, sin embargo, la lucha por las reivindicaciones inmediatas tiene como tarea mejorar la situación de los obreros. Poniendo esta lucha en primer plano, renunciando por ella a las consignas revolucionarias, los estalinistas consideran, sin duda, que es precisamente la lucha económica parcial la más capaz de sublevar amplias masas. Se confirma justamente lo contrario: las masas casi no responden a los llamados por huelgas económicas. ¿Cómo se puede, en política, no tener en cuenta los hechos?

Las masas comprenden o sienten que, en las condiciones de crisis y desocupación, los conflictos económicos parciales exigen sacrificios inauditos, que en ningún caso serán justificados por los resultados obtenidos. Las masas esperan y reclaman otros métodos más eficaces. Señores estrategas: aprendan de las masas; ellas son guiadas por un seguro instinto revolucionario.

LA COYUNTURA ECONÓMICA Y LA LUCHA HUELGUÍSTICA

Apoyándose en citas mal digeridas de Lenin, los estalinistas repiten: “La lucha huelguística es posible aún en tiempo de crisis”. No entienden que hay crisis y crisis. En la época del capitalismo ascendente, tanto industriales como obreros, aún durante una crisis aguda, miran hacia adelante, en dirección del nuevo reanimamiento próximo. La crisis actual es la regla y no la excepción. En el terreno puramente económico, el proletariado es rechazado en una retirada desordenada por la terrible presión de la catástrofe económica. Por otra parte, la declinación del proletariado lo empuja con todo su peso hacia el camino de la lucha política revolucionaria de masas. Sin embargo, la dirección del Partido Comunista tiende, con todas sus fuerzas,

a poner obstáculos en ese camino, Así, en las manos de los estalinistas. el programa de “reivindicaciones inmediatas” se transforma en un instrumento de desorientación y desorganización del proletariado. Sin embargo, una ofensiva política (lucha por el poder) con una defensa armada activa (milicias) volcaría de un solo golpe la relación de fuerzas entre las clases y, haciendo camino, abriría para las capas obreras más retrasadas, la posibilidad de una lucha económica victoriosa.

LA POSIBILIDAD DE UNA REANIMACIÓN DE LA COYUNTURA

El capitalismo agonizante, como es sabido, también tiene sus ciclos, aunque son ciclos declinantes, enfermos. Sólo la revolución proletaria puede poner fin a la crisis del sistema capitalista. La crisis coyuntural dejará inevitablemente el lugar a una nueva y breve reanimación, si no sobreviene en el ínterin la guerra o la revolución.

En caso de reanimación de la coyuntura económica, la lucha huelguística podrá, sin duda, tomar una extensión mucho mayor. Por eso es necesario seguir atentamente el movimiento del comercio y de la industria, particularmente los cambios en el mercado de trabajo, sin fiarse de los meteorólogos de la escuela de Jouhaux y ayudando en la práctica a los obreros a hacer presión sobre los capitalistas en el momento necesario. Pero aun en el caso de una lucha huelguística extendida, sería criminal limitarse a las reivindicaciones económicas parciales. El reanimamiento de la coyuntura no puede ser ni profundo ni largo, pues ya tenemos conocimiento de los ciclos de un capitalismo irremediablemente enfermo. La nueva crisis —después de un breve reanimamiento— puede resultar más terrible que la presente. De nuevo surgirán todos los problemas fundamentales, y con fuerza y agudeza redobladas. Si se pierde tiempo, el crecimiento del fascismo puede revelarse irresistible.

Pero, hoy, el reanimamiento económico no es más que una hipótesis. La realidad es la profundización de la crisis, el servicio militar de dos años, el rearme de Alemania, el peligro de guerra.

Es ésta la realidad de la que hay que partir.

LOS DESPOJOS DEL REFORMISMO HACIENDO LAS VECES DE PROGRAMA REVOLUCIONARIO

La idea final de la resolución programática del Comité Central corona dignamente todo el edificio. Citémosla literalmente:

“Combatiendo cada día para aliviar a las masas laboriosas de las miserias que les impone el régimen capitalista, los comunistas subrayan que la liberación definitiva no puede ser lograda más que por la abolición del régimen capitalista y la instauración de la dictadura del proletariado”.

Esta fórmula no sonaba mal en los principios de la socialdemocracia, hace medio siglo y aun más. La socialdemocracia dirigía entonces, no sin éxito, la lucha de los obreros por reivindicaciones y reformas aisladas, por lo que se llamaba el “programa mínimo”, “subrayando” bien que la liberación definitiva no sería realizada más que mediante la revolución. El “objetivo final” del socialismo era dibujado entonces en la lejana nebulosa de los años. Esta concepción, que ya en la víspera de la guerra se sobrevivía, es la que el Comité Central del Partido Comunista ha transportado súbitamente a nuestra época, repitiéndola palabra por palabra, hasta la última coma.

¡Y estas gentes invocan a Marx y a Lenin!

Cuando “subrayan” que la “*liberación definitiva*” no puede ser lograda más que por la abolición del régimen capitalista, se ingenian para engañar a los obreros con la ayuda de esta verdad elemental. Pues sugieren la idea de que un cierto mejoramiento, e incluso un mejoramiento importante, puede ser obtenido en los marcos del régimen actual. Muestran al capitalismo declinante y en putrefacción como sus padres y abuelos mostraban al capitalismo robusto y ascendente. El hecho es indiscutible: los estalinistas se adornan con los despojos del reformismo.

La fórmula política marxista, en realidad, debe ser la siguiente: Explicando todos los días a las masas que el capitalismo burgués en putrefacción no deja lugar, no sólo para el mejoramiento de su situación, sino incluso para el mantenimiento del nivel de miseria habitual; planteando abiertamente ante las masas la tarea de la revolución socialista, como la tarea inmediata de nuestros días; movilizándolo a los obreros para la toma del poder; defendiendo a las organizaciones obreras por medio de las milicias; los comunistas (o socialistas) no

pierden, al mismo tiempo, ni una sola ocasión de arrancar al enemigo, en el camino, tal o cual concesión parcial o, por lo menos, impedirle rebajar aun más el nivel de vida de los obreros.

Compárese atentamente esta fórmula con las líneas de la resolución del Comité Central citadas más arriba. Esperamos que la diferencia sea clara. De un lado, el estalinismo; del otro, el *leninismo*. Entre ellos, un abismo.

UN MEDIO SEGURO CONTRA LA DESOCUPACIÓN

El aumento de salarios, los convenios colectivos, la rebaja del costo de la vida... ¿Pero, qué hacer con la desocupación? La resolución del Comité Central viene también a ayudarnos sobre eso. Citémosla:

“Ellos (los comunistas) reclaman la iniciación de obras públicas. Para ello, elaboran propuestas concretas adaptadas a cada situación local o regional, preconizan los medios de financiar estas obras (proyecto de impuesto sobre el capital, empréstitos con la garantía del Estado, etc.)”.

¿No es asombroso? Esta receta de charlatán está copiada de Jouhaux, casi palabra por palabra: los estalinistas rechazan las reivindicaciones progresivas del “Plan” de éste y adoptan su parte más fantásica y utópica.

Las principales fuerzas productivas de la sociedad están paralizadas o semiparalizadas por la crisis. Los obreros están entorpecidos frente a las máquinas que han creado. El Comité Central salvador propone: fuera de la economía capitalista real, a su costado, crear otra economía capitalista, sobre la base de “obras públicas”.

Que no nos digan que se trata de empresas episódicas: la desocupación actual no es episódica; no es simplemente una desocupación coyuntural sino una desocupación estructural, la expresión más perniciosa de la declinación capitalista. Para hacerla desaparecer, el Comité Central propone crear un sistema de grandes obras, adaptado a cada región del país, con ayuda de un sistema de financiación aparte de las desordenadas finanzas del capitalismo. En pocas palabras, el Comité Central del Partido Comunista simplemente le propone al capitalismo que cambie de domicilio. ¡Éste es el “plan” que se opone a la lucha por el poder y al programa de nacionalización! *No hay peores oportunistas que los aventureristas asustados.*

Sobre cómo llegar a la realización de las obras públicas, al impuesto sobre el capital, a los empréstitos garantizados, etc., allí no nos dice una palabra. Sin duda, será con la ayuda de... petitorios. Ese es el medio de acción más oportuno y más eficaz. A los petitorios no se le resisten ni la crisis, ni el fascismo, ni el militarismo. Por otra parte, los petitorios hacen revivir a la industria del papel y atenúan la desocupación. Notémoslo: la organización de petitorios, parte fundamental del sistema de obras públicas según el plan de Thorez y compañía.

¿De quién se burla esta gente? ¿De sí mismos o del proletariado?

EL PARTIDO COMUNISTA ES UN FRENO

“Es asombroso que el proletariado soporte pasivamente semejantes privaciones y violencias después de una lucha de clases más que centenaria”. Esta frase tan altiva puede escucharse a cada momento en la boca de un socialista o de un comunista, en privado. ¿La resistencia es insuficiente? Se echa la responsabilidad sobre los hombros de las masas obreras. ¡Como si los partidos y los sindicatos se encontraran al margen del proletariado y no fueran sus órganos de lucha! Es precisamente porque el proletariado, como resultado de la historia más que centenaria de sus luchas, ha creado sus organizaciones políticas y sindicales, que le es difícil, casi imposible, llevar la lucha contra el capital sin ellas y contra ellas. Y sin embargo, eso que ha construido como resorte para la acción se ha convertido en un peso muerto o en un freno.

La situación en su totalidad inspira en los trabajadores la idea de que son necesarias las acciones revolucionarias para cambiar todas las condiciones de existencia. Pero, precisamente porque se trata de una lucha decisiva, que debe abarcar a millones de hombres, la iniciativa recae naturalmente sobre las organizaciones dirigentes, sobre los partidos obreros, sobre el Frente Único. De ellos deben partir un programa claro, consignas, movilizaciones de combate. Para levantar a las masas, los partidos deben empeñarse ellos mismos, iniciando una audaz campaña revolucionaria en el país. Pero las organizaciones dirigentes, comprendido el Partido Comunista, no tienen el coraje de hacerlo. El PC arroja sus tareas y sus responsabilidades sobre las masas. Exige que millones de hombres a los que ha dejado sin dirección

revolucionaria emprendan combates dispersos por reivindicaciones parciales y muestren así a los burócratas escépticos que están dispuestos a encarar la lucha. Entonces, puede ser que los grandes jefes consientan en comandar la ofensiva. En lugar de dirigir a las masas, el Comité Central burocrático les toma examen, les pone una mala nota y justifica de ese modo su oportunismo y su cobardía.

CONSIGNAS FABRICADAS 'SEGÚN LENIN'

En el momento de equilibrio económico y político relativo de Francia (1929-1933), el Comité Central del Partido Comunista proclamó el tercer período y no quería darse por satisfecho más que con la conquista de la calle mediante las barricadas. Ahora, en el momento de la crisis económica, social y política, el mismo Comité Central se contenta con un modesto programa de "reivindicaciones inmediatas". Esta contradicción absurda es el producto complejo de muchos factores: el terror ante sus últimos errores, la incapacidad para escuchar a las masas, el hábito burocrático de prescribir al proletariado un itinerario prefabricado; en fin, la anarquía intelectual, resultado de zigzags, falsificaciones, mentiras y represiones innumerables.

El autor directo del nuevo programa es, sin duda, el "jefe" actual de la Internacional Comunista, Bela Kun, quien pasa, alternativamente, del aventurerismo al oportunismo. Habiendo leído en un libro de Lenin que los bolcheviques estuvieron en ciertas condiciones, a favor de las huelgas, y los mencheviques en contra, Bela Kun, en un abrir y cerrar de ojos fundó sobre este descubrimiento su política "realista". Para su desgracia, Bela Kun no había abierto a Lenin en la página adecuada.

En ciertos períodos, las huelgas económicas tuvieron realmente un papel enorme en el movimiento revolucionario del proletariado ruso. Ahora bien, el capitalismo ruso no estaba en putrefacción en ese momento, sino que crecía y se elevaba rápidamente. El proletariado era una clase novata y las huelgas eran para él, la primera forma del despertar y de actividad. Por último, la gran creciente de las huelgas coincidía cada vez con el alza coyuntural de la industria.

Ninguna de estas condiciones existe en Francia. El proletariado francés tiene a sus espaldas una grandiosa escuela de revolución, de lucha sindical y parlamentaria, con toda la herencia positiva y negativa

de ese rico pasado. Sería difícil esperar un desborde espontáneo del movimiento huelguístico en Francia, aun en un período de ascenso económico, tanto más cuando la crisis coyuntural profundiza las heridas de la declinación capitalista.

No menos importante es el otro lado de la cuestión. En el momento del primer movimiento huelguístico impetuoso en Rusia, hubo una sola fracción de la socialdemocracia rusa que intentó limitarse a las reivindicaciones económicas parciales: fueron aquellos a quienes se llamó los *economicistas*; según su opinión, había que dejar de lado la consigna “¡Abajo la autocracia!” hasta la aparición de una “situación revolucionaria”. Lenin juzgó a los economicistas como oportunistas miserables. Demostró que había que preparar activamente una situación revolucionaria, aun en un período de movimiento huelguístico.

En general, es absurdo tratar de transportar mecánicamente a Francia las diversas etapas y los diversos episodios del movimiento revolucionario ruso. Pero menos posible todavía es hacerlo a la manera de Bela Kun, que no conoce ni Rusia, ni Francia, ni el marxismo. De Lenin, hay que aprender el método de acción y no convertir el leninismo en citas y recetas, buenas para cualquier caso de la vida.

‘¡PAZ, PAN Y LIBERTAD!’

Así, la situación en Francia, según la opinión de los estalinistas, no es revolucionaria; por ese hecho, las consignas revolucionarias son inoportunas; hay que concentrar toda la atención en las huelgas económicas y en las reivindicaciones parciales. Ese es el programa. Es un programa oportunista y sin vida, pero es un programa.

Sin embargo, a su lado hay otro. *L’Humanité* repite cada día la triple consigna: “Paz, pan y libertad”. Es bajo esa bandera, explica *L’Humanité*, que los bolcheviques vencieron en 1917. Siguiendo a los estalinistas, Just repite la misma idea. Muy bien. Pero, en Rusia, en 1917, había una situación notoriamente revolucionaria. ¿Cómo puede ser entonces que consignas que han asegurado el éxito de la revolución proletaria, se consideren buenas como “reivindicaciones inmediatas” en una situación revolucionaria? Que los astrólogos de *L’Humanité* nos expliquen a los simples mortales este misterio.

Por nuestra parte, recordaremos qué “reivindicaciones inmediatas” encerraba la triple consigna de los bolcheviques.

“¡Por la paz!”. En 1917, en las condiciones de la guerra, esto significaba la lucha contra todos los partidos patrióticos, desde los monárquicos hasta los mencheviques, la reivindicación de la publicación de todos los tratados secretos, la movilización revolucionaria de los soldados contra el mando y la organización de la fraternización en el frente. “¡Por la paz!”: esto significaba un desafío al militarismo, de Alemania y Austria por una parte, de la Entente por la otra. La consigna de los bolcheviques significaba así la política más audaz y más revolucionaria que jamás haya conocido la historia de la humanidad.

“Luchar” por la paz en 1935, en alianza con Herriot y los “pacifistas” burgueses, es decir los imperialistas hipócritas, significa simplemente apoyar el statu quo, bueno por el momento, para la burguesía francesa, significa adormecer y desmoralizar a los obreros con las ilusiones del “desarme”, de “los pactos de no agresión”, y la mentira de la Sociedad de las Naciones, preparando una nueva capitulación de los partidos obreros en el momento en que la burguesía francesa o sus rivales encuentren útil trastornar el statu quo.

“¡Por el pan!”. Para los bolcheviques en 1917, esto significaba la expropiación de la tierra y de las reservas de trigo de los terratenientes y de los especuladores y el monopolio del comercio de trigo en manos del gobierno de los obreros y campesinos. ¿Qué significa “por el pan” para nuestros estalinistas de 1935? ¡Una simple repetición verbal!

“¡Por la libertad!”. Los bolcheviques mostraban a las masas que la libertad sigue siendo una ficción en tanto que las escuelas, la prensa, los lugares de reunión permanezcan en manos de la burguesía. “¡Por la libertad!” significaba: la toma del poder por los sóviets, la expropiación de los terratenientes, el control obrero de la producción.

“¡Por la libertad!”, en alianza con Herriot y las venerables damas de ambos sexos de la Liga de los Derechos del Hombre, significa apoyar a los gobiernos semibonapartistas, semiparlamentarios, y nada más. En la actualidad, la burguesía necesita no sólo las bandas de La Rocque, sino también la reputación de “izquierda” de J. Herriot. El capital financiero se ocupa de armar a los fascistas. Los estalinistas restablecen la reputación de izquierda de Herriot mediante las mascaradas del “Frente Popular”. ¡He aquí a qué sirven en 1935 las consignas de la Revolución de Octubre!

DRAGONES Y PULGAS

Como único ejemplo de la nueva política “realista”, la resolución del Comité Central cuenta que los desocupados de Villejuif comen la sopa de los Croix de Feu y gritan: “¡La Rocque a la horca!”. Cuántos hombres comen la sopa, cuántos gritan, es lo que no se nos dice: los estalinistas no pueden soportar las cifras. Pero no es esa la cuestión... ¡Hasta donde debe caer el partido revolucionario para no encontrar en una resolución programática, más ejemplos de política proletaria que los gritos impotentes de obreros aplastados y hambrientos, obligados a alimentarse con las migajas de la filantropía fascista! ¡Y esos jefes no se sienten, ni humillados ni avergonzados!

Hablando de algunos de sus discípulos, Marx citaba una vez las palabras de Heine: “He sembrado dragones y he cosechado pulgas”. Mucho nos tememos que los fundadores de la Tercera Internacional deban repetir esas mismas palabras. ¡Y, sin embargo, nuestra época no necesita pulgas, sino dragones!

III. LA LUCHA CONTRA EL FASCISMO Y LA HUELGA GENERAL

EL PROGRAMA DE LA INTERNACIONAL COMUNISTA Y EL FASCISMO

El programa de la Internacional Comunista, escrito en 1928, en el período de su declinación teórica, dice: “La época del imperialismo es la época del capitalismo agonizante”. En sí misma, esta afirmación, formulada mucho antes por Lenin, es absolutamente indiscutible y tiene una importancia decisiva para la política del proletariado en nuestra época. Pero los autores del programa de la Internacional Comunista no han comprendido en absoluto la tesis que adoptaron mecánicamente sobre el capitalismo agonizante o en putrefacción. Esta incomprensión aparece de un modo particularmente claro en la cuestión más candente: el fascismo.

El programa de la internacional Comunista dice sobre esta cuestión: “Al lado de la socialdemocracia, que ayuda a la burguesía a ahogar el proletariado y a adormecer su vigilancia, aparece el fascismo”.

La Internacional Comunista no ha comprendido que la misión del fascismo no es la de actuar al lado de la socialdemocracia, sino de aplastar a todas las viejas organizaciones obreras, comprendidas las organizaciones reformistas. La tarea del fascismo es, según las palabras del programa, la de “destruir las capas comunistas del proletariado y sus cuadros dirigentes”. El fascismo no amenazaría en absoluto a la socialdemocracia y a los sindicatos reformistas; por el contrario, la propia socialdemocracia jugaría cada vez más, un “rol fascista”. El fascismo no haría otra cosa que completar la obra del reformismo, actuando “al lado de la socialdemocracia”.

No citamos un artículo de unos Thorez o Duclos cualquiera, que se contradicen a cada paso; sino el documento fundamental de la internacional Comunista, su programa. (Ver capítulo II, párrafo 3: “la crisis del capitalismo y el fascismo”). Allí nos encontramos ante todos los elementos fundamentales de la teoría del *socialfascismo*. Los jefes de la Internacional Comunista no han comprendido que el capitalismo en putrefacción no puede admitir ya ni siquiera a la socialdemocracia más moderada y más servil, ni como partido en el poder ni como partido de oposición. El fascismo es llamado a ocupar su lugar, no “al lado de la socialdemocracia” sino sobre su cadáver. Es precisamente de ahí que surgen la posibilidad, la necesidad y la urgencia del frente único. Pero la desdichada dirección de la Internacional Comunista no ha intentado aplicar la política del frente único más que cuando ésta no estaba impuesta a la socialdemocracia. Después que la situación del reformismo se debilitó y que la socialdemocracia cayó bajo los golpes, la Internacional Comunista repudió el frente único. ¡Esta gente tiene la irritable inclinación a ponerse abrigo en verano y a salir en invierno sin llevar una triste hoja de parra!

A pesar de la instructiva experiencia de Italia, la Internacional Comunista ha inscrito en su bandera el genial aforismo de Stalin: “La socialdemocracia y el fascismo no son antípodas, sino gemelos”. Ésta es la causa principal de la derrota del proletariado alemán. Por cierto, en la cuestión del frente único, la IC ha realizado un brusco viraje: los hechos se han mostrado más poderosos que el programa. Pero el programa de la Internacional Comunista no ha sido suprimido ni modificado. No se ha explicado a los obreros sus errores fundamentales. Los jefes de la Internacional Comunista, que han perdido confianza en sí mismos, conservan para cualquier eventualidad, un camino de

retirada hacia las posiciones del “socialfascismo”. Esto da a la política del Frente Único un carácter sin principios, diplomático e inestable.

LAS ILUSIONES REFORMISTAS Y ESTALINISTAS

La incompreensión del sentido de la tesis de Lenin sobre el “capitalismo agonizante”, da a toda la política actual del Partido Comunista francés un carácter de impotencia chillona, completada con ilusiones reformistas. Ahora que el fascismo representa el producto orgánico de la declinación capitalista, los estalinistas se han convencido súbitamente de la posibilidad de poner fin al fascismo, sin tocar las bases de la sociedad burguesa.

El 6 de marzo, Thorez escribía por centésimo primera vez en *L'Humanité*:

“Con el fin de asegurar el fracaso definitivo del fascismo, proponemos nuevamente al Partido Socialista la acción común por la defensa de las reivindicaciones inmediatas...”.

Todo obrero consciente debe reflexionar bien sobre esta frase “programática”. El fascismo, como sabemos, nace de la unión de la desesperación de las clases medias y de la política terrorista del gran capital. Las “reivindicaciones inmediatas” son las que no salen de los marcos del capitalismo. ¿Cómo entonces, permaneciendo en el terreno del capitalismo en putrefacción, se puede “asegurar la derrota definitiva (!!)” del fascismo?

Cuando Jouhaux dice: poniendo fin a la crisis (¡no es tan simple!) habremos vencido por ese mismo hecho al fascismo, Jouhaux, por lo menos es fiel a sí mismo: guarda aún, y guardará siempre, esperanzas en la regeneración y el rejuvenecimiento del capitalismo. Ahora bien, los estalinistas reconocen de palabra la inevitabilidad de la cercana descomposición del capitalismo. ¿Cómo pueden entonces prometer sanear la superestructura política, asegurando el fracaso definitivo del fascismo, y al mismo tiempo dejar intacta la base económica en putrefacción de la sociedad?

¿Piensan que el gran capital puede volver atrás a voluntad la rueda de la historia y ponerse otra vez en la vía de las concesiones y de las “reformas”? ¿Creen que la pequeña burguesía puede ser salvada de la ruina creciente, del desclasamiento y de la desesperación, con

ayuda de “reivindicaciones inmediatas”? Entonces, ¿cómo compaginar esas ilusiones sindicalistas y reformistas con la tesis del capitalismo agonizante?

Tomada en el plano teórico, la posición del Partido Comunista representa, como lo hemos visto, el absurdo más completo. Veamos cómo aparece esta posición a la luz de la lucha práctica.

LA LUCHA POR LAS REIVINDICACIONES INMEDIATAS Y EL FASCISMO

El 28 de febrero, Thorez explicaba en los siguientes términos la misma idea central y radicalmente falsa de la política actual del Partido Comunista:

“Para derrotar definitivamente al fascismo, es evidentemente necesario detener la ofensiva económica del capital contra el nivel de vida de las masas trabajadoras”.

¿Para qué la milicia obrera? ¿Para qué una lucha directa contra el fascismo? Se debe tender a elevar el nivel de vida de las masas y el fascismo desaparecerá como por arte de magia.

Lamentablemente, en estas líneas, toda la perspectiva de la lucha próxima está completamente desfigurada y las relaciones reales están puestas cabeza abajo. Los capitalistas no llegan al fascismo por su gusto, sino por necesidad: ya no pueden conservar la propiedad privada de los medios de producción más que dirigiendo la ofensiva contra los obreros, reforzando la opresión, sembrando a su alrededor la miseria y la desesperación. Al mismo tiempo, temiendo la inevitable respuesta de los obreros, los capitalistas, por medio de sus agentes, excitan a la pequeña burguesía contra el proletariado, acusándolo de hacer más larga y profunda la crisis, y financian las bandas fascistas para aplastar a los obreros.

Si mañana la respuesta de los obreros a la ofensiva del capital se hace más fuerte, si las huelgas se hacen más frecuentes y más importantes, el fascismo, contra lo que dice Thorez, no desaparecerá sino por el contrario crecerá el doble. El crecimiento del movimiento huelguístico provocará una movilización de rompeshuelgas. Todos los bandidos “patriotas” se pondrán en movimiento. Los ataques cotidianos contra los obreros estarán a la orden del día. Cerrar los ojos ante esto, es ir a una derrota segura.

¿Es decir, —replicarán Thorez y sus consortes— que no hay que replicar a la ofensiva? (Y a continuación nos dirigirán las injurias habituales, sobre las que pasaremos como sobre un charco de agua sucia). No, hay que replicar. No pertenecemos en absoluto a la escuela que piensa que la mejor salvaguardia está en el silencio, la retirada y la capitulación. “¡No provocar al enemigo!”, “¡No defenderse!”, “¡No armarse!”, “Acostarse sobre el lomo, con las cuatro patas en el aire”. ¡A los teóricos de esta escuela estratégica no hay que buscarlos entre nosotros, sino en la redacción de *L'Humanité*! El proletariado debe replicar si no quiere ser aplastado. Pero ahora no puede admitirse ninguna ilusión reformista o pacifista. La lucha será feroz. Hay que prever con anticipación las consecuencias inevitables de la réplica y prepararse para ellas.

Con su ofensiva actual, la burguesía da un carácter nuevo, incomparablemente más agudo, a la relación entre la situación económica y la situación social del capitalismo en putrefacción. Exactamente del mismo modo, los obreros también deben dar a su defensa un carácter nuevo, que responda a los métodos del enemigo de clase. Defendiéndose contra los golpes económicos del capital, hay que saber defender al mismo tiempo las propias organizaciones contra las bandas mercenarias del capital. Es imposible hacerlo de otro modo que mediante la milicia obrera. Ninguna afirmación verbal, ningún grito, ningún insulto de *L'Humanité* podrán invalidar esta conclusión. Particularmente hay que dirigirse a los sindicatos diciendo: camaradas, vuestros locales y vuestros periódicos serán saqueados y vuestras organizaciones reducidas a polvo, Si ustedes no pasan inmediatamente a la creación de destacamentos de defensa sindical (“milicia sindical”), si no demuestran en los hechos que no cederán una sola pulgada al fascismo sin combatir.

LA HUELGA GENERAL NO ES UN JUEGO AL ESCONDITE

En el mismo artículo (del 28 de febrero) Thorez se queja:

“El Partido Socialista no ha aceptado nuestras propuestas de una gran acción, incluida la huelga, contra los decretos-leyes aún en vigor”.

¿Incluida la huelga? ¿Qué huelga? Puesto que lo que Thorez tiene en vista es la abolición de los decretos-leyes, aparentemente no son

huelgas económicas parciales, sino la huelga general, es decir política. No pronuncia las palabras “huelga general” para no poner en evidencia que no hace más que repetir nuestra vieja proposición. ¡A qué astucias humillantes debe recurrir esta pobre gente para disfrazar sus oscilaciones y sus contradicciones!

Este procedimiento parece haberse convertido en un método. En la carta abierta del 12 de marzo, el Comité Central del Partido Comunista propone al Partido Socialista iniciar una campaña decisiva contra el servicio militar de dos años “por todos los medios, incluida la huelga...”. ¡Otra vez, la misma fórmula misteriosa! El Comité Central tiene en vista, evidentemente, la huelga como medio de lucha política, es decir revolucionaria. Pero, ¿entonces por qué teme pronunciar en voz alta el nombre de huelga general y habla de huelga a secas? ¿Con quién juega al escondite el Comité Central? ¿Con el proletariado?

LA PREPARACIÓN DE LA HUELGA GENERAL

Pero, si se dejan de lado estos procedimientos fuera de lugar destinados a salvar el “prestigio”, queda en pie el hecho de que el Comité Central del Partido Comunista propone la huelga general para la lucha contra la legislación bonapartista de Doumergue-Flandin. Estamos plenamente de acuerdo con esto. Pero exigimos que los jefes de las organizaciones obreras comprendan ellos mismos y expliquen a las masas qué significa la huelga general en las condiciones actuales y cómo hay que prepararse para ella.

Aun una simple huelga económica exige normalmente una organización de combate, en particular los piquetes. En las actuales condiciones de exacerbación de la lucha de clases, de provocación y terror fascistas, una seria organización de los piquetes es la condición vital de todo conflicto económico importante. Imaginemos, sin embargo, que cualquier jefe sindical declara: “No hacen falta piquetes, eso es una provocación; basta con la autodefensa de los huelguistas!”. Es evidente que los obreros deberían aconsejar a semejante “jefe” ir a un hospital, si no directamente a un manicomio. ¡Es que los piquetes son precisamente el órgano más importante de la autodefensa de los huelguistas!

Extendamos este razonamiento a la huelga general. No tenemos en vista una simple manifestación ni una huelga simbólica de una hora o incluso de 24 horas, sino una operación de combate, con el objetivo de obligar al adversario a ceder. ¡No es difícil comprender qué exacerbación terrible de la lucha de clases significará la huelga general en las condiciones actuales! Las bandas fascistas surgirían por todas partes como los hongos después de la lluvia, e intentarían con todas sus fuerzas sembrar la confusión, la provocación y la dispersión en las filas huelguistas. ¿Cómo se podría evitar a la huelga general víctimas superfluas e incluso un aplastamiento total si no por medio de destacamentos de combate obreros severamente disciplinados? La huelga general es una huelga parcial generalizada. La milicia obrera es un piquete de huelga generalizado. ¡Sólo charlatanes y fanfarrones miserables pueden, en las condiciones actuales, jugar con la idea de la huelga general, rehusándose al mismo tiempo a un trabajo serio para la creación de la milicia obrera!

¿LA HUELGA GENERAL EN UNA 'SITUACIÓN NO REVOLUCIONARIA'?

Pero las desgracias del Comité Central del Partido Comunista no han terminado.

La huelga general, como lo saben todos los marxistas, es uno de los medios de lucha más revolucionarios. La huelga general no se hace posible más que cuando la lucha de clases se eleva por encima de todas las exigencias particulares y corporativas, se extiende a través de todos los compartimentos de profesiones y barrios, borra las fronteras entre los sindicatos y los partidos, entre la legalidad y la ilegalidad y moviliza a la mayoría del proletariado, oponiéndola activamente a la burguesía y al Estado. Por encima de la huelga general, no puede haber sino la insurrección armada. Toda la historia del movimiento obrero testimonia que toda huelga general, cualesquiera que sean las consignas bajo las cuales haya aparecido, tiene una tendencia interna a transformarse en conflicto revolucionario declarado, en lucha directa por el poder. En otras palabras: la huelga general no es posible más que en condiciones de extrema tensión política y es por eso que siempre es expresión indiscutible del carácter revolucionario de la situación. En este caso, ¿cómo puede el Comité Central proponer la huelga general? ¡La situación no es revolucionaria!

¿Puede ser que Thorez nos objete que él tiene en vista, no la verdadera huelga general, sino una pequeña huelga bien dócil, a la medida justa para el uso propio de la redacción de *L'Humanité*? ¿O puede ser — agrega discretamente él — que, previendo la negativa de los jefes de la SFIO, nada arriesga proponiendo la huelga general? Pero lo más verosímil es que Thorez, a modo de objeción, nos acuse simplemente de montar un complot con Chiappe, el ex Alfonso XIII y el papa: ¡estas son las respuestas que mejor le sientan a Thorez!

Pero todo obrero comunista, con una cabeza sobre los hombros, debe reflexionar sobre las chillonas contradicciones de sus desdichados jefes: es imposible construir la milicia obrera porque la situación no es revolucionaria; es imposible aún hacer propaganda en favor del armamento del proletariado, es decir preparar a los obreros para la situación revolucionaria futura; pero es posible, según parece, llamar ahora mismo a los obreros a la huelga general, a pesar de la ausencia de la situación revolucionaria. ¡Verdaderamente, aquí se sobrepasan todos los límites del atolondramiento y del absurdo!

‘¡SÓVIETS EN TODAS PARTES!’

En todas las reuniones se puede oír a los comunistas repetir la consigna “¡sóviets en todas partes!”, que les ha quedado como herencia del tercer período. Es absolutamente evidente que esta consigna, si se la toma en serio, tiene un carácter profundamente revolucionario: es imposible establecer el régimen de los sóviets de otro modo que por medio de la insurrección armada contra la burguesía. Pero la insurrección armada supone un arma en manos del proletariado. Así, la consigna de “sóviets en todas partes” y la consigna de “armamento de los obreros” están estrecha e indisolublemente ligadas entre sí. ¿Por qué entonces, la primera consigna es repetida incesantemente por los estalinistas y la segunda declarada “provocación de los trotskistas”?

Nuestra perplejidad es tanto más legítima cuanto que la consigna de armamento de los obreros corresponde mucho más a la situación política actual y al estado psicológico del proletariado. La consigna de los “sóviets” tiene, por su propia esencia, un carácter ofensivo y supone una revolución victoriosa. Sin embargo, actualmente, el proletariado se encuentra en una situación defensiva. El fascismo lo amenaza

directamente con el aplastamiento físico. La necesidad de la defensa, incluso armada, es actualmente más comprensible y está más al alcance de masas mucho más amplias que la idea de la ofensiva revolucionaria. Así, la consigna del armamento puede contar en la etapa presente con un eco mucho más amplio y mucho más activo que la consigna de sóviets. ¿Cómo puede entonces, un partido obrero, si no ha traicionado realmente los intereses de la revolución, dejar escapar una situación tan excepcional y comprometer deshonestamente la idea del armamento, en lugar de popularizarla ardientemente?

Estamos dispuestos a reconocer que nuestra pregunta está dictada por nuestra naturaleza “contrarrevolucionaria”, y en particular por nuestras aspiraciones de provocar una intervención militar: es sabido que cuando el Mikado y Hitler se convencen, gracias a nuestra pregunta, de que Bela Kun y Thorez sufren una corriente de aire en la cabeza, declararán la guerra a la URSS.

Todo esto ha sido irrefutablemente establecido por Duclos y no requiere pruebas. Pero, aun así, dígnense responder: ¿cómo puede llegarse a los sóviets sin insurrección armada? ¿Cómo llegar a la insurrección sin armamento de los obreros? ¿Cómo defenderse contra el fascismo sin armas? ¿Cómo llegar al armamento, aun parcial, sin hacer propaganda de esta consigna?

PERO ¿ES POSIBLE LA HUELGA GENERAL EN UN FUTURO PRÓXIMO?

A una pregunta de este tipo, no hay respuesta a priori, es decir hecha de antemano. Para tener una respuesta, es necesario saber interrogar. ¿A quién? A la masa. ¿Cómo interrogarla? Por medio de la agitación.

La agitación no es sólo el medio de comunicar a las masas tales o cuáles consignas, de llamarlas a la acción, etc. Para el partido, la agitación es también un medio de escuchar a las masas, de sondear su estado de ánimo y sus pensamientos y, según los resultados, de tomar tal o cual decisión práctica. Son sólo los estalinistas quienes han transformado la agitación en un monólogo chillón: para los marxistas, para los leninistas, *la agitación es siempre un diálogo con las masas*.

Pero para que ese diálogo arroje los resultados necesarios, el partido debe saber apreciar correctamente la situación general en el país y determinar los trazos generales de la lucha próxima. Con ayuda de la

agitación y del sondeo de las masas, el partido debe realizar las correcciones y precisiones necesarias en su línea, particularmente en lo que concierne al *ritmo del movimiento y el momento de las grandes acciones*.

La situación en el país ha sido definida más arriba: tiene un carácter prerrevolucionario con el carácter no revolucionario de la dirección del proletariado. Y puesto que la política del proletariado es el principal factor en el desarrollo de una situación revolucionaria, el carácter no revolucionario de la dirección proletaria obstaculiza la transformación de la situación prerrevolucionaria en situación revolucionaria declarada y, de ese modo, contribuye a transformarla en situación contrarrevolucionaria.

En la realidad objetiva no hay, por supuesto, límites estrictos entre los diferentes estadios del proceso político. Una etapa se inserta en la otra, como resultado de lo cual la situación muestra contradicciones. Estas contradicciones, seguramente, hacen más difíciles el diagnóstico y el pronóstico, pero no los imposibilitan por completo.

Las fuerzas del proletariado no solamente no han sido debilitadas, sino que incluso permanecen intactas. El fascismo como factor político en las masas pequeñoburguesas es aún relativamente débil (aunque mucho más poderoso, pese a todo, de lo que les parece a los parlamentarios). Estos dos importantísimos hechos políticos permiten decir con firme convicción: nada se ha perdido aún, la posibilidad de transformar la situación prerrevolucionaria en situación revolucionaria está todavía completamente abierta.

Ahora bien, en un país capitalista como Francia, no puede haber luchas revolucionarias sin huelga general: si los obreros y las obreras, en las jornadas decisivas, permanecen en las fábricas, ¿quién combatirá entonces? La huelga general se inscribe así en el orden del día. Pero la cuestión del *momento* de la huelga general es la cuestión de saber si las masas están listas para luchar y si las organizaciones obreras están listas para conducir las al combate.

¿LAS MASAS QUIEREN LUCHAR?

Sin embargo, ¿es verdad que lo único que falla es la dirección revolucionaria? ¿No hay una gran fuerza de conservadurismo en las propias masas, en el proletariado? Se levantan voces de distintos lados.

¡Y no es asombroso! Cuando se aproxima una crisis revolucionaria, numerosos jefes, que temen a las responsabilidades, se esconden detrás del pseudoconservadurismo de las masas. La historia nos enseña que, algunas semanas e incluso algunos días de la insurrección de Octubre, bolcheviques destacados como Zinóviev, Kámenev, Rykov (es inútil hablar de otros, como Losovsky, Manuilsky, etc.) afirmaban que las masas estaban fatigadas y que no querían combatir. Y sin embargo, Zinóviev, Kámenev y Rykov, como revolucionarios, estaban muy por encima de los Cachin, Thorez y Monmousseau.

Quien diga que nuestro proletariado no quiere o no es capaz de entrar en la lucha revolucionaria, arroja una calumnia, adjudicando su propia pereza y su propia cobardía a las masas trabajadoras. *Hasta ahora no ha habido un solo caso, ni en París ni en las provincias, en que las masas hayan permanecido sordas ante una llamada de arriba.*

El mayor ejemplo es la huelga general del 12 de febrero de 1934. Pese a la completa división de la dirección, la ausencia de toda preparación seria, los tenaces esfuerzos de los jefes de la CGT para reducir el movimiento al mínimo (ya que no podían evitarlo por completo), la huelga general tuvo el mayor éxito que pudo tener en las condiciones dadas. Está claro: las masas querían combatir. Todo obrero consciente debe decirse: la presión de la base debe ser bien poderosa, si el propio Jouhaux ha salido un momento de la inmovilidad. Por cierto, no se trataba de una huelga general en sentido propio, sino sólo de una manifestación de 24 horas. Pero esta limitación *no* fue aportada por las *masas*: fue *dictada desde arriba*.

La manifestación de la Plaza de la República, el 10 de febrero de este año, confirma la misma conclusión. El único instrumento que han utilizado los centros dirigentes para la preparación fue la válvula de incendios. La única consigna que escucharon las masas fue: ¡Chito! ¡Chito! Y, pese a todo, el número de manifestantes superó todas las previsiones. En las provincias, la cosa se ha presentado y se presenta, durante el último año, absolutamente del mismo modo. Es imposible aportar un solo hecho serio que testimoniara que los jefes quisieron luchar y que las masas se rehusaron a seguirlos. Siempre y en todas partes, se observa la relación absolutamente inversa. Mantiene toda su fuerza aún hoy. La base quiere luchar, las direcciones frenan. Es allí que está el peligro principal, que puede conducir a una verdadera catástrofe.

LAS BASES Y LAS DIRECCIONES EN EL INTERIOR DE LOS PARTIDOS

La misma relación vuelve a encontrarse, no sólo entre los partidos (o los sindicatos) y el proletariado, sino también en el interior de cada partido. Así, *Frossard* no tiene el menor apoyo en la base de la SFIO: los diputados y los alcaldes, que quieren que todo siga como en el pasado, son los únicos que lo sostienen. *Marceau Pivert*, gracias a sus intervenciones cada vez más claras y resueltas, se transforma en una de las figuras más populares en la base. Estamos tanto más dispuestos a reconocerlo, cuanto que nunca hemos renunciado en el pasado, ni renunciaremos en el futuro, a decir abiertamente cuándo no estamos de acuerdo con Pivert.

Tomado como síntoma político, este hecho supera de lejos, por su importancia, a la cuestión personal de Frossard y Pivert: muestra la tendencia general del desarrollo. La base del Partido Socialista, como la del Partido Comunista, está más a la izquierda, es más revolucionaria y es más audaz que las direcciones: precisamente por eso está dispuesta a no ofrecer su confianza más que a los jefes de izquierda. Más aún: empuja a los socialistas sinceros cada vez más a la izquierda. ¿Por qué la base se radicaliza por sí misma? Porque se encuentra en contacto directo con las masas populares, con su miseria, con su indignación, con su odio. Este síntoma es infalible. Se puede tener confianza en él.

LAS 'REIVINDICACIONES INMEDIATAS' Y LA RADICALIZACIÓN DE LAS MASAS

Los jefes del Partido Comunista pueden, por cierto, invocar el hecho de que las masas no atiendan a sus llamados. Ahora bien, este hecho no invalida, sino que confirma nuestro análisis. Las masas obreras comprenden lo que no comprenden los "jefes": en las condiciones de una crisis social muy grave, una sola lucha económica parcial, que exige enormes esfuerzos y sacrificios, no puede arrojar resultados serios. Peor aún: puede debilitar y agotar al proletariado. Los obreros están dispuestos a participar en manifestaciones de lucha e incluso en la huelga general, pero no en pequeñas huelgas desgastadoras sin perspectiva. A pesar de los llamados, los manifiestos y los artículos

de *L'Humanité*, los agitadores comunistas casi no se presentan ante las masas predicando huelgas en nombre de "reivindicaciones parciales inmediatas". Sienten que los planes burocráticos de los jefes no corresponden para nada, ni a la situación objetiva ni al estado de ánimo de las masas. Sin grandes perspectivas, las masas no podrán ni comenzarán a luchar. La política de *L'Humanité* es la política de un *pseudorealismo* artificial y falso. El fracaso de la CGTU en la declaración de huelgas parciales es la confirmación indirecta, pero muy real, de la profundidad de la crisis y de la tensión moral en los barrios obreros.

Sin embargo, no hay que creer que la radicalización de las masas continuará por sí misma, automáticamente. La clase obrera espera una iniciativa de sus organizaciones. Cuando llegue a la conclusión de que sus esperanzas son burladas —y ese momento posiblemente no está tan lejano— el proceso de radicalización se interrumpirá y se transformará en manifestaciones de desmoralización, de postración, en explosiones aisladas de desesperación. En la periferia del proletariado, las tendencias anarquistas se codearán con las tendencias fascistas. El vino se habrá hecho vinagre.

Los cambios en el estado de ánimo político de las masas exigen la mayor atención. Sondar en cada etapa esta dialéctica viva: ésa es la tarea de la agitación. En la actualidad, el Frente Único permanece criminalmente retrasado, tanto respecto del desarrollo de la crisis social como del estado de ánimo de las masas. Todavía es posible recuperar el tiempo perdido. Pero no hay que perder más tiempo. La historia cuenta en estos momentos, no por años, sino por meses y por semanas.

EL PROGRAMA Y LA HUELGA GENERAL

Para determinar en qué grado las masas están dispuestas a la huelga general, y al mismo tiempo reforzar su estado de ánimo combativo, es necesario ofrecerles un programa de acción revolucionaria. Consignas parciales, tales como la abolición de los decretos-leyes bonapartistas y del servicio militar de dos años, seguramente encontrarán un lugar destacable en ese programa. Pero estas dos consignas episódicas son absolutamente insuficientes.

Por encima de todas las tareas y reivindicaciones parciales de nuestra época se encuentra la CUESTIÓN DEL PODER. Desde el 6 de febrero de 1934, la cuestión del poder está abiertamente planteada como una cuestión de fuerza. Las elecciones municipales y parlamentarias pueden tener su importancia, como evaluación de las fuerzas, pero nada más. La cuestión será zanjada por medio del conflicto declarado entre ambos campos. Los gobiernos del tipo Doumergue, Flandin, etc., no ocupan el escenario más que hasta el momento del desenlace definitivo. Mañana, será el fascismo o el proletariado quien gobernará a Francia.

Es precisamente porque el régimen estatal intermedio actual es extremadamente inestable, que la huelga general puede lograr grandes éxitos parciales, obligando al gobierno a realizar concesiones en la cuestión de los decretos-leyes bonapartistas, del servicio militar de dos años, etc. Pero un éxito semejante, muy valioso e importante en sí mismo, no restablecerá el equilibrio de la "democracia": el capital financiero redoblará los subsidios al fascismo y la cuestión del poder se planteará con fuerza duplicada, puede ser que después de una breve pausa.

La importancia fundamental de la huelga general, independientemente de los éxitos parciales que puede lograr (pero que también puede no lograr), radica en el hecho de que plantea la cuestión del poder de un modo revolucionario. Paralizando las fábricas, los transportes, todos los medios de comunicación en general, las centrales eléctricas, etc., el proletariado paraliza así no sólo la producción sino también al gobierno. El poder del Estado queda suspendido en el aire. Debe, ya sea domar al proletariado mediante el hambre y la fuerza obligándolo a poner de nuevo en movimiento la maquinaria estatal burguesa, ya sea retroceder ante el proletariado.

Cualesquiera que sean las consignas y el motivo por los cuales haya surgido la huelga general, si ésta abarca realmente a las masas y si esas masas están decididas a luchar, la huelga general plantea inevitablemente ante todas las clases de la nación la pregunta: *¿quién va a ser el dueño de la casa?*

Los jefes del proletariado deben comprender esta lógica interna de la huelga general; de lo contrario, no son jefes sino diletantes y aventureros. Políticamente, esto significa: los jefes están obligados a plantear al proletariado el problema de la conquista revolucionaria

del poder. En caso contrario, no deben aventurarse a hablar de huelga general. Pero renunciando a la huelga general, renuncian por ello mismo a toda lucha revolucionaria, es decir, abandonan el proletariado al fascismo.

O la capitulación completa o la lucha revolucionaria por el poder. Tal es la alternativa que surge de todas las condiciones de la crisis actual. Quien no haya comprendido esta alternativa, nada tiene que hacer en el campo del proletariado.

LA HUELGA GENERAL Y LA CGT

La cuestión de la huelga general se complica por el hecho de que la CGT proclama su derecho a declarar y conducirla. De aquí se sigue que esta cuestión no concierne para nada a los partidos obreros. Y, lo que a primera vista es más sorprendente, hay parlamentarios socialistas que piensan que esta pretensión está en el orden natural de las cosas; en realidad, simplemente quieren desembarazarse de esta responsabilidad.

La huelga general, como ya lo indica su nombre, tiene el objetivo de abarcar, dentro de lo posible, a todo el proletariado. La CGT probablemente no reúne en sus filas más del 5 al 8% del proletariado. La influencia propia de la CGT fuera de los límites de los sindicatos es absolutamente insignificante, en la medida en que, en tal o cual cuestión, no coincide con la influencia de los partidos obreros. Por ejemplo, ¿se puede comparar la influencia de *Le Peuple* con la de *Le Populaire* o *L'Humanité*?

Por sus concepciones y sus métodos, la dirección de la CGT está incomparablemente más lejos de las tareas de la época actual que la dirección de los partidos obreros. Cuanto más se va desde las cumbres del aparato hacia la base sindical, menos confianza hay en Jouhaux y su grupo. La falta de confianza se convierte progresivamente en desconfianza activa. El actual aparato conservador de la CGT será inevitablemente barrido por el desarrollo ulterior de la crisis revolucionaria.

La huelga general es, por su esencia, una operación política. Oponer la clase obrera en su conjunto al Estado burgués. Une a los obreros sindicalizados y no sindicalizados; socialistas, comunistas y sin

partido. Necesita un aparato de prensa y de agitadores de tal magnitud que la CGT por sí sola no lo posee en absoluto.

La huelga general plantea resueltamente la cuestión de la conquista del poder por el proletariado. La CGT dio en el pasado y da hoy la espalda a esa tarea (los jefes de la CGT vuelven la cara hacia el poder burgués). Los propios jefes de la CGT sienten, seguramente, que la dirección de la huelga general está por encima de sus fuerzas. Si, pese a todo, proclaman su monopolio para dirigirla, es porque esperan de este modo ahogar a la huelga general antes de que nazca.

¿Y la huelga general del 12 de febrero de 1934? No fue sino una demostración breve y pacífica, impuesta a la CGT por los obreros socialistas y comunistas. Jouhaux y sus consortes tomaron sobre sí la dirección formal de la réplica, precisamente para impedir que se transformara en huelga general revolucionaria.

En las instrucciones a sus propagandistas, la CGT comunicaba:

“Al día siguiente del 6 de febrero, la población laboriosa y todos los demócratas, convocados por la CGT, han manifestado su firme voluntad de cerrar el camino a los facciosos”. Aparte de sí misma, la CGT no ha tomado nota ni de los socialistas ni de los comunistas; sino solamente de los “demócratas”. En esta sola frase, está Jouhaux de cuerpo entero. Es precisamente por esto que sería criminal confiar en Jouhaux para zanjar la cuestión de si es necesaria o no la lucha revolucionaria.

Naturalmente, en la preparación y conducción de la huelga general, los sindicatos tendrán un papel muy influyente, pero no en virtud de un monopolio, sino codo a codo con los partidos obreros. Desde el punto de vista revolucionario, es especialmente importante colaborar estrechamente con las organizaciones sindicales locales, sin el menor ataque, por supuesto, a su autonomía.

En lo que hace a la CGT, tendrá que incorporarse al frente común proletario desligándose de los “demócratas”, o bien permanecer al margen. ¿Colaborar lealmente con iguales derechos? Sí. Examinar en común los plazos y los medios para la conducción de la huelga general? ¡Sí! ¿Reconocer a Jouhaux el monopolio de ahogar al movimiento revolucionario? ¡Jamás!

IV. SOCIALISMO Y LUCHA ARMADA

LA GRAN LECCIÓN DEL 6 DE FEBRERO DE 1935

Este día las ligas fascistas habían proyectado manifestarse en la Plaza de La Concordia. ¿Qué hace entonces el Frente Único y, particularmente, el Comité Central del Partido Comunista? Llama a los obreros de París a manifestarse en La Concordia al mismo tiempo que los fascistas. ¿Puede ser que los fascistas estuvieran desarmados? No, en un año redoblaron su armamento. ¿Puede ser que el Comité Central del Partido Comunista hubiera armado suficientemente a destacamentos de defensa? ¡Oh, no! El Partido Comunista está en contra del *putschismo* y de la “lucha física”. ¿Cómo es posible, entonces, lanzar a decenas de miles de obreros sin armas, sin preparación y sin defensa, contra las bandas fascistas admirablemente organizadas y armadas, que alimentan un odio sangriento contra el proletariado revolucionario?

Que los malditos no nos digan: el Comité Central del Partido Comunista no se disponía en absoluto a lanzar a los obreros bajo los revólveres de los fascistas; solamente quería dar a Flandin un pretexto conveniente para prohibir la manifestación fascista. Pero esto es todavía peor. El Comité Central del Partido Comunista al parecer, jugaba con la cabeza de los obreros y el desenlace del juego dependía enteramente de Flandin, más exactamente de los jefes de policía del estilo de Chiappe. (¿Y qué habría sucedido si en la prefectura de policía se hubiera decidido aprovechar la buena ocasión y dar una lección a los obreros revolucionarios por intermedio de los fascistas, haciendo recaer, por añadidura, la responsabilidad de la carnicería sobre los jefes del Frente Único? ¡No es difícil representarse las consecuencias! Si la sangrienta masacre no se ha producido en esta oportunidad, en caso de continuarse con la misma política, se producirá infalible, inevitablemente, en la primera ocasión parecida.

‘PUTSCHISMO’ Y AVENTURERISMO

La conducta del Comité Central fue la forma más pura de aventurerismo burocrático. Los marxistas han enseñado siempre que el oportunismo

y el aventurerismo son las dos caras de una misma medalla. El 6 de febrero de 1935 muestra con notable claridad, con qué facilidad se da vuelta la medalla.

“¡Estamos contra el *putschismo*, contra el insurreccionalismo!” repitió durante años Otto Bauer, quien no supo desembarazarse del *Schutzbund* (milicia obrera), dejada como herencia por la revolución de 1918. La poderosa socialdemocracia austríaca reculó cobardemente, se adaptó a la burguesía, volvió a recular, lanzó “peticiones” ineptas, creó una falsa apariencia de lucha, puso sus esperanzas en su Flandin (llamado Dollfuss), cedió una posición tras otra y cuando se vio en el fondo del callejón sin salida, se puso a gritar históricamente: “¡Socorro, obreros!”. Los mejores combatientes, desligados de las masas desorientadas, abrumadas, engañadas, se lanzaron al combate y sufrieron una derrota inevitable. Después de lo cual, Otto Bauer y Julius Deutsch declararon:

“¡Hemos actuado como revolucionarios, pero el proletariado no nos ha apoyado!”.

Los acontecimientos de España se han desarrollado según el mismo esquema. Los jefes socialdemócratas han llamado a la insurrección después de haber cedido a la burguesía todas las posiciones revolucionarias conquistadas y de haber cansado a las masas populares con su política de retrocesos. Los *antiputschistas* profesionales se han visto obligados a llamar a la defensa armada en condiciones tales que le habían dado en gran parte el carácter de un *putsch*.

El 6 de febrero de 1935 fue en Francia una pequeña repetición de los acontecimientos de Austria y España. Durante muchos meses, los estalinistas han adormecido y desmoralizado a los obreros, han ridiculizado la consigna de milicia y “rechazado” la lucha física; después, de golpe, sin la menor preparación, han ordenado al proletariado “¡A La Concordia, adelante, march!”

Por esta vez, el bueno de Langeron los salvo. Pero mañana, cuando la atmósfera se caldeé aún más, cuando la canalla fascista asesine a decenas de dirigentes obreros o incendie *L'Humanité* — ¿puede decirse que esto es inverosímil? — el sabio Comité Central gritará infaliblemente: “¡Obreros, a las armas!”. Y después, en un campo de concentración o paseándose por las calles de Londres, si llegan hasta allí, los mismos jefes declararán orgullosamente: “¡Hemos llamado a la insurrección, pero los obreros no nos han apoyado!”.

ES NECESARIO PREVER Y PREPARARSE

Evidentemente, el secreto del éxito no está en la “lucha física” por sí misma, sino en una política correcta. Ahora bien, llamamos correcta a la política que responde a las condiciones del tiempo y del lugar. La milicia obrera, en sí, no resuelve el problema. Pero la milicia obrera es una parte integrante necesaria de la política, que responde a las condiciones del tiempo y del lugar, sería absurdo disparar con un revólver sobre la urna electoral. Pero sería todavía más absurdo defenderse contra las bandas fascistas con una papeleta electoral.

Los primeros núcleos de la milicia obrera se encuentran inevitablemente débiles, aislados, inexpertos. Los rutinarios y los escépticos sacuden la cabeza con desprecio. Hay cínicos que no se avergüenzan de reírse de la idea de la milicia obrera en charlas con los periodistas del Comité des Forges. Si de ese modo piensan asegurarse contra los campos de concentración, se engañan. Al imperialismo no le importa el envilecimiento de tal o cual jefe; él necesita aplastar a la clase.

Cuando Guesde y Lafargue, en plena juventud, emprendieron la propaganda del marxismo, aparecieron ante los ojos de los sabios filisteos como solitarios impotentes y tontos utopistas. Pese a todo, son ellos quienes cavaron el cauce de este movimiento, que lleva sobre sí tantos rutinarios parlamentarios. En el terreno literario sindical, cooperativo, los primeros pasos del movimiento obrero fueron débiles, vacilantes, poco seguros... Pero a pesar de su pobreza, el proletariado, gracias a su número y a su espíritu de sacrificio, ha creado poderosas organizaciones.

La organización armada del proletariado, que en ese momento coincide casi por completo con la defensa contra el fascismo, es una nueva rama de la lucha de clases. Aquí también los primeros pasos son inexpertos, torpes. Habrá que esperar errores. Incluso es imposible evitar completamente la provocación. La selección de los cuadros se logrará poco a poco, y se logrará tanto más seguramente, tanto más sólidamente, cuanto más cerca esté la milicia de las fábricas, allí donde los obreros se conocen bien unos a otros.

Pero la iniciativa debe partir necesariamente desde arriba. El partido puede y debe proveer los primeros cuadros. El mismo camino deben seguir —y seguirán inevitablemente— los sindicatos. Sus cuadros se afirmarán y fortalecerán tanto más rápidamente cuanto que

encontrarán una mayor simpatía y un mayor apoyo en las organizaciones obreras, y después en la masa de los trabajadores.

¡Qué decir de esos señores que, a modo de simpatía y apoyo, censuran y se burlan, o peor aún, presentan ante el enemigo de clase a los destacamentos de autodefensa obrera como destacamentos de “insurrección” y de “*putsch*”? Véase, particularmente, “Combate (?) Marxista (!!)”. Los pedantes sabios y medio sabios, los asesores teóricos de Jouhaux, dirigidos por mencheviques rusos, se burlan malvadamente de los primeros pasos de la milicia obrera. Es imposible dar a esos señores otro nombre que el de enemigos directos de la revolución proletaria.

LA MILICIA OBRERA Y EL EJÉRCITO

Pero aquí, los rutinarios conservadores lanzan su último argumento: “¡Es que ustedes piensan que, mediante destacamentos de milicia mal armados, el proletariado podrá conquistar el poder, es decir conseguir la victoria sobre el ejército actual, con su técnica moderna (¡los tanques!, ¡la aviación!, ¡los gases!)”. Es difícil imaginar un argumento más chato y trivial, por otra parte contradicho cien veces por la teoría y por la historia. Pese a ello, cada vez se lo presenta como la última palabra de un pensamiento “realista”.

Incluso si se admite por un instante que los destacamentos de la milicia se revelaran mañana inútiles para la lucha por el poder, no por eso son menos necesarios hoy para la defensa de las organizaciones obreras. Como es sabido, los jefes de la CGT se niegan a toda lucha por el poder. Esto no detendrá en absoluto a los fascistas ante el aplastamiento de la CGT. Los sindicalistas, que no toman a tiempo medidas de defensa, cometen un crimen contra los sindicatos, independientemente de su orientación política

Sin embargo, observemos más de cerca el argumento capital de los pacifistas: “Los destacamentos armados de obreros son impotentes contra el ejército contemporáneo”. Este “argumento” se dirige, en el fondo, no contra la milicia, sino contra la propia idea de revolución proletaria. Si se admite por un instante que el ejército armado hasta los dientes, en todas las condiciones estará del lado del gran capital, entonces es preciso renunciar, no solo a la milicia obrera, sino al socialismo en general. Entonces, el capitalismo es eterno.

Afortunadamente, no es así. La revolución proletaria supone una extrema exacerbación de la lucha de clases en la ciudad y en el campo, y por consecuencia también en el ejército. La revolución no alcanzará la victoria más que cuando haya conquistado para sí, o por lo menos neutralizado, al núcleo fundamental del ejército. Sin embargo, esta conquista no puede improvisarse: hay que prepararla sistemáticamente.

Aquí, el doctrinario pacifista interrumpe para ponerse de acuerdo —de palabra— con nosotros. “Evidentemente —dirá— es necesario conquistar al ejército por medio de una propaganda continua. Ahora bien, eso es lo que nosotros hacemos. La lucha contra la gran mortalidad en los cuarteles, contra los dos años, contra la guerra: el éxito de esta lucha hace inútil el armamento de los obreros”.

¿Es esto cierto? No, es radicalmente falso. Una conquista pacífica, serena del ejército es aún menos posible que la conquista pacífica de una mayoría parlamentaria. Ya las muy moderadas campañas contra la mortalidad en los cuarteles y contra los dos años, sin ninguna duda van a conducir a un acercamiento entre las ligas patrióticas y los oficiales reaccionarios, a un complot directo de su parte y también a la entrega redoblada de los subsidios que el capital financiero da a los fascistas. Cuanto más éxito tenga la agitación antimilitarista, más rápidamente crecerá el peligro fascista. Tal es la dialéctica real y no inventada de la lucha. La conclusión es que, en el mismo proceso de la propaganda y preparación, hay que saber defenderse con las armas en la mano, cada vez mejor.

DURANTE LA REVOLUCIÓN

Durante la revolución, se producirán en el ejército oscilaciones inevitables, se librará en él una lucha interior. Incluso las fracciones más avanzadas no se pasarán abierta y activamente al lado del proletariado hasta que vean con sus propios ojos que los obreros quieren batirse y son capaces de vencer. La tarea de los destacamentos fascistas será la de no permitir el acercamiento entre el proletariado revolucionario y el ejército. Los fascistas se esforzarán por aplastar la insurrección obrera desde su comienzo para quitar a las mejores fracciones del ejército la posibilidad de apoyar a los insurgentes. Al mismo tiempo,

los fascistas vendrán en ayuda de los destacamentos reaccionarios del ejército para desarmar a los regimientos más revolucionarios y a los menos seguros.

En tal caso, ¿cuál será nuestra tarea?

Es imposible definir de antemano la marcha concreta de la revolución en un país dado. Pero, sobre la base de toda la experiencia histórica, se puede afirmar con certeza que la insurrección en ningún caso y en ningún país tomará el carácter de un simple duelo entre la milicia obrera y el ejército. La relación de fuerzas será mucho más compleja e incomparablemente más favorable al proletariado. La milicia obrera —no por su armamento, sino por su conciencia y su heroísmo— será la vanguardia de la revolución. El fascismo será la vanguardia de la contrarrevolución. La milicia obrera, con el apoyo de toda la clase, con la simpatía de todos los trabajadores, deberá derrotar, desarmar y aterrorizar a las pandillas de bandidos de la reacción y franquear así a los obreros el camino hacia la fraternización revolucionaria con el ejército. La alianza de los obreros y de los soldados triunfará sobre las fracciones contrarrevolucionarias. Así estará asegurada la victoria.

Los escépticos alzarán los hombros con desprecio. Pero los escépticos hacen el mismo gesto en la víspera de cada revolución victoriosa. El proletariado hará bien en pedir a los escépticos que se vayan muy lejos. El tiempo es demasiado precioso para explicar la música a los sordos, los colores a los ciegos y a los escépticos la revolución socialista.

V. EL PROLETARIADO, LOS CAMPESINOS, EL EJÉRCITO, LAS MUJERES, LOS JÓVENES

EL PLAN DE LA CGT Y EL FRENTE ÚNICO

Jouhaux ha pedido prestada la idea del Plan a De Man. En ambos el objetivo es el mismo: disfrazar la última quiebra del reformismo e inspirar al proletariado nuevas esperanzas, para desviarlos de la revolución.

Ni De Man ni Jouhaux han inventado sus “planes”. Han tornado simplemente las reivindicaciones fundamentales del programa de transición marxista, la nacionalización de los bancos y de las industrias

clave, han echado por la borda la lucha de clases y, en lugar de la expropiación revolucionaria de los expropiadores, han puesto una operación financiera de rescate.

El poder debe quedar como antes, en las manos del “pueblo”, es decir de la burguesía. Pero el Estado compra las ramas más importantes de la industria (no se nos dice cuáles exactamente) a sus propietarios actuales, quienes se convierten por dos o tres generaciones en rentistas parasitarios: la pura y simple explotación privada capitalista da lugar a una explotación indirecta, por intermedio de un capitalismo de Estado.

Como Jouhaux comprende que incluso este castrado programa de nacionalización es absolutamente irrealizable sin lucha revolucionaria, declara de antemano que está dispuesto a cambiar su “plan” en la moneda chica de reformas parlamentarias en el estilo, a la moda, de la economía dirigida. El ideal para Jouhaux sería que, por medio de arreglos entre bambalinas, se reduzca toda la operación a que en diferentes consejos económicos e industriales se sienten los burócratas sindicales, sin poder y sin autoridad, pero con jugosos honorarios.

¡No es por nada que el plan de Jouhaux —su plan real que esconde tras el “plan” de papel— ha recibido el apoyo de los neosocialistas e incluso la aprobación de Herriot!

El sabio ideal del sindicalismo “independiente” no será realizado, sin embargo, más que si el capitalismo vuelve a regenerarse y si las masas obreras caen nuevamente bajo el yugo. Pero, ¿si continúa la declinación capitalista? Entonces el plan, lanzado para desviar a los obreros de los “malos pensamientos”, puede convertirse en la bandera del movimiento revolucionario.

En Bélgica, ya existe ese peligro. El Partido Obrero Belga se ha visto obligado a dirigir una manifestación por el plan de De Man. Los obreros han tomado el plan completamente en serio. Bajo la bandera del plan se ha comenzado a formar un ala izquierda, especialmente en el seno de la juventud. El falsificador teórico De Man se parece cada vez más al aprendiz de brujo, que ha invocado a los espíritus pero que no sabe cómo hacerlos volver al más allá. Los bolcheviques-leninistas belgas tienen absoluta razón en ponerse en el terreno del movimiento de masas en favor del plan y así, mediante la crítica marxista, hacerlo avanzar.

Evidentemente, espantado por el ejemplo belga, Jouhaux se afana en retroceder. El punto más importante del orden del día del Comité Nacional de la CGT, a mediados de marzo —la propaganda por el plan—, fue sorprendentemente escamoteado. Si esta maniobra tiene más o menos éxito, la culpa de ello recae por completo sobre la dirección del Frente Único.

Los jefes de la CGT han lanzado su “Plan” para tener la posibilidad de competir con los partidos de la revolución. De este modo, Jouhaux ha mostrado que, siguiendo a sus inspiradores burgueses, aprecia la situación como revolucionaria (en el sentido amplio de la palabra). Pero el adversario revolucionario no ha aparecido en la arena. Jouhaux decidió no internarse más lejos por un camino lleno de riesgos. Retrocedió y ahora espera.

En enero, la CAP del Partido Socialista propuso al Partido Comunista una lucha común por el poder en nombre de la socialización de los bancos y de las ramas concentradas de la industria. Si en el Comité Central del Partido Comunista hubiera lugar para revolucionarios, estos hubieran debido aferrar esta proposición con ambas manos. Iniciando una gran campaña por el poder, hubieran acelerado la movilización revolucionaria en el interior de la SFIO y al mismo tiempo habrían obligado a Jouhaux a realizar la agitación por su “plan”. Siguiendo este camino, se hubiera podido forzar a la CGT a incorporarse al Frente Único. El peso específico del proletariado francés hubiera crecido enormemente.

Pero en el Comité Central del Partido Comunista no se sienten revolucionarios, sino mandarines. “No hay situación revolucionaria”, respondieron, mirándose el ombligo. Los reformistas de la SFIO respiraron con alivio: el peligro había pasado. Jouhaux se apresuró a retirar del temario la cuestión de la propaganda por el Plan. El proletariado ha quedado en la gran crisis social, sin ningún programa. La Internacional Comunista ha jugado una vez más un rol reaccionario.

ALIANZA REVOLUCIONARIA CON EL CAMPESINADO

La crisis de la agricultura constituye ahora la principal reserva para las tendencias bonapartistas y fascistas. Cuando la miseria toma al campesino por la garganta, éste es capaz de dar los saltos más inesperados. Mira a la democracia con creciente desconfianza.

“La consigna de la defensa de las libertades democráticas — escribe Monmousseau (*Cahiers du Bolchevisme*, 10 de setiembre de 1934, página 1017) — se corresponde perfectamente con el espíritu del campesinado”. Esta frase notable demuestra que Monmousseau entiende tan poco de la cuestión campesina como de la cuestión sindical. Los campesinos comienzan a dar la espalda a los partidos de “izquierda”, precisamente porque son incapaces de proponerle otra cosa que palabras en el aire sobre la “defensa de la democracia”.

Ningún programa de “reivindicaciones inmediatas” puede dar nada serio al campo. El proletariado debe hablar con los campesinos en el idioma de la revolución; no encontrará otro lenguaje común con ellos. Los obreros deben elaborar un programa de medidas revolucionarias para la salvación de la agricultura en común con los campesinos.

Los campesinos temen sobre todo la guerra. ¿Podemos, como Laval y Litvinov, engañarlos con esperanzas en la Sociedad de las Naciones y en el “desarme”? El único medio de evitar la guerra es derrocar a la propia burguesía y dar la señal para la transformación de Europa en los Estados Unidos de las Repúblicas Obreras y Campesinas. Sin revolución, no hay salvación contra la guerra.

Los campesinos trabajadores sufren las condiciones usurarias del crédito. Para cambiar esas condiciones, no hay sino una vía: expropiar los bancos, concentrarlos en manos del Estado obrero y, a costa de los tiburones financieros, crear un crédito de fomento para los pequeños campesinos, y particularmente para las cooperativas campesinas. Debe instaurarse el control campesino sobre los bancos de crédito agrícola.

Los campesinos sufren la explotación de los trusts de fertilizantes y de los molinos. No hay otro camino que el de nacionalizar los trusts de fertilizantes y los grandes molinos y subordinarlos completamente a los intereses de los campesinos y de los consumidores.

Diferentes categorías de campesinos (arrendatarios, aparceros) sufren la explotación de los grandes propietarios rurales. No hay otro medio de lucha contra la usura territorial que la expropiación de los usureros terratenientes por los comités de campesinos bajo el control del Estado obrero y campesino.

Ninguna de estas medidas es concebible bajo la dominación de la burguesía. Pequeñas limosnas no salvarán al campesino; de nada le servirán los paliativos. Hacen falta audaces medidas revolucionarias.

El campesino las comprenderá, las aprobará y las apoyará, si el obrero le propone seriamente luchar juntos por el poder.

No esperar que la pequeña burguesía se defina por sí misma, sino formar su pensamiento, formar su voluntad: he aquí la tarea del partido obrero. Es sólo así que podrá realizarse la unión de los obreros y de los campesinos.

EL EJÉRCITO

El estado de ánimo de la mayoría de los oficiales del ejército refleja el estado de ánimo reaccionario de las clases dominantes del país, pero bajo una forma aún más concentrada. El estado de ánimo de la masa de los soldados refleja el estado de ánimo de los obreros y campesinos, pero bajo una forma debilitada: la burguesía sabe mantener la relación con los oficiales mucho mejor que el proletariado con los soldados.

El fascismo impresiona mucho a los oficiales, pues sus consignas son decididas y porque está dispuesto a zanjar las cuestiones por medio del revólver y de la ametralladora. Se dispone de no pocos informes sobre la relación entre las ligas fascistas y el ejército, tanto por intermedio de los oficiales activos como de los de reserva. Sin embargo, no nos llega sino una ínfima parte de lo que sucede en realidad. Ahora debe aumentar en el ejército el rol de los reenganchados. En ellos, la reacción encontrará no pocos agentes suplementarios. La infiltración fascista en el ejército, bajo la protección del gran Estado Mayor, está en plena marcha.

Los jóvenes obreros conscientes en los cuarteles, podrían ofrecer resistencia con éxito a la desmoralización fascista. Pero la gran desgracia es que ellos mismos están políticamente desarmados: no tienen programa. El joven desocupado, el hijo del pequeño campesino, del pequeño comerciante o del pequeño funcionario llevan al ejército el descontento de los medios sociales de los que provienen. ¿Qué les dirá el comunista en el cuartel, sino que “la situación no es revolucionaria”? Los fascistas saquean el programa marxista, convirtiendo exitosamente en instrumento de demagogia social algunas de sus partes. Los “comunistas” (?) reniegan de su programa en los hechos, sustituyéndolo por los podridos despojos del reformismo. ¿Puede concebirse una quiebra más fraudulenta?

L'Humanité se concentra en las “reivindicaciones inmediatas” de los soldados: esto es necesario, pero no es más que una centésima parte del programa. Hoy más que nunca, el ejército tiene vida política. Toda crisis social es, necesariamente, una crisis del ejército. El soldado francés espera y busca respuestas claras. No hay ni puede haber mejor réplica a la demagogia de los fascistas que el programa del socialismo. ¡Hay que desplegarlo audazmente en el país y por mil canales penetrará en el ejército!

LAS MUJERES

La crisis social, con su cortejo de calamidades, gravita con el mayor peso sobre las mujeres trabajadoras. Ellas están doblemente oprimidas: por la clase poseedora y por su propia familia.

Hay “socialistas” que temen que las mujeres tengan derecho al voto, por la influencia que la Iglesia tiene sobre ellas. ¡Como si la suerte del pueblo dependiera del número más o menos grande de municipalidades de “izquierda” en 1935, más que de la situación moral, social y política de millones de obreras y de campesinas en el período próximo!

Toda crisis revolucionaria se caracteriza por el despertar de las mejores cualidades de la mujer de las clases trabajadoras: la pasión, el heroísmo, la devoción. La influencia de la Iglesia será barrida no por el nacionalismo impotente de los “librepensadores” ni por el soso fanatismo de los masones, sino por la lucha revolucionaria por la emancipación de la humanidad, y por consecuencia, en primer lugar, de la obrera.

El programa de la revolución socialista debe resonar en nuestros días como el toque de alarma para las mujeres de la clase obrera!

LOS JÓVENES

La condenación más cruel de la dirección de las organizaciones obreras, políticas y sindicales, es la debilidad de sus organizaciones juveniles. En el campo de la filantropía, de la diversión y del deporte, la burguesía y la Iglesia son incomparablemente más fuertes que

nosotros. No se les puede arrancar la juventud obrera más que por medio del programa socialista y la acción revolucionaria.

La joven generación del proletariado necesita una dirección política, pero no una tutela inoportuna. El burocratismo conservador ahoga y rechaza a la juventud. Si el régimen de las Juventudes Comunistas hubiera existido en 1848, no habría habido *Gavroche*³. La política de pasividad y de adaptación se refleja de un modo particularmente funesto en los cuadros de la juventud. Los jóvenes burócratas se hacen viejos antes de tiempo: conocen todos los tipos de maniobras entre bambalinas, pero no conocen el abecé del marxismo. Se forman “convicciones” en tal a cual ocasión, según las exigencias de la maniobra. En el último congreso de la Alianza del Sena se ha podido observar demasiado de cerca este estilo.

Hay que plantear ante la juventud obrera el problema de la revolución en toda su amplitud. Al volverse hacia la nueva generación, hay que saber hacer un llamado a su audacia y a su coraje, sin los cuales nada grande se hace en la historia. La revolución abrirá ampliamente las puertas a los jóvenes. La juventud no puede no estar a favor de la revolución!

VI. POR QUÉ LA CUARTA INTERNACIONAL

LA QUIEBRA DE LA INTERNACIONAL COMUNISTA

En su carta al Consejo Nacional del Partido Socialista, el Comité Central del Partido Comunista ha propuesto, como base para la unificación, “el programa de la Internacional Comunista, que ha conducido a la victoria del socialismo en la URSS, ahora que el programa de la Segunda Internacional no ha resistido a la trágica prueba de la guerra y ha conducido al doloroso resultado de Alemania y de Austria”. Que la Segunda Internacional ha fracasado, los revolucionarios lo han proclamado desde agosto de 1914. Todos los acontecimientos posteriores no han hecho más que confirmar esta apreciación.

3. *Gavroche*: sobrenombre de los impetuosos grupos juveniles del París revolucionario.

Pero mostrando la incontestable bancarrota de la socialdemocracia en Alemania y en Austria, los estalinistas olvidan responder a una pregunta: ¿qué sucedió con las secciones alemana y austríaca de la Internacional Comunista? El Partido Comunista alemán se ha hundido ante la prueba histórica tan ignominiosamente como la socialdemocracia alemana. ¿Por qué? Los obreros alemanes querían luchar y creían que “Moscú” los conduciría al combate; se dirigían sin cesar hacia la izquierda. El Partido Comunista alemán crecía rápidamente; en Berlín, superaba numéricamente a la socialdemocracia. Pero se encontró asolado interiormente antes de que llegara la hora de la prueba. El ahogo de la vida interior, la voluntad de mandar en lugar de convencer, la política de zigzags, el nombramiento de dirigentes desde arriba, el sistema de mentira, de engaño a las masas, todo esto desmoralizó al partido hasta la médula. Cuando se acercó el peligro, el partido se encontró hecho un cadáver. Es imposible borrar ese hecho de la historia.

Después de la vergonzosa capitulación de la Internacional Comunista en Alemania, los bolcheviques-leninistas proclamaron sin dudar por un momento: ¡La Tercera Internacional ha muerto! No es necesario recapitular todas las injurias que nos arrojaron todos los estalinistas de todos los países. *L'Humanité*, aún después del advenimiento definitivo de Hitler, afirmaba número a número: No hay derrota en Alemania”, “Sólo los renegados pueden hablar de derrota”, “El Partido Comunista alemán crece hora a hora”, “El partido de Thaelmann se prepara para la toma del poder”. Nada tiene de sorprendente que estas fanfarronadas criminales, después de la mayor catástrofe histórica, hayan desmoralizado todavía más a las otras secciones de la Internacional Comunista: una organización que ha perdido la capacidad de aprender de su propia derrota está irremediablemente condenada.

LA LECCIÓN DEL SARRE

La prueba no tardó. El plebiscito del Sarre fue montado, por así decirlo, para mostrar qué restos de confianza en la Segunda y en la Tercera Internacional guardaba el proletariado alemán. He ahí los resultados: puestas ante la necesidad de elegir entre la violencia triunfante de

Hitler y la putrefacta impotencia de los partidos obreros en bancarrota, las masas dieron a Hitler el 90% de los votos y al frente común de la Segunda y Tercera Internacional (si se exceptúan la burguesía judía, los negociantes interesados, los pacifistas, etc.) probablemente no más del 7%. Tal es el balance común del reformismo y del estalinismo. ¡Peor para quien no ha comprendido la lección!

Las masas trabajadoras han votado por Hitler porque no veían otro camino. Los partidos que durante decenas de años las habían despertado y reunido en nombre del socialismo, las han engañado y traicionado. ¡He aquí la conclusión común a que han llegado los trabajadores! Si en Francia la bandera de la revolución socialista se hubiera levantado bien alta, el proletariado del Sarre hubiera dirigido su vista hacia el Oeste y hubiera puesto la solidaridad de clase por encima de la solidaridad nacional. Pero ¡ay!, el gallo francés no anunció al pueblo sarrés una aurora revolucionaria. Aunque bajo la cobertura del Frente Único, en Francia se lleva adelante la misma política de debilidad, de indecisión, de marcar el paso en el mismo lugar, de falta de confianza, que llevó a la derrota a la causa del proletariado alemán. Es por eso que el plebiscito sarrés no solamente es la prueba de los resultados de la catástrofe alemana, sino también una temible advertencia para el proletariado francés. ¡Peor para los partidos que resbalan sobre la superficie de los acontecimientos, se acunan con palabras, esperan milagros y permiten al enemigo mortal organizarse impunemente, armarse, ocupar las posiciones ventajosas y elegir el momento más favorable para descargar el golpe decisivo!

He aquí lo que nos dice la lección del Sarre.

EL PROGRAMA DE LA INTERNACIONAL COMUNISTA

Numerosos reformistas y centristas (es decir, aquéllos que vacilan entre el reformismo y la revolución), virando a la izquierda, ensayan ahora gravitar hacia la Internacional Comunista: algunos de ellos, sobre todo obreros, esperan sinceramente encontrar en el programa de Moscú el reflejo de la Revolución de Octubre; otros, sobre todo funcionarios, se esfuerzan simplemente por hacer amistad con la poderosa burocracia soviética. Abandonemos a los arribistas a su propia suerte. Pero a los socialistas que sinceramente esperan encontrar en

la Internacional Comunista una dirección revolucionaria, les decimos: ¡se equivocan cruelmente! No conocen bien la historia de la Internacional Comunista que, en los últimos diez años, es la historia de los errores, de las catástrofes, de las capitulaciones y de la degeneración burocrática.

El programa actual de la Internacional Comunista fue adoptado en el VI Congreso, en 1928, después del aplastamiento de la dirección leninista⁴. Entre el programa actual y aquél con el que el bolchevismo logró la victoria de 1917, hay un abismo. El programa del bolchevismo partía del punto de vista de que la suerte de la revolución de Octubre es inseparable de la suerte de la revolución internacional. El programa de 1928, a pesar de todas sus frases “internacionalistas”, parte de la perspectiva de la construcción independiente del socialismo en la URSS. El programa de Lenin decía “Sin revolución en Occidente y en Oriente estamos vencidos”. Ese programa, por su propia esencia, excluía la posibilidad de sacrificar los intereses del movimiento obrero mundial a los intereses de la URSS. El programa de la Internacional Comunista significa en la práctica: se puede y se debe sacrificar los intereses de la revolución proletaria en Francia a los intereses de la URSS (en realidad, a los intereses de las combinaciones diplomáticas de la burocracia soviética). El programa de Lenin enseñaba: el burocratismo soviético es el peor enemigo del socialismo; reflejando la presión de las fuerzas y de las tendencias burguesas sobre el proletariado, el burocratismo puede conducir al renacimiento de la burguesía; el éxito contra el azote del burocratismo no puede ser asegurado más que mediante la victoria del proletariado europeo y mundial. Contrariamente a esto, el programa actual de la Internacional Comunista dice: el socialismo puede ser construido independientemente de los éxitos y fracasos del proletariado mundial, bajo la dirección de la infalible y omnipotente burocracia soviética; todo lo que se dirige contra su infalibilidad es contrarrevolucionario y merece ser exterminado.

4. El programa de la Internacional Comunista fue escrito por Bujarin, quien poco después fue oficialmente declarado “liberal burgués”. En su *Testamento*, Lenin juzgó necesario prevenir que Bujarin no dominaba el marxismo, pues su pensamiento estaba penetrado de escolástica. He realizado una crítica del programa ecléctico de la Internacional Comunista en mi libro *La Internacional Comunista después de Lenin*. Hasta el presente, esa crítica permanece sin respuesta.

En el actual programa de la Internacional Comunista hay, por supuesto, muchas expresiones, fórmulas, frases tomadas a préstamo del programa de Lenin (la burocracia conservadora del Thermidor y del Consulado utilizó también en Francia la terminología de los jacobinos); pero en el fondo esos dos programas se excluyen mutuamente. Prácticamente, en efecto, la burocracia estalinista ha reemplazado después de mucho tiempo el programa de la revolución proletaria internacional por un programa de reformas soviéticas nacionales. Dispersando y debilitando al proletariado mundial con su política, que es una mezcla de oportunismo y de aventurerismo, la Internacional Comunista socava, de ese modo, los propios intereses fundamentales de la URSS. Estamos a favor de la URSS, pero contra la burocracia usurpadora y su instrumento ciego, la Internacional Comunista.

BELA KUN, JEFE DE LA INTERNACIONAL COMUNISTA

Manuilsky, ayer jefe de la Internacional Comunista, se ha ahogado sin dejar rastros en el tercer período. Manuilsky fue reemplazado, sin que los interesados tuvieran la menor parte en el cambio, por Bela Kun. Sobre este nuevo soberano de la Internacional Comunista es necesario decir algunas palabras. Como prisionero de guerra húngaro en Rusia, Bela Kun, a semejanza de muchos otros prisioneros, se hizo comunista, y a su retorno a Hungría, jefe de un pequeño partido. La postración del gobierno del conde Karoly ante la Entente se terminó mediante la transmisión consentida y pacífica del poder a los partidos obreros, sin revolución alguna.

Los comunistas del partido de Bela Kun se apresuraron a unirse con los socialdemócratas. Inspirador de la Hungría soviética, Bela Kun dio pruebas de una completa incapacidad, sobre todo en la cuestión campesina, lo que condujo rápidamente al hundimiento de los sóviets. Vuelto como exiliado a la URSS, Bela Kun tuvo siempre papeles de tercer plano, pues no gozaba en absoluto de la confianza política de Lenin. Es conocido el extremadamente violento discurso de Lenin al Pleno del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, en vísperas del III Congreso: casi cada frase recordaba las "tonterías de Bela Kun". En mi folleto sobre la dirección de la Internacional

Comunista⁵ he contado cómo Lenin me explicó su ataque violento contra Bela Kun: “Hay que enseñar a la gente a no tener confianza en él”. Desde aquel tiempo, no sólo no ha aprendido nada Bela Kun, sino que incluso ha olvidado lo poco que había asimilado en la escuela de Lenin. Se puede ver en qué medida este hombre está hecho para el papel de jefe de la Internacional Comunista y, en especial, del proletariado francés.

LA UNIDAD ORGÁNICA

Admitamos que el Partido Comunista pese a todo, siga creciendo aún. No gracias a su política, sino a pesar de ella. Los acontecimientos empujan a los obreros hacia la izquierda y el Partido Comunista, pese a su viraje oportunista, sigue siendo para las masas la “extrema izquierda”. El crecimiento numérico del Partido Comunista sin embargo, no lleva en sí la menor garantía para el futuro: como hemos dicho, el Partido Comunista alemán creció hasta el momento mismo de la capitulación y mucho más velozmente.

En todo caso, el hecho de que existan dos partidos obreros, lo que hace absolutamente necesaria, ante el peligro común, una política de frente único, basta para explicar las aspiraciones de los obreros a la unidad orgánica. Si hubiera en Francia un partido revolucionario consecuente, seríamos resueltos adversarios de la fusión con el partido oportunista. En las condiciones de la exacerbación de la crisis social, el partido revolucionario, en lucha contra el reformismo, reuniría infaliblemente bajo su bandera a la mayoría aplastante de los obreros. El problema histórico no es unir mecánicamente todas las organizaciones, que representan diferentes estadios de la lucha de clases, sino reunir al proletariado en la lucha y para la lucha. Se trata de dos problemas completamente distintos, e incluso a veces contradictorios.

Pero es un hecho que en Francia no hay partido revolucionario. La ligereza con que el Partido Comunista —sin la menor discusión— ha pasado de la teoría y de la práctica del “socialfascismo” al bloque con

5. Este folleto, ‘¿Quién dirige hoy la Internacional Comunista?’, está reproducido en *La Internacional Comunista después de Lenin*.

los radicales y al rechazo de las tareas revolucionarias, en nombre de las "reivindicaciones inmediatas", confirma que el aparato del partido está completamente roído por el cinismo y la base desorientada y desacostumbrada a pensar. Es un partido enfermo.

Hemos criticado demasiado abiertamente la posición de la SFIO como para no repetir lo que ya hemos dicho más de una vez. Pero es indiscutible, a pesar de todo, que el ala izquierda, revolucionaria, de la SFIO se convierte poco a poco en el laboratorio en que se forman las consignas y los métodos de la lucha proletaria. Si ese ala se fortifica y se temple, podrá llegar a ser el factor decisivo para actuar sobre los obreros comunistas. Sólo por este camino es posible la salvación. De lo contrario, la situación estaría definitivamente perdida, si el ala revolucionaria del Partido Socialista cayera en el sistema de engranajes que con el nombre de aparato de la Internacional Comunista sirve para despedazar las columnas vertebrales y las personalidades, para hacer perder el hábito de pensar y para enseñar a obedecer ciegamente; este sistema es francamente funesto para formar revolucionarios.

¿Están ustedes contra la unidad orgánica?, nos preguntarán, no sin indignación algunos camaradas.

No, no estamos contra la unidad. Pero estamos contra el fetichismo, la superstición y la ofuscación. La unidad no resuelve nada por sí sola. La socialdemocracia austríaca reunía a su alrededor a casi todo el proletariado, pero solo para llevarlo a la derrota. El Partido Obrero belga tiene todo el derecho de decirse el único partido del proletariado, pero eso no impide que vaya de capitulación en capitulación. Sólo personas de una tontería sin esperanzas pueden esperar que el Partido Laborista, que domina completamente en el proletariado británico, sea capaz de asegurar la victoria de éste último. Lo que decide no es la unidad en sí misma, sino su contenido político real.

Si hoy mismo la SFIO se uniera al Partido Comunista, esto no aseguraría la victoria más de lo que la asegura el Frente Unico: sólo una justa política revolucionaria puede dar la victoria. Pero estamos dispuestos a reconocer que la unificación facilitaría, en las actuales condiciones, el reagrupamiento y la reunión de los elementos verdaderamente revolucionarios dispersos en ambos partidos. Es en este sentido —y sólo en este sentido— que la unificación podría ser un paso adelante.

Pero la unificación — digámoslo aquí mismo — sería un paso atrás, peor aún, un paso hacia el abismo, si la lucha contra el oportunismo en el partido unificado se dirigiera siguiendo el camino de la Internacional Comunista. El aparato estalinista es capaz de explotar una revolución victoriosa, pero es orgánicamente incapaz de asegurar la victoria de una nueva revolución. Es conservador hasta la médula de los huesos. Repitémoslo una vez más: la burocracia soviética tiene tanto que ver con el antiguo partido bolchevique como la burocracia del Directorio y del Consulado con el jacobinismo.

La unificación de los dos partidos no nos hará avanzar más que si está libre de ilusiones, de ofuscación y de puro engaño.

Para no caer víctimas de la enfermedad de la Internacional Comunista, los socialistas de izquierda necesitan una seria inoculación de leninismo. Es precisamente por esto que, entre otros, nosotros seguimos con un ánimo tan atento y crítico la evolución de los grupos de izquierda. Algunos se sienten ofendidos por nosotros. Pero pensamos que en el terreno revolucionario las reglas de responsabilidad son incomparablemente más importantes que las reglas de cortesía. La crítica dirigida contra nosotros, también la apreciamos desde un punto de vista revolucionario y no sentimental.

DICTADURA DEL PROLETARIADO

Zyromski, en una serie de artículos, ha intentado indicar los principios fundamentales del futuro partido unificado. Esta es una cuestión mucho más seria que repetir frases generales sobre la unidad, a la manera de Lebas. Por desgracia, Zyromski da en sus artículos un paso desde el centrismo reformista, no hacia el leninismo sino hacia el centrismo burocrático (estalinismo). Esto aparece del modo más claro, como lo vamos a demostrar, en la cuestión de la dictadura del proletariado.

Por alguna razón, Zyromski repite con particular insistencia en una serie de artículos — invocando por otra parte a Stalin como fuente original — la idea de que “la dictadura del proletariado jamás puede ser considerada como un objetivo”. ¡Cómo si existieran en cualquier parte del mundo teóricos insensatos que pensarán que la dictadura del proletariado es un “objetivo en sí”! Pero en estas extrañas

repeticiones, hay una idea: Zyromski pide disculpas de antemano, por decirlo así, ante los derechistas, por querer la dictadura. Por desgracia, es difícil establecer la dictadura si uno empieza pidiendo disculpas.

Mucho peor, sin embargo, es la idea siguiente: “Esta dictadura del proletariado... debe aflojarse y transformarse progresivamente en democracia proletaria a medida que se desarrolla la edificación socialista”. En estas pocas líneas, hay dos profundos errores de principio. La dictadura del proletariado es opuesta, allí, a la democracia proletaria. Sin embargo, la dictadura del proletariado por su propia esencia, puede y debe ser la suprema expansión de la democracia proletaria. Para realizar una grandiosa revolución social, el proletariado necesita la manifestación suprema de todas sus fuerzas y de todas sus capacidades: se organiza democráticamente precisamente para terminar con sus enemigos. La dictadura debe, según Lenin, “enseñar a cada cocinera a dirigir el Estado”. La espada de la dictadura está dirigida contra los enemigos de clase; la base de la dictadura está constituida por la democracia proletaria.

Para Zyromski, la democracia proletaria viene a reemplazar a la dictadura “a medida que se desarrolla la edificación socialista”. Se trata de una perspectiva absolutamente falsa. A medida que la sociedad burguesa se transforma en sociedad socialista, la democracia socialista va desapareciendo con la dictadura, pues el propio Estado va desapareciendo. En la sociedad socialista no habrá lugar para la “democracia proletaria”; en primer lugar, por ausencia de proletariado; y en segundo, por ausencia de la necesidad de la violencia estatal. Es por eso que el desarrollo de la sociedad socialista debe significar no la transformación de la dictadura en democracia, sino su disolución común en la organización económica y cultural de la sociedad socialista.

ADAPTACIÓN A LA BUROCRACIA ESTALINISTA

No nos hubiéramos detenido en este error, si el mismo hubiera tenido un carácter puramente teórico. En realidad, tras él se esconde un intento político. Zyromski intenta adaptar al régimen actual de la burocracia soviética la teoría de la dictadura del proletariado que, según

su propia confesión, ha tomado prestada de Dan. Por otra parte, cierra los ojos conscientemente ante esta cuestión: ¿por qué, a pesar de los enormes éxitos económicos de la URSS, la dictadura proletaria no evoluciona hacia la democracia sino hacia un burocratismo monstruoso, que toma definitivamente el carácter de un régimen personal" ¿Por que, "a medida que se desarrolla la edificación socialista", se ahoga al partido, se ahoga a los sóviets, se ahoga a los sindicatos? Es imposible contestar estas preguntas sin una crítica decidida del estalinismo. Pero esto es precisamente lo que Zyromski quiere evitar a cualquier costo.

Empero, el hecho de que una burocracia independiente y descontrolada haya usurpado la defensa de las conquistas sociales de la revolución proletaria, testimonia que estamos ante una dictadura enferma, en degeneración, que si se la deja abandonada a sí misma, conducirá no a la "democracia proletaria", sino al derrumbe completo del régimen soviético.

Sólo la revolución en Occidente puede salvar de la ruina a la Revolución de Octubre. La teoría del "socialismo en un solo país" es falsa en todas sus bases. El programa de la Internacional Comunista no vale más. Adoptar ese programa, significaría hacer descarrilar al tren de la revolución internacional. La primera condición para el éxito del proletariado francés es la completa independencia de su vanguardia respecto de la burocracia soviética, nacional y conservadora. Por supuesto, el Partido Comunista tiene derecho a proponer el programa de la Internacional Comunista coma base de la unificación: no puede ofrecer otro. Pero los marxistas revolucionarios, conscientes de su responsabilidad por la suerte del proletariado, deben someter el programa de Bujarin-Stalin a una crítica implacable. La unidad es una cosa magnífica, pero no sobre una base podrida. La tarea progresiva consiste en reunir a los obreros socialistas y comunistas sobre la base del programa internacional de Marx y de Lenin. Los intereses del proletariado mundial tanto como los intereses de la URSS (no hay diferencia entre ambos) exigen la misma lucha contra el reformismo y contra el estalinismo.

LA CUARTA INTERNACIONAL

Las dos Internacionales, no sólo la Segunda sino también la Tercera, están enfermas hasta los tuétanos. Hay pruebas históricas, que no mienten. Los grandes acontecimientos (China, Inglaterra, Alemania, Austria, España) han dado su veredicto. Ante ese veredicto, confirmado en el Sarre, ya no hay apelación posible. La construcción de una nueva Internacional, que se apoye en la trágica experiencia de los últimos diez años, está a la orden del día. Naturalmente, esta tarea grandiosa está estrechamente ligada a toda la marcha de la lucha de clase del proletariado, en especial, a la lucha contra el fascismo en Francia. Para vencer al enemigo, la vanguardia del proletariado debe asimilar los métodos marxistas revolucionarios, incompatibles con el oportunismo y con el estalinismo. ¿Logrará cumplir esta tarea? Hace tiempo, Engels escribió: “los franceses siempre muestran lo mejor de sí mismos en la proximidad de los combates”. Esperemos que esta vez justifiquen ampliamente la apreciación de nuestro gran maestro. Pero la victoria del proletariado francés no puede concebirse más que si, del fuego de la lucha, surge un partido verdaderamente revolucionario, que se convierta en la piedra angular de la nueva Internacional. Ésta sería la vía mas corta, la más ventajosa, la más favorable para la revolución internacional.

Sería una estupidez afirmar que está asegurada. Si la victoria es posible, la derrota, lamentablemente tampoco está excluida. La política actual del Frente Único, como la de las dos organizaciones sindicales, no facilita sino obstaculiza la victoria. Es absolutamente evidente que en caso de aplastamiento del proletariado francés sus dos partidos desaparecerían definitivamente de la escena. La necesidad de una nueva Internacional, fundada sobre nuevas bases, se haría entonces evidente para todo obrero. Pero también es absolutamente evidente que la edificación de la IV Internacional, en caso de triunfo del fascismo en Francia, encontraría más obstáculos, marcharía con extrema lentitud y el centro de todo el trabajo revolucionario pasaría, según todo lo indica, a América.

Así, las dos variantes históricas — la victoria y la derrota del proletariado francés — conducen igualmente, aunque con ritmos diferentes, por el camino de la IV Internacional. Es precisamente esta tendencia histórica la que explican los bolcheviques-leninistas. El

aventurerismo en todas sus formas nos es extraño. No se trata de “proclamar” artificialmente la IV Internacional, sino de construirla sistemáticamente. Hay que mostrar y demostrar a los obreros avanzados, mediante la experiencia de los acontecimientos, que los programas y los métodos de las dos internacionales se encuentran en contradicción insuperable con las exigencias de la revolución proletaria y que esas contradicciones no tienden a desaparecer, sino por el contrario, crecen sin cesar. De este análisis surge la única línea general posible: es necesario preparar teórica y prácticamente la IV Internacional.

JACQUES DORIOT O EL CUCHILLO SIN HOJA

En febrero se realizó una conferencia internacional de varias organizaciones que no pertenecen ni a la II ni a la III Internacional (dos partidos holandeses, el SAP alemán, el ILP británico, etc.). A excepción de los holandeses, que tienen las posiciones del marxismo revolucionario, todos los otros participantes representan diferentes variedades (en su mayoría, muy conservadoras) del centrismo. J. Doriot, que participó en esta conferencia, escribe en su informe: “En el momento en que la crisis del capitalismo aporta la estrepitosa verificación de las tesis del marxismo... los partidos creados en nombre del marxismo, sea por la II o por la III Internacional, han fracasado todos en su misión”. No nos detendremos sobre el hecho de que el propio Doriot, en el curso de una lucha de diez años contra la Oposición de Izquierda, ayudó a descomponer a la Internacional Comunista. No recordaremos, en particular, el triste papel de Doriot con respecto a la revolución china. Tomemos nota simplemente de que en febrero de 1935, Doriot ha comprendido y reconocido el fracaso de la II y de la III Internacional. ¿Extrae de ahí la necesidad de construir la nueva Internacional? Hacer semejante suposición sería conocer mal lo que es el centrismo. Sobre la idea de la nueva Internacional, Doriot escribe: “Esta idea del trotskismo ha sido formalmente condenada por la Conferencia”. Doriot se deja arrastrar por el entusiasmo, cuando habla de la “condenación formal”, pero es cierto que la Conferencia, contra los dos delegados holandeses, ha rechazado la idea de la IV Internacional. ¿Cuál es, entonces, el

programa real de la Conferencia? No tener ningún programa. En su trabajo cotidiano, los participantes de la Conferencia se mantienen al margen de las tareas internacionales de la revolución proletaria y piensan muy poco en ellas. Pero, cada año y medio, realizan un congreso para aliviar sus corazones y declarar: “La II y la III Internacionales han fracasado”. Después de haber sacudido tristemente sus cabezas, se separan. Más bien habría que llamar a esta *organización* “Buró para la celebración anual de un servicio fúnebre por la II y la III Internacional”.

Estas venerables personas creen ser “realistas”, “tácticos” y quizás hasta “marxistas”. No hacen más que repartir aforismos:

“No hay que anticiparse”, “Las masas aún no han comprendido”, etc. Pero entonces, ¿por qué se anticipan ustedes mismos constatando la bancarrota de las dos Internacionales, si las masas aún no lo han comprendido? Y las masas que lo han comprendido — sin su ayuda — votan por... Hitler (Sarre). ¿Ustedes subordinan la preparación de la IV Internacional a un “proceso histórico”? Los marxistas se han esforzado siempre por estar a la cabeza del proceso histórico. ¿Qué parte representan exactamente ustedes?

“Las masas no han comprendido aún”. Pero las masas no son homogéneas. Las ideas nuevas son asimiladas primero por los elementos avanzados y, por su intermedio, penetran en las masas. Si ustedes mismos, sabios altaneros, han comprendido la necesidad y la ineluctabilidad de la IV Internacional, ¿cómo pueden entonces ocultar esta conclusión a las masas? Peor aún: después de haber reconocido el fracaso de las Internacionales existentes, Doriot “condena” (!!!) la idea de una nueva Internacional. ¿Qué perspectiva práctica da entonces a la vanguardia revolucionaria? ¡Ninguna! Pero esto significa sembrar la confusión, el desorden y la desmoralización.

Tal es la naturaleza del centrismo. Hay que comprender esta naturaleza hasta el final. Bajo la presión de las circunstancias, un centrista puede ir muy lejos en el análisis, la apreciación, la crítica: en este terreno, los jefes del SAP que dirigieron la conferencia de la que acabamos de hablar, repiten muy escrupulosamente mucho de lo que los bolcheviques-leninistas han dicho hace dos, tres a diez años. Pero el centrista siempre se detiene temerosamente ante las conclusiones revolucionarias. ¿Celebrar en familia un servicio fúnebre por

la Internacional Comunista? ¿Por qué no? pero, ¿empeñarse en la preparación de una nueva Internacional? No... más bien, “condenar” al trotskismo.

Doriot no tiene ninguna posición. Y no quiere tenerla. Después de la ruptura con la burocracia de la Internacional Comunista, hubiera podido jugar un papel progresivo y serio. Pero, hasta ahora ni siquiera se ha aproximado a ello. Huye de las tareas revolucionarias. Ha elegido como maestros a los jefes del SAP. ¿Quiere enrolarse definitivamente en la corporación de los centristas? ¡Que sepa que un centrista es un cuchillo sin hoja!

CONCLUSIÓN

LA RELACIÓN DE FUERZAS

“Esperar”, “hacer durar”, “ganar tiempo”: tales son las consignas de los reformistas, de los pacifistas, de los sindicalistas, de los estalinistas. Esta política se alimenta de la idea de que el tiempo trabaja para nosotros. ¿Es verdad esto? ¡Es radicalmente falso! Si, en una situación prerrevolucionaria, no llevamos adelante una política revolucionaria, entonces el tiempo trabaja contra nosotros.

A pesar de los himnos huecos en honor del Frente Único, la relación de fuerzas se ha modificado en el último año, en detrimento del proletariado. ¿Por qué? Marceáu Pivert ha dado una respuesta exacta a esta pregunta en su artículo: “Todo espera” (*Le Populaire* del 18 de marzo de 1935). Dirigidas desde bambalinas por el capital financiero, todas las fuerzas y todos los destacamentos de la reacción llevan una política incesante de ofensiva, invaden nuevas posiciones, las refuerzan y siguen adelante (industria, agricultura, enseñanza, prensa, justicia, ejército). Del lado del proletariado, no hay más que frases sobre la ofensiva; en los hechos, ni siquiera hay defensa. Las posiciones no son reforzadas, sino que se hunden sin combatir o se preparan para rendirse.

La relación política de fuerzas está determinada no solo por los datos objetivos (rol en la producción, número, etc.), sino también subjetivos: la conciencia de la propia fuerza es el elemento más

importante de fuerza real. Mientras que el fascismo eleva día a día la confianza de los pequeñoburgueses desclasados en sí mismos, los grupos dirigentes del Frente Único debilitan la voluntad del proletariado. Los pacifistas, discípulos de Buda y Gandhi, pero no de Marx y Lenin, se ejercitan predicando contra la violencia, contra el armamento, contra la lucha física. Los estalinistas predicán en el fondo lo mismo, invocando solamente la "situación no revolucionaria". Entre los fascistas y los pacifistas de todos los matices se estableció una división del trabajo: unos refuerzan el campo de la reacción; los otros debilitan el campo de la revolución. ¡Esta es la verdad no camuflada!

¿ESTO SIGNIFICA QUE LA SITUACIÓN ES DESESPERADA? ¡OH, NO!

Dos factores importantes actúan contra los reformistas y contra los estalinistas. En primer lugar: los ejemplos recientes de Alemania, de Austria, de España, están ante los ojos de todos; los obreros están alarmados, los reformistas y los estalinistas, turbados. En segundo lugar: los marxistas han logrado plantear a tiempo ante la vanguardia proletaria los problemas de la revolución.

Los bolcheviques-leninistas están lejos de querer exagerar su número. Pero la fuerza de sus consignas proviene de que reflejan la lógica del desarrollo de la situación prerrevolucionaria actual. En cada etapa, los acontecimientos confirman nuestro análisis y nuestra crítica. El ala izquierda del Partido Socialista crece. En el Partido Comunista la crítica es ahogada, como antes. Pero el crecimiento del ala revolucionaria en la SFIO abrirá inevitablemente una brecha en la mortal disciplina burocrática de los estalinistas: los revolucionarios de ambos partidos se tenderán las manos para trabajar en común.

Nuestra regla permanece como siempre: decir la verdad. Éste es el mayor servicio que puede rendirse actualmente a la causa de la revolución. Las fuerzas del proletariado no están agotadas. La pequeña burguesía aún no ha hecho su elección. Se ha perdido mucho tiempo, pero todavía no se han cumplido los últimos plazos.

¡La victoria es posible! Más aún: la victoria está asegurada — en la medida en que la victoria pueda estar asegurada de antemano — con

una sola y única condición: hay que querer la victoria, hay que aspirar a la victoria, hay que derribar los obstáculos, hay que voltear al enemigo y ponerle la rodilla en el pecho.

¡Camaradas, amigos, hermanos y hermanas!

¡Los bolcheviques-leninistas os llaman a la lucha y a la victoria!

Frente Popular y Comités de Acción

(26 de noviembre de 1935)

El Frente Popular es una coalición del proletariado con la burguesía imperialista, representada por el Partido Radical y de otras podredumbres de la misma especie y menor envergadura. La coalición se extiende al terreno parlamentario. En ambos terrenos, el Partido Radical, que conserva toda su libertad de acción, limita brutalmente la libertad de acción del proletariado.

El propio Partido Radical se encuentra en un proceso de descomposición: cada nueva elección muestra que los electores lo abandonan por la derecha y por la izquierda. Por el contrario, los partidos socialista y comunista —en ausencia de un partido verdaderamente revolucionario— se hacen más fuertes. La tendencia general de las masas trabajadoras, incluidas las masas pequeñoburguesas, es por completo evidente: hacia la izquierda. La orientación de los jefes de los partidos obreros no es menos evidente: hacia la derecha.

Mientras que las masas, por su voto y por su lucha, quieren derribar al Partido Radical, los jefes del frente único, por el contrario, aspiran a salvarlo. Después de haber ganado la confianza de las masas obreras sobre la base de un programa “socialista”, los dirigentes de los partidos obreros ceden voluntariamente la parte del león de esta confianza a los radicales, en quienes las masas no tienen ninguna.

El Frente Popular, en su forma actual, pisotea no sólo la democracia proletaria, sino también la democracia formal, es decir burguesa. La mayoría de los electores radicales no toman parte en la lucha de los trabajadores, y en consecuencia, en el Frente Popular. Sin embargo, el Partido Radical ocupa en este frente una posición no solamente igual sino privilegiada; los partidos obreros son obligados

a limitar su actividad según el programa del Partido Radical. Esta idea es puesta en práctica despreocupadamente por los cínicos de *L'Humanité*. Las últimas elecciones de senadores manifiestan con enorme claridad la situación privilegiada de los radicales en el Frente Popular. Los jefes del Partido Comunista se jactan abiertamente de haber renunciado a algunos puestos que pertenecían de pleno derecho a los obreros, en favor de los partidos no proletarios. Esto significa simplemente, que el Frente Único ha restablecido parcialmente el censo electoral sobre la base de favorecer a la burguesía.

El Frente es, por definición, la organización directa e indirecta de la lucha. Donde se trata de lucha, cada obrero vale por una decena de burgueses, aunque formen parte del Frente Popular. Desde el punto de vista de la combatividad revolucionaria del Frente, los privilegios electorales deberían ser otorgados no a los burgueses radicales sino a los obreros. Pero, en el fondo, los privilegios no son necesarios. ¿El Frente Popular defiende la democracia? Entonces, que comience por aplicarla en sus propias filas. Esto significa: la dirección del Frente Popular debe reflejar directa e inmediatamente la voluntad de las masas en lucha.

¿Cómo? Muy simplemente: por medio de elecciones. El proletariado no prohíbe a nadie que luche junto a él contra el fascismo, el gobierno bonapartista de Laval, el complot militar de los imperialistas y todas las otras formas de opresión y de ignominia. Lo único que exigen los obreros conscientes a sus aliados verdaderos o posibles, es que luchen efectivamente. Cada grupo de población que participe realmente en la lucha en una determinada etapa, y que esté dispuesto a someterse a la disciplina común debe influenciar con igual derecho, en la dirección del Frente Popular.

Cada grupo de doscientos, quinientos o mil ciudadanos que se adhieren al Frente Popular en la ciudad, el barrio, la fábrica, el cuartel o el campo, junto a las acciones de combate, debe elegir su representante en los comités de acción locales. Todos los participantes de la lucha se comprometen a reconocer su disciplina.

El último congreso de la Internacional Comunista, en su resolución sobre el informe de Dimitrov, se ha pronunciado por la creación de comités de acción elegidos como apoyo de masas del Frente Popular. Ésta es, por cierto, la única idea progresista de toda la resolución.

Pero es precisamente por eso que los estalinistas no hacen nada por su realización. No pueden decidirse a hacerlo sin romper la colaboración de clases con la burguesía.

Es verdad que pueden participar en las elecciones de los comités de acción, no solamente los obreros, sino también los empleados, los funcionarios, los veteranos, los artesanos, los pequeños comerciantes y los pequeños campesinos. Es de este modo que los comités de acción pueden ser el mejor instrumento para las tareas de la lucha por conquistar la influencia sobre la pequeña burguesía. Pero, por el contrario, hacen extremadamente difícil la colaboración de la burocracia obrera con la de la burguesía. Sin embargo, el Frente Popular, en su forma actual, no es otra cosa que la organización de la colaboración de clases entre los explotadores políticos del proletariado (reformistas y estalinistas) y los explotadores de la pequeña burguesía (radicales). Auténticas acciones de masas de los comités de acción deben automáticamente expulsar a los negociantes burgueses (radicales) del Frente Popular y así hacer saltar por el aire la política criminal, dictada por Moscú.

Sin embargo, sería erróneo creer que basta con llamar a las masas para las elecciones de los comités de acción, para un día y hora fijados y sobre la base de estatutos determinados. Semejante manera de abordar la cuestión sería puramente burocrática, y en consecuencia, estéril. Los obreros no pueden elegir comités de acción más que en el caso en que participen ellos mismos en una acción y comprueben la necesidad de una dirección revolucionaria.

No se trata de una representación democrática de todas y no importa cuáles masas, sino de una representación revolucionaria de las masas en lucha. El comité de acción es el aparato de la lucha. Es inútil tratar de suponer de antemano qué capas de trabajadores estarán ligadas a la creación de los comités de acción: las fronteras de las masas que luchan se determinarán en la propia lucha.

El enorme peligro en Francia consiste en que la energía revolucionaria de las masas, desgastada poco a poco en explosiones aisladas, como en Toulon, en Brest, en Limoges, deje lugar a la apatía. Sólo traidores conscientes o cerebros desesperadamente obtusos pueden creer que, en la situación actual, se puede mantener a las masas en la inmovilidad hasta que les caigan regalos desde lo alto del gobierno del Frente Popular.

Las huelgas, las manifestaciones, las escaramuzas callejeras, los alzamientos directos, son por completo inevitables en la situación actual. La tarea del partido proletario consiste, no en frenar y paralizar esos movimientos, sino en unificarlos y darles una fuerza mayor.

Los reformistas, y sobre todo los estalinistas, temen asustar a los radicales. El aparato del frente único juega frente a los movimientos espontáneos de las masas, el papel completamente consciente de desorganizador. Y las izquierdas, del tipo de Marceau Pivert, no hacen sino proteger a este aparato de la cólera de las masas. No se puede salvar la situación más que si se ayuda a las masas en lucha, en el proceso de la propia lucha, a crear un nuevo aparato que responda a las necesidades del momento. En esto precisamente, reside la función de los comités de acción.

Durante la lucha en Toulon y en Brest, los obreros hubieran creado sin vacilaciones una organización local de combate, si se los hubiera llamado a hacerlo. Al día siguiente de la sangrienta represión de Limoges, los obreros y una parte considerable de la pequeña burguesía hubieran manifestado sin ninguna duda su disposición a crear comités elegidos para investigar los acontecimientos sangrientos y evitarlos en el futuro. Durante el movimiento en los cuarteles que tuvo lugar en este verano contra el *cabiot* (prolongación del servicio militar), los soldados hubieran elegido sin vacilar comités de acción de compañía, de regimiento y de guarnición si se les hubiera indicado ese camino. A cada paso se presentan y se presentarán casos semejantes. Con mayor frecuencia a escala local, con menor a escala nacional. La tarea consiste en que no hay que dejar pasar una sola de esas ocasiones. La primera condición para esto: comprender uno mismo claramente el significado de los comités de acción, como el único medio de quebrar la resistencia contrarrevolucionaria de los aparatos de los partidos y sindicatos.

¿Significa esto que los comités de acción reemplazan a las organizaciones de los partidos y sindicatos? Sería absurdo plantear la cuestión de este modo. Las masas entran a la lucha con todas sus ideas, agrupamientos, tradiciones y organizaciones. Los partidos continúan viviendo y luchando. En las elecciones para los comités de acción, cada partido tratará naturalmente, de hacer triunfar a sus partidarios. Los comités de acción tomarán sus resoluciones por mayoría de votos con entera libertad de agruparse para los partidos y fracciones.

En relación con los partidos, los comités de acción pueden ser llamados parlamentos revolucionarios: los partidos no son excluidos, por el contrario, se los supone necesarios; al mismo tiempo, son controlados en la acción y las masas aprenden a liberarse de la influencia de los partidos putrefactos.

¿Esto quiere decir que los comités de acción son sóviets? En ciertas condiciones, los comités de acción pueden convertirse en sóviets. Sin embargo, sería erróneo llamarlos con ese nombre. Hoy, en 1935, las masas populares están acostumbradas a ligar el nombre de sóviet con la idea del poder ya conquistado. Pero el momento de esto todavía no está cercano en Francia. En sus primeros pasos, los sóviets en Rusia no eran en absoluto lo que llegaron a ser después, e incluso llevaban con frecuencia en esa época el modesto nombre de comités obreros o de comités de huelga.

Los comités de acción, en su estadio actual, tienen por tarea la de unificar la lucha defensiva de las masas trabajadoras en Francia y también dar a esas masas la conciencia de su propia fuerza para la ofensiva futura. ¿La cosa terminará en verdaderos sóviets? Eso depende de saber si la situación crítica actual en Francia se desarrollará o no hasta su conclusión revolucionaria. Esto no depende solamente, por supuesto, de la voluntad de la vanguardia revolucionaria, sino también de una serie de condiciones objetivas. En cualquier caso, el movimiento de masas que actualmente choca con la barrera del Frente Popular no avanzará sin los comités de acción.

Tareas tales como la creación de la milicia obrera, el armamento de los obreros, la preparación de la huelga general, quedarán en el papel, si la propia masa no se empeña en la lucha, por medio de sus órganos responsables. Sólo esos comités de acción surgidos de la lucha pueden asegurar la verdadera milicia, contando no ya con miles, sino con decenas de miles de combatientes. Nadie sino los comités de acción, abarcando los centros principales del país, podrá elegir el momento de pasar a métodos más decididos de lucha, cuya dirección les pertenecerá de pleno derecho.

De las consideraciones hechas más arriba se desprende una serie de conclusiones para la actividad política de los revolucionarios proletarios en Francia. La primera de estas conclusiones concierne a la auto-denominada "izquierda revolucionaria". Este agrupamiento está caracterizado por una total incomprensión de las leyes del movimiento

de masas. Los centristas parlotean hermosos discursos sobre las “masas”, pero se orientan siempre hacia el aparato reformista. Repitiendo tal o cual consigna revolucionaria, Marceau Pivert las subordina al principio abstracto de la “unidad orgánica”, que, en los hechos, prueba ser la unidad con los patriotas contra los revolucionarios.

Mientras que para las masas revolucionarias la cuestión de vida o muerte es quebrar la resistencia de los aparatos socialpatriotas unidos, los centristas de izquierda consideran la “unidad” de esos aparatos como un bien absoluto, por encima de los intereses de la lucha revolucionaria. No puede construir los comités de acción más que aquel que ha comprendido hasta el fin la necesidad de liberar a las masas de la dirección traidora de los socialpatriotas. Sin embargo, Pivert se engancha a Zyromski, quien se engancha a Blum, quien junto con Thorez se engancha a Herriot, que se engancha a Laval. Pivert, entra en el sistema del Frente Popular (no es por nada que la Izquierda Revolucionaria ha votado en el último Consejo Nacional por la vergonzosa resolución de Blum) y el Frente Popular, entra como ala en el régimen bonapartista de Laval. El derrumbe del régimen bonapartista es inevitable. Si la dirección del Frente Popular (Herriot-Blum-Cachin-Thorez-Zyromski-Pivert) llega a mantenerse durante el próximo período decisivo, entonces el régimen bonapartista, inevitablemente cederá el lugar al fascismo.

La condición de la victoria del proletariado es la liquidación de la dirección actual. La consigna de “unidad” se convierte en estas condiciones, no ya en una estupidez, sino en un crimen. Ninguna unidad con los agentes del imperialismo francés y de la Sociedad de las Naciones. A su pérfida dirección, hay que oponer los comités de acción revolucionarios. No puede construirse esos comités más que desenmascarando implacablemente la política contrarrevolucionaria de la autodenominada “Izquierda Revolucionaria” con Marceau Pivert a la cabeza. Las ilusiones y dudas a este respecto no pueden tener, por supuesto, lugar en nuestras filas.

Francia en la encrucijada

(28 de marzo de 1936)

Este libro está consagrado al esclarecimiento de los métodos de la política revolucionaria del proletariado en nuestra época¹. La exposición tiene un carácter polémico, como la propia política revolucionaria. Ganando a las masas oprimidas, la polémica dirigida contra la clase dominante se transforma, en un momento dado, en revolución.

Comprender claramente la naturaleza social de la sociedad moderna, de su Estado, de su Derecho, de su ideología, constituye el fundamento teórico de la política revolucionaria. La burguesía opera por abstracción (“nación”, “patria”, “democracia”) para camuflar la explotación que está en la base de su dominación. *Le Temps*, uno de los más infames diarios del universo, enseña cada día a las masas populares francesas el patriotismo y el desinterés. Sin embargo, no es un secreto para nadie que el desinterés de *Le Temps* se valora según una tarifa internacional bien establecida.

El primer acto de la política revolucionaria es el de desenmascarar las ficciones burguesas que intoxican el sentimiento de las masas populares. Estas ficciones se vuelven particularmente dañinas cuando se mezclan con las ideas de “socialismo” y “revolución”. Hoy más que en ningún otro momento, son los fabricantes de esas mezclas quienes dan la tónica a las organizaciones obreras francesas.

La primera edición de esta obra ha ejercido cierta influencia sobre la formación del Partido Comunista francés: el autor ha recibido muchos testimonios de ello, de los que por lo demás, no sería difícil

1. Este estudio ha sido escrito como prefacio a la nueva edición de *Terrorismo y Comunismo*, aparecida bajo el título de *Defensa del Terrorismo*.

encontrar huellas en *L'Humanité* hasta 1924. Durante los doce años siguientes, se ha procedido en la Internacional Comunista —después de numerosos y febriles zigzags— a una revisión fundamental de los valores: basta decir que hoy esta obra figura en el *index* de los libros prohibidos. Por sus ideas y por sus métodos, los jefes actuales del Partido Comunista francés (estamos obligados a conservar esta forma de nombrarlo, que está en completa contradicción con la realidad) no se diferencian por ningún principio de Kautsky, contra quien estaba dirigida nuestra obra: en todo caso, son inmensamente más ignorantes y cínicos. El nuevo ataque de reformismo y de patriotismo que sufrieron Cachin y Cía. hubiera podido, por sí solo, justificar una nueva edición de este libro. Sin embargo, hay otras razones más serias: tienen sus raíces en la profunda crisis revolucionaria que sacude al régimen de la III República.

Después de dieciocho años de ausencia, el autor de esta obra tuvo la posibilidad de pasar dos años en Francia (1933-35); es verdad que en calidad de simple observador de provincias que además era objeto de una estrecha vigilancia. En este tiempo, ocurrió en el departamento del Isère, donde el autor tuvo ocasión de permanecer, un pequeño incidente parecido a muchos otros, que sin embargo da la clave de toda la política francesa. En un sanatorio perteneciente al Comité des Forges, un joven obrero, que estaba en vísperas de una grave operación, se había permitido leer un diario revolucionario (más exactamente: el diario que ingenuamente él consideraba como revolucionario, era *L'Humanité*). La administración planteó al imprudente enfermo, y seguidamente a otros cuatro enfermos que compartían sus simpatías, este ultimátum: renunciar a seguir recibiendo publicaciones indeseables o ser arrojados a la calle. Que los enfermos indicaran que se realizaba abiertamente en el sanatorio propaganda clerical y reaccionaria, no tuvo evidentemente ningún efecto. Como se trataba de simples obreros, que no arriesgaban bancas parlamentarias ni carteras ministeriales, sino únicamente su salud y su vida, el ultimátum no tuvo éxito; cinco enfermos, uno de los cuales estaba en vísperas de ser operado, fueron puestos en la puerta del sanatorio. Grenoble tenía entonces una municipalidad socialista, que presidía el Doctor Martin, uno de esos burgueses conservadores que generalmente dan la tónica en el Partido Socialista y de los cuales León Blum es consumado representante. Los obreros expulsados intentaron hallar una defensa en

el intendente. Fue en vano: pese a su insistencia, sus cartas, sus trámites, ni siquiera fueron recibidos. Se dirigieron al diario local de izquierda, *La Dépêche*, en el que radicales y socialistas formaban un bloque indisoluble. Cuando supo que se trataba del sanatorio del Comité des Forges, el director del diario se negó categóricamente a intervenir: todo lo que quieran, menos eso. En una ocasión, por una imprudencia respecto de aquella poderosa organización, *La Dépêche* fue privada de publicidad sufriendo por este hecho una pérdida de 20.000 francos. A diferencia de los proletarios, el director del diario de izquierda, como el intendente, tenían algo que perder; también renunciaron a una lucha desigual, abandonando a su suerte a los obreros con sus intestinos y riñones enfermos.

Una o dos veces por semana, el intendente socialista, conmovido por vagos recuerdos de juventud, hace un discurso para elogiar las ventajas del socialismo sobre el capitalismo. Durante las elecciones, *La Dépêche* apoya al intendente y a su partido. Todo es para bien. El Comité des Forges mira con una tolerancia por completo liberal esta especie de socialismo que no causa el menor perjuicio a los intereses materiales del capital. ¡Con 20.000 francos de publicidad por año (¡así de baratos son estos señores!), los feudales de la industria pesada y de la banca tienen prácticamente a sus disposición un gran diario del bloque de izquierdas! Y no sólo ese diario: el Comité des Forges tiene con toda seguridad, muchos medios, directos o indirectos, para actuar sobre los señores intendentes, senadores y diputados, incluidos los intendentes, senadores y diputados socialistas. Toda la Francia oficial está bajo la dictadura del capital financiero. En el diccionario Larousse, este sistema es designado con el nombre de “república democrática”.

Los señores diputados de izquierda y los periodistas, no solamente del Isère sino también de todos los departamentos de Francia, creían que su coexistencia pacífica con la reacción capitalista no terminaría nunca. Se equivocaban. Apolillada desde hacía mucho tiempo, la democracia sintió de repente el cañón de un revolver en la sien. Del mismo modo que el rearme de Hitler —acto material brutal— causó una verdadera revolución en las relaciones entre los Estados demostrando la inutilidad y el carácter ilusorio de lo que se ha convenido en llamar el “derecho internacional”, las bandas armadas del coronel De la Rocque han introducido la perturbación en las relaciones

interiores de Francia obligando a todos los partidos sin excepción a reorganizarse, delimitarse y reagruparse.

Federico Engels escribió un día que el Estado, incluida la República democrática, consiste en bandas armadas para la defensa de la propiedad; todo el resto no tiene otra función que la de embellecer o enmascarar este hecho. Los elocuentes defensores del "Derecho", del tipo de Herriot y de Blum, siempre se han indignado por este cinismo. Pero Hitler, igual que De la Rocque, cada cual en su ámbito, han demostrado otra vez que Engels tenía razón.

A principios de 1934, Daladier era presidente del Consejo por la voluntad del sufragio universal, directo y secreto: tenía la soberanía nacional en su bolsillo, junto al pañuelo. Pero, desde que las bandas de De la Rocque, Maurras y Cía. demostraron que tenían la audacia de balear y de cortar las corvas a los caballos de la policía, Daladier y su soberanía cedieron el lugar al inválido político designado por los jefes de esas bandas. Este hecho tiene infinitamente mayor importancia que todas las estadísticas electorales y no se lo podría borrar de la historia reciente de Francia, pues es una advertencia para el futuro.

Es cierto que no está en manos de cualquier grupo armado de revólveres modificar en cualquier momento la orientación política de un país. Únicamente las bandas que son órganos de una clase determinada pueden, en ciertas circunstancias, jugar un papel decisivo. El coronel De la Rocque y sus partidarios quieren asegurar el "orden" contra las sacudidas. Y como en Francia, "orden" significa dominación del capital financiero sobre la pequeña y mediana burguesía y dominación del conjunto de la burguesía sobre el proletariado y las capas cercanas a él. Las tropas de De la Rocque son simplemente las bandas armadas del capital financiero.

Esta idea no es nueva. Incluso se la puede encontrar frecuentemente en *Le Populaire* y en *L'Humanité*, aun cuando no han sido los primeros en formularla. Sin embargo, estas publicaciones no dicen sino la mitad de la verdad. La otra mitad es que Herriot y Daladièr con sus partidarios, son también agentes del capital financiero; de otro modo no hubieran podido ser durante décadas el partido gobernante en Francia. Si no se quiere jugar al escondite, es necesario decir que De la Rocque y Daladier trabajan para el mismo patrón. Esto no significa, evidentemente, que haya completa identidad entre los dos o entre sus métodos. Muy por el contrario. Se hacen una guerra

encarnizada, como dos agentes especializados, cada uno de los cuales posee el secreto de la salvación. Daladier promete mantener el orden por medio de la propia democracia tricolor. De la Rocque estima que el parlamentarismo está obsoleto y que debe ser barrido en favor de una dictadura militar y policial declarada. Los métodos políticos son antagónicos, pero los intereses sociales son los mismos.

La decadencia del sistema capitalista, su crisis incurable, su descomposición, forman la base histórica del antagonismo que existe entre De la Rocque y Daladier (tomamos estos dos nombres exclusivamente para facilitar la exposición). A pesar de los progresos incessantes de la técnica y de los notables resultados de ciertas ramas industriales, el capitalismo en su conjunto frena el desarrollo de las fuerzas productivas, lo que determina una extrema inestabilidad de las relaciones sociales e internacionales. La democracia parlamentaria está íntimamente ligada a la época de la libre concurrencia y del libre comercio internacional. La burguesía pudo tolerar el derecho de huelga, de reunión, de libertad de prensa, por tanto tiempo como las fuerzas productivas estuvieron en pleno ascenso, los caminos se ampliaron, aumentó el bienestar de las masas populares (aun cuando restringido) y las naciones capitalistas pudieron vivir y dejar vivir. Pero hoy, ya no. La época imperialista está caracterizada, exceptuando a la Unión Soviética, por un estancamiento y una disminución del ingreso nacional, por una crisis agraria crónica y una desocupación orgánica. Estos fenómenos internos son tan inherentes a la fase actual del capitalismo como la gota y la esclerosis lo son a una edad determinada del individuo. Querer explicar el caos económico por las consecuencias de la última guerra es dar prueba de un espíritu desesperadamente superficial, a semejanza del señor Caillaux, del conde Sforza y otros. La guerra no fue otra cosa que el intento de los países capitalistas de hacer recaer el crac, que en ese momento, los amenazaba, sobre la espalda del adversario. El intento fracasó. La guerra no hizo sino agravar los signos de descomposición, cuya acentuación posterior prepara una nueva guerra.

Con lo malas que son las estadísticas económicas de Francia, que silencian intencionalmente los antagonismos de clase, no pueden disimular los indicios manifiestos de la descomposición social. Paralelamente a la disminución del ingreso nacional, a la caída verdaderamente catastrófica del ingreso en el agro, a la ruina de los

pequeñoburgueses de las ciudades, al crecimiento de la desocupación, las empresas gigantes (con una cifra de negocios anual de 100 o 200 millones y aun más) obtienen brillantes beneficios. El capital financiero chupa la sangre del pueblo francés, en toda la acepción de la expresión. Tal es la base social de la ideología y de la política de la “unión nacional”.

Son posibles, e incluso inevitables, distensiones y fluctuaciones en el proceso de descomposición; pero mantendrán un carácter estrictamente condicionado por la coyuntura. En lo que hace a la tendencia general de nuestra época, ésta pone a Francia, tanto como a otros países, ante esta alternativa: o el proletariado debe derribar al orden burgués profundamente gangrenado, o el capital, por su propia conservación, debe reemplazar a la democracia por el fascismo. ¿Por cuánto tiempo? La suerte de Mussolini y de Hitler contestará a esta pregunta.

Los fascistas dispararon, el 6 de febrero de 1934, por orden directa de la Bolsa, de los bancos y de los trusts. De esas mismas posiciones de mando, Daladier recibió el mandato de entregar el poder a Doumergue. Y si el ministro radical, presidente del Consejo, ha capitulado —con la pusilanimidad que caracteriza a los radicales— es porque ha reconocido en las bandas de De la Rocque, a las tropas de su propio patrón. Dicho de otro modo: Daladier, ministro soberano, cedió el poder a Doumergue por la misma razón por la que el director de *La Dépêche* y el intendente de Grenoble se negaron a denunciar la odiosa crueldad de los agentes del Comité des Forges.

Sin embargo, el paso de la democracia al fascismo implica el riesgo de sacudidas sociales. De donde surgen las vacilaciones y los desacuerdos tácticos que se observan en las altas esferas de la burguesía. Todos los magnates del capital están de acuerdo en continuar reforzando a las bandas armadas que podrán constituir una saludable reserva en la hora del peligro. Pero, ¿qué lugar dar a esas bandas de ahora en adelante? ¿Debe permitírseles pasar al ataque inmediatamente o mantenerlas a la espera como un medio de intimidación? Son otras tantas cuestiones que aún no están resueltas. El capital financiero ya no cree que a los radicales les sea posible arrastrar tras de sí a las masas de la pequeña burguesía y mantener al proletariado, mediante la presión de esas mismas masas, dentro de los límites de la disciplina “democrática”. Pero no tiene mayor confianza en que las

organizaciones fascistas, a las que aún les falta una verdadera base de masas, sean capaces de adueñarse del poder y de establecer un régimen fuerte.

Lo que ha hecho comprender a los dirigentes, entre bambalinas, la necesidad de ser prudentes, no es la retórica parlamentaria, sino la indignación de los obreros, la tentativa de huelga general (por cierto, ahogada desde el comienzo por la burocracia de Jouhaux), y posteriormente, los motines locales (Toulon, Brest). Habiendo sido puestos un poco en su lugar los fascistas, los radicales respiraron más libremente. *Le Temps*, que en una serie de artículos ya había encontrado la oportunidad de ofrecer su mano y su corazón a la "joven generación", redescubrió las ventajas del régimen liberal, que le parece adecuado al genio francés. Así se ha establecido un régimen inestable, transitorio, bastardo, adecuado no al genio francés sino a la declinación de la III República. En este régimen, son los rasgos bonapartistas los que aparecen con mayor nitidez: independencia del gobierno respecto a los partidos y programas, liquidación del poder legislativo por medio de los plenos poderes, el gobierno situándose por encima de las fracciones en lucha, es decir, de hechos por encima de la nación, para jugar el papel de "árbitro". Los ministerios Doumergue, Flandin, Laval, los tres, con la ineludible participación de los radicales humillados y comprometidos, han representado pequeñas variaciones sobre un mismo y único tema.

Desde que fue constituido el ministerio Sarraut, León Blum, cuya perspicacia tiene dos dimensiones en lugar de tres, anunció: "Los últimos efectos del 6 de febrero están destruidos en el plano parlamentario" (*Le Populaire* del 2 de febrero de 1936). ¡He aquí lo que se llama pintar la sombra de un coche con la sombra de un pincel! ¡Cómo si se pudiera suprimir "en el plano parlamentario" la presión de las bandas armadas del capital financiero! ¡Cómo si Sarraut pudiera no sentir esa presión y no temblar ante ella! En realidad, el gobierno Sarraut-Flandin es una variedad de ese mismo "bonapartismo" semi-parlamentario, aunque ligeramente inclinado a la "izquierda". El propio Sarraut, refutando la acusación de haber tomado medidas arbitrarias, respondió al Parlamento como no se lo podría hacer mejor: "Si mis medidas son arbitrarias es porque quiero ser un árbitro". Este aforismo no hubiera quedado fuera de lugar en la boca de Napoleón III. Sarraut se siente no el mandatario de un determinado partido o

de un bloque del partido en el poder, como lo quieren las reglas del parlamentarismo, sino un árbitro colocado por sobre las clases y los partidos, como lo quieren las leyes del bonapartismo.

El agravamiento de la lucha de clases y, sobre todo, la aparición en escena de las bandas armadas de la reacción no han revolucionado menos a las organizaciones obreras. El Partido Socialista, que jugaba pacíficamente el papel de quinta rueda en el carro de la III República, se vio obligado a repudiar a medias sus tradiciones negociadoras e incluso a romper con su ala derecha (neosocialistas). Al mismo tiempo, los comunistas llevaron a cabo la evolución contraria, pero en una escala infinitamente más vasta. Durante años, estos señores habían soñado con barricadas, conquista de las calles, etc. (es cierto que este sueño tenía, sobre todo, un carácter literario). Después del 6 de febrero, comprendiendo que la cosa iba en serio, los artesanos de las barricadas se lanzaron hacia la derecha. El reflejo espontáneo de estos charlatanes atemorizados coincidió de un modo asombroso con la nueva orientación internacional de la diplomacia soviética.

Ante el peligro que representa la Alemania hitleriana, la política del Kremlin se volvió hacia Francia. ¡Statu quo en las relaciones internacionales! ¡Statu quo en el régimen interior de Francia! ¿Esperanzas de revolución socialista? ¡Quimeras! Los cuadros dirigentes del Kremlin no hablan del comunismo francés si no es con desprecio. Es necesario, entonces, conservar lo que existe para no empeorar. Como la democracia parlamentaria no se concibe en Francia sin los radicales, procuremos que los socialistas los sostengan; ordenemos a los comunistas que no molesten al bloque Blum-Herriot; si es posible, hagámoslos entrar a ellos mismos en el bloque. ¡Ni disturbios, ni amenazas! Tal es la orientación del Kremlin.

Cuando Stalin repudia a la revolución mundial, los partidos burgueses franceses no quieren creerle. ¡Grave error! En política, una confianza ciega no es, evidentemente, una virtud superior. Pero no vale más una desconfianza ciega. Hay que saber confrontar las palabras con los actos y discernir la tendencia general de la evolución para muchos años. La política de Stalin, que está determinada por los intereses de la burocracia soviética privilegiada, se ha vuelto profundamente conservadora. La burguesía francesa tiene todos los motivos para tener confianza en Stalin. El proletariado francés tiene otras tantas razones para desconfiar.

En el congreso de unidad en Toulouse, el “comunista” Racamond ha dado una fórmula de la política del Frente Popular, digna de pasar a la posteridad: “¿Cómo vencer la timidez del Partido Radical?” ¿Cómo vencer el temor al proletariado que siente la burguesía? Muy simple: los terribles revolucionarios deben arrojar el cuchillo que llevaban entre los dientes, peinarse con gomina y adoptar la sonrisa de la más encantadora de las odaliscas: el prototipo ha de ser el Vaillant-Couturier último modelo. Bajo la presión de los “comunistas” engominados, que empujan con todas sus fuerzas hacia la derecha a los socialistas que se dirigían hacia la izquierda, Blum debió cambiar de orientación una vez más. Lo hizo felizmente, en el sentido habitual. Así se formó el Frente Popular: compañía de seguros de radicales en bancarrota, a costa del capital de las organizaciones obreras.

El radicalismo es inseparable de la masonería. Con esto está todo dicho. Durante los debates que tuvieron lugar en la Cámara de Diputados sobre las Ligas, el señor Xavier-Vallat recordó que Trotsky, en una época, había “prohibido” a los comunistas adherir a las logias masónicas. El señor Jammy-Schmidt que, aparentemente, es una autoridad en la materia, se apresuró a explicar esta prohibición por la incompatibilidad del bolchevismo despótico con el “espíritu de la libertad”. No vemos la necesidad de polemizar sobre el tema con el diputado radical. Pero aún hoy estimamos que el representante obrero que va a buscar su inspiración o su consuelo en la insulsa religión masónica de la colaboración de clases, no merece la menor confianza. No es por casualidad que el cartel ha sido completado mediante una amplia participación de los socialistas en las logias masónicas. Pero ha llegado para los comunistas arrepentidos el tiempo de ceñir ellos mismos el delantal. Por lo demás, en delantal, para los compañeros recientemente iniciados será mucho más cómodo servir a los viejos patrones del cartel.

El Frente Popular, se nos dice no sin indignación, no es en absoluto un cartel, sino un movimiento de masas. Por cierto, no faltan las definiciones pomposas, pero ellas no cambian las cosas para nada. El objetivo del cartel ha sido siempre el de frenar el movimiento de masas orientándolo hacia la colaboración de clases. El Frente Popular tiene exactamente el mismo objetivo. La diferencia entre dos — y no es pequeña — es que el cartel tradicional ha sido aplicado en las épocas de estabilidad y de calma del régimen parlamentario. Pero hoy

que las masas están impacientes y listas a explotar, se ha hecho necesario un freno más sólido, con la participación de los “comunistas”. Los actos comunes, las marchas con gran espectáculo, los juramentos, la unión de la bandera de la Comuna con la bandera de Versalles, la gritería, la demagogia, todo esto no tiene más que un objetivo: contener y desmoralizar al movimiento de masas.

Para justificarse ante las derechas, Sarraut declaró en la Cámara que sus concesiones inofensivas al Frente Popular no constituyen nada más que la válvula de seguridad del régimen. Esta franqueza podría parecer imprudente. Pero la extrema izquierda la cubrió de aplausos. Sarraut no tenía por qué preocuparse. De todos modos logró dar, quizás sin querer, una definición del Frente Popular: una válvula de seguridad contra el movimiento de masas. ¡En general, el señor Sarraut tiene buena mano para los aforismos!

La política exterior es la continuación de la política interior. Habiendo abandonado completamente el punto de vista del proletariado, Blum, Cachin y Cía. adoptan —bajo el disfraz de la “seguridad colectiva” y del “derecho internacional”— el punto de vista del imperialismo nacional. Preparan la misma política de abdicación y de chatura que han seguido de 1914 a 1918, agregando únicamente: “por la defensa de la URSS”. ¡Sin embargo, de 1918 a 1923, cuando la diplomacia soviética se vio frecuentemente obligada a andar con rodeos y aceptar acuerdos, jamás se le ocurrió a una sola sección de la Internacional Comunista que podía hacer un bloque con su burguesía! Por sí solo, ¿esto no es una prueba suficiente de la sinceridad de Stalin cuando repudia la revolución mundial?

Por los mismos motivos que tienen los jefes actuales de la Internacional Comunista para prenderse a las ubres de la “democracia” en el período de su agonía, descubren el rostro radiante de la Sociedad de las Naciones ahora que ésta ya está con el estertor de la muerte. Así se ha creado una plataforma común de política exterior entre los radicales y la Unión Soviética. El programa interior del Frente Popular es una mezcla de lugares comunes que permiten una interpretación tan libre como las Convenciones de Ginebra. El sentido general del programa es éste: nada de cambios. Ahora bien, las masas quieren el cambio y en esto reside el fondo de la crisis política.

Desarmando políticamente al proletariado, los Blum, Paul Faure, Cachin, Thorez, se interesan sobre todo en que éste no se arme

físicamente. La propaganda de estos señores no se diferencia de los sermones religiosos sobre la superioridad de los principios morales. Engels, que enseñaba que la posesión del poder del Estado es una cuestión de bandas armadas, Marx, que veía la insurrección como un arte, aparecen a los ojos de los diputados, senadores e intendentes actuales del Frente Popular como salvajes de la Edad Media. *Le Populaire* ha publicado por centésima vez un dibujo representando un obrero desarmado con el siguiente epígrafe:

“Comprendan que nuestros puños desnudos son más sólidos que sus cachiporras”. ¡Que espléndido desprecio por la técnica militar! En comparación, el propio Negus² tiene un punto de vista más avanzado. Para esta gente, no existen los golpes de Estado en Italia, Alemania y Austria. ¿Dejarán de glorificar a los “puños desnudos” cuando De la Rocque les ponga las esposas? ¡Por momentos, uno llega casi a lamentar que no se pueda hacer sufrir esta experiencia separadamente a los señores dirigentes, sin que tengan que sufrirla las masas!

Visto desde el ángulo del régimen burgués, el Frente Popular es un episodio de la rivalidad entre el radicalismo y el fascismo para ganar la atención y los favores del gran capital. Confraternizando de modo teatral con los socialistas y los comunistas, los radicales quieren mostrar al patrón que el régimen no está tan enfermo como lo pretenden las derechas; que el peligro de revolución es exagerado; que el propio Vaillant-Couturier ha cambiado su cuchillo por un collar; que mediante los “revolucionarios” domesticados se puede disciplinar a las masas obreras y, en consecuencia, salvar del fracaso al régimen parlamentario.

Sin embargo, no todos los radicales creen en esta maniobra; los más serios e influyentes, con Herriot a la cabeza, prefieren adoptar una actitud de espera. Pero en definitiva, ellos mismos no pueden proponer otra cosa. La crisis del parlamentarismo es antes que nada una crisis de confianza del elector respecto del radicalismo.

En tanto no se haya descubierto el medio de rejuvenecer al capitalismo, no habrá receta para salvar al partido radical. Este no puede elegir más que entre diferentes géneros de muerte política.

2. Título que se daba al emperador de Etiopía, país que en la época a que pertenece este trabajo fue invadido por el imperialismo italiano.

Un éxito relativo en las próximas elecciones no impediría y ni siquiera retrasaría por mucho tiempo su derrumbe.

Los jefes del Partido Socialista, los políticos más despreocupados de Francia, no se inquietan por la sociología del Frente Popular: nadie puede sacar nada de interesante de los interminables monólogos de León Blum. En cuanto a los comunistas, que están enormemente orgullosos de haber tomado la iniciativa de la colaboración con la burguesía, presentan al Frente Popular como la alianza del proletariado con las clases medias. ¡Qué parodia de marxismo! No, el partido radical no es el partido de la pequeña burguesía. No es siquiera un "bloque de la mediana y pequeña burguesía", según la absurda definición de *Pravda*. No solamente la mediana burguesía explota a la pequeña burguesía, tanto en el plano económico como en el político, sino que ella misma es un agente del capital financiero. Rotular con el nombre de "bloque" relaciones políticas jerárquicas fundadas sobre la explotación, es burlarse de la realidad. Un hombre a caballo no es un bloque entre un hombre y un caballo. Si el partido de Herriot-Daladier tiene raíces en las masas pequeñoburguesas y, en cierta medida, hasta en los medios obreros, es únicamente con el objetivo de engañarlos en beneficio del régimen capitalista. Los radicales son el partido democrático del imperialismo francés: toda otra definición es una mentira.

La crisis del sistema capitalista desarma a los radicales, arrebatándoles los medios tradicionales que les permitían adormecer a la pequeña burguesía. Las "clases medias" comienzan a sentir, si no a comprender, que no se salvará la situación mediante reformas miserables y que se ha vuelto necesaria una audaz refundición del régimen actual. Pero radicalismo y audacia marchan juntos como el agua y el fuego. El fascismo se alimenta sobre todo de la creciente desconfianza de la pequeña burguesía hacia el radicalismo. Puede decirse sin exagerar que la suerte política de Francia no tardará en decidirse en gran medida, según la manera en que el radicalismo sea liquidado y según que sea el fascismo o el partido del proletariado quien tome su sucesión, es decir que herede su influencia sobre las masas pequeñoburguesas.

Un principio elemental de la estrategia marxista es que la alianza del proletariado con la pequeña burguesía de las ciudades y el campo debe realizarse únicamente en la lucha irreductible contra su

representación parlamentaria tradicional. Para ganar al campesino para el obrero, hay que separarlo del político radical que lo ata al carro del capital financiero. Por el contrario, el Frente Popular, complot de la burocracia obrera con los peores explotadores políticos de las clases medias, es simplemente susceptible de matar la fe de las masas en los métodos revolucionarios y de arrojarlas a los brazos de la contrarrevolución fascista,

Por difícil que sea crearlo, no es menos cierto que algunos cínicos tratan de justificar la política del Frente Popular haciendo referencia a Lenin que, al parecer, ha demostrado que no se puede prescindir de “compromisos” y especialmente de acuerdos con otros partidos. Para los jefes actuales de la Internacional Comunista, ultrajar a Lenin se ha convertido en una regla: pisotean la doctrina del fundador del partido bolchevique y enseguida van a postrarse ante su mausoleo en Moscú.

Lenin comenzó su tarea en la Rusia zarista. donde no solamente los obreros, los campesinos y los intelectuales combatían al antiguo régimen, sino que también lo hacían amplios medios burgueses. Si, de un modo general, la política del Frente Popular hubiera podido tener su justificación, sería imaginable en un país que aún no hubiera realizado su revolución burguesa. ¿Los señores falsificadores podrían indicar en qué fase, en qué momentos y en qué circunstancias el partido bolchevique ha realizado en Rusia un simulacro de Frente Popular? ¡Qué hagan trabajar sus meninges y escarben en los documentos históricos!

Los bolcheviques han realizado acuerdos prácticos con las organizaciones revolucionarias pequeñoburguesas para el transporte clandestino de publicaciones revolucionarias y algunas veces para la organización en común de una manifestación o para responder a las bandas de pogromistas. Cuando las elecciones a la Duma, han recurrido, en ciertas circunstancias y en la elección de segundo grado, a bloques electorales con los mencheviques y los socialistas revolucionarios. Eso es todo. Ni “programas” comunes, ni organizaciones permanentes, ni renuncia a criticar a los aliados circunstanciales. Este tipo de acuerdos y de compromisos episódicos, estrictamente limitados a objetivos precisos —los únicos que Lenin tomaba en cuenta— nada tenían en común con el Frente Popular, que representa un conglomerado de organizaciones heterogéneas, una alianza duradera de

clases diferentes ligadas para todo un período — ¡y qué período! — por una política y un programa común: por una política de ostentación, de declamación y de polvo en los ojos. En la primera prueba seria, el Frente Popular se romperá y todas sus partes constituyentes saldrán de él profundamente agrietadas. La política del Frente Popular es una política de traición.

La regla del bolchevismo en lo que hace a los bloques era la siguiente: “¡Marchar separados, golpear juntos!”. La regla de los jefes actuales de la Internacional Comunista es: Marchar juntos para ser golpeados por separado. Que esos señores se aferren a Stalin y a Dimitrov, pero que dejen a Lenin en paz.

Es imposible no indignarse cuando se leen declaraciones de jefes jactanciosos que pretenden que el Frente Popular ha “salvado” a Francia del fascismo; en realidad, esto quiere decir simplemente que nuestros héroes aterrorizados se han salvado de un terror aún mayor, gracias a sus estímulos mutuos. ¿Por cuánto tiempo? Entre el primer levantamiento de Hitler y su llegada al poder, han transcurrido diez años marcados por alternativas de flujo y reflujo. En esa época, los Blum y los Cachin alemanes han proclamado muchas veces su “victoria” sobre el nacionalsocialismo. No les creímos y no nos equivocábamos. A pesar de todo, esta experiencia no ha enseñado nada a los primos franceses de Wels y Thaelmann. Desde luego, en Alemania, los comunistas no han participado en el Frente Popular que agrupaba a la socialdemocracia, la burguesía de izquierda y el Centro católico (¡“alianza del proletariado con las clases medias”!). En ese período, la Internacional Comunista repudiaba incluso los acuerdos para la lucha entre las organizaciones obreras contra el fascismo. Los resultados son conocidos. Nuestra más calurosa simpatía por Thaelmann, en tanto que prisionero de los verdugos, no puede impedirnos decir que su política, es decir la política de Stalin, ha hecho más por la victoria de Hitler que la propia política de Hitler. Habiendo cambiado de casaca, la Internacional Comunista aplica hoy en Francia, la política suficientemente conocida de la socialdemocracia alemana. ¿Es verdaderamente tan difícil prever los resultados de esto?

Las próximas elecciones parlamentarias, cualquiera que sea su resultado, no traerán por sí mismas, cambios serios en la situación: en definitiva, los electores están obligados a elegir entre un árbitro del tipo Laval y un árbitro del tipo Herriot-Daladier. Pero como Herriot

ha colaborado tranquilamente con Laval y Daladier, los ha apoyado a ambos, la diferencia que los separa, si se la mide con la escala de los problemas históricos planteados, es insignificante.

Crear que Herriot-Daladier son capaces de declarar la guerra a las *doscientas familias* que gobiernan Francia, es engañar desvergonzadamente al pueblo. Las doscientas familias no están suspendidas entre el cielo y la tierra; constituyen el coronamiento orgánico del sistema del capital financiero. Para habérselas con las doscientas familias, hay que derribar el régimen económico y político en cuyo mantenimiento Herriot y Daladier no están menos interesados que Tardieu y De la Rocque. No se trata de la lucha de la “nación” contra algunos feudales, como lo representa *L’Humanité*, sino de la lucha del proletariado contra la burguesía, de la lucha de clases que no puede ser zanjada más que por la revolución. El complot antiobrero de los jefes del Frente Popular se ha convertido en el principal obstáculo en este camino.

No puede decirse de antemano por cuanto tiempo aún continuarán sucediéndose en Francia ministerios semiparlamentarios, semibonapartistas, y por qué fases precisas pasará el país en el curso del período próximo. Esto dependerá de la coyuntura económica nacional y mundial, de la atmósfera internacional, de la situación en la URSS, del grado de estabilidad del fascismo italiano y alemán, de la marcha de los acontecimientos en España, y en fin —y este no es el factor menos importante— de la visión y de la actividad de los elementos de vanguardia del proletariado francés. Las convulsiones del franco pueden apresurar el desenlace. Una cooperación más estrecha de Francia con Inglaterra puede retardarlo. De cualquier modo, la agonía de la “democracia” puede durar mucho más en Francia que lo que el período prefascista Brüning-Papen-Schleicher ha durado en Alemania, pero no dejará por eso de ser una agonía. La democracia será barrida. La cuestión es únicamente saber quién la barrerá.

La lucha contra las doscientas familias, contra el fascismo y la guerra —por la paz, el pan, la libertad y otras bellas cosas— es, o bien un engaño, o bien una lucha para derribar al capitalismo. El problema de la conquista revolucionaria del poder se plantea ante los trabajadores franceses, no como un objetivo lejano, sino como una tarea del período que se abre. Ahora bien, los jefes socialistas y comunistas no solo se niegan a proceder a la movilización revolucionaria

del proletariado, sino que se oponen a ella con todas sus fuerzas. Al mismo tiempo que confraternizan con la burguesía, acosan y expulsan a los bolcheviques. ¡Tal es la violencia de su odio hacia la revolución y del miedo que les inspira! ¡En esta situación, el peor papel es el jugado por los pseudorrevolucionarios del tipo de Marceau Pivert, que prometen derrocar a la burguesía, pero únicamente con el permiso de León Blum.

Toda la marcha del movimiento obrero francés en el curso de estos últimos doce años ha puesto a la orden del día la necesidad de crear un nuevo partido revolucionario.

Querer adivinar si los acontecimientos dejarán “suficiente” tiempo para formar el nuevo partido, es darse a la más estéril de las ocupaciones. Los recursos de la historia en lo que hace a diversas posibilidades, formas de transición, etapas, aceleraciones y retrasos, son inagotables. Bajo el imperio de las dificultades económicas, el fascismo puede tomar la ofensiva prematuramente y sufrir una derrota. De ello resultará un respiro duradero. Por el contrario, puede adoptar, por prudencia, durante un largo tiempo, una actitud de espera y, de ese modo, ofrecer nuevas oportunidades a las organizaciones revolucionarias. El Frente Popular puede romperse por sus contradicciones antes de que el fascismo sea capaz de librar una batalla general: de lo que resultará un período de reagrupamientos y de escisiones en los partidos obreros y una rápida cristalización de una vanguardia revolucionaria. Los movimientos espontáneos de las masas, según el ejemplo de Toulon y de Brest, pueden tomar una gran amplitud y crear un punto de apoyo seguro para la palanca revolucionaria. En fin, aun una victoria del fascismo en Francia, lo que teóricamente no es imposible, no significa que permanecerá en el poder por mil años, como lo anuncia Hitler, ni que esta victoria le acordará un período como el otorgado a Mussolini. Si el crepúsculo del fascismo comenzara en Italia o en Alemania, no tardaría en extenderse a Francia. En la hipótesis menos favorable, construir un partido revolucionario es apresurar la hora de la revancha. Los sabios que se desentienden de esta tarea urgente, pretendiendo que las “condiciones no están maduras”, no hacen sino demostrar que ellos mismos no están maduros para esas condiciones.

Los marxistas franceses, como los de todos los países, deben en cierto sentido, comenzar de nuevo, pero en un grado históricamente más elevado que sus predecesores. La caída de la Internacional

Comunista, más vergonzosa que la caída de la socialdemocracia en 1914, perturba considerablemente en su comienzo la marcha hacia adelante. El reclutamiento de nuevos cuadros se hace con lentitud en el curso de una lucha cruel en el seno de la clase obrera contra el frente único de la burocracia reaccionaria y patriota. Por otro lado, estas dificultades, que no se han precipitado por casualidad sobre el proletariado, constituyen un factor importante para una buena selección y un sólido temple de las primeras falanges del nuevo partido y de la nueva internacional.

Sólo una ínfima parte de los cuadros de la Internacional Comunista habían comenzado su educación revolucionaria al comienzo de la guerra, antes de la Revolución de Octubre. Todos ellos, casi sin excepción, se encuentran actualmente fuera de la III Internacional. La línea siguiente adhirió a la Revolución de Octubre cuando ésta ya había triunfado: cuando era más fácil. Pero incluso de esta segunda línea no queda más que poca cosa. La mayor parte de los cuadros actuales de la Internacional Comunista se ha adherido, no al programa bolchevique, no a la bandera revolucionaria, sino a la burocracia soviética. No son luchadores, sino funcionarios dóciles, ayudantes de campo, camareros. De ahí que la III Internacional se descomponga de un modo tan poco glorioso en una situación histórica rica en grandiosas posibilidades revolucionarias.

La IV internacional se levanta sobre los hombros de sus tres antecesoras. Recibe golpes de frente, de costado y de atrás. Los arribistas, los cobardes y los filisteos nada tienen que hacer en sus filas. Una porción, inevitable al comienzo, de sectarios y aventureros abandonará el movimiento a medida que éste crezca. Dejemos que los pedantes y escépticos alcen los hombros a propósito de las "pequeñas" organizaciones que publican "pequeños" periódicos y que lanzan desafíos al mundo entero. Los revolucionarios serios pasarán al lado de ellos con desprecio. También la Revolución de Octubre comenzó a caminar con zapatos de niño...

Los poderosos partidos rusos, socialrevolucionario y menchevique, que durante meses formaron un "frente popular" con los cadetes, mordieron el polvo bajo los golpes de un "puñado de fanáticos" del bolchevismo. La socialdemocracia alemana, el Partido Comunista alemán y la socialdemocracia austríaca han hallado una muerte sin gloria bajo los golpes del fascismo. La época que va a comenzar para

la humanidad europea, no dejará en el movimiento obrero rastros de todo lo que es ambiguo y está gangrenado. Todos estos Jouhaux, Citrine, Blum, Cachin, Vandervelde, Caballero, no son más que fantasmas. Las secciones de la II y la III Internacionales abandonarán la escena una tras otra sin pena ni gloria. Es inevitable un nuevo y grandioso reagrupamiento de las filas obreras. Los jóvenes cuadros revolucionarios adquirirán carne y sangre. La victoria no es concebible más que sobre la base de los métodos bolcheviques...

La etapa decisiva

(5 de junio de 1936)

El ritmo de los acontecimientos en Francia se ha acelerado bruscamente. Antes, había que apreciar el carácter prerrevolucionario de la situación sobre la base del análisis teórico y de diversos síntomas políticos. Ahora, los hechos hablan por sí mismos. Puede decirse sin exageración que, en toda Francia, no hay sino dos partidos cuyos jefes no ven, no comprenden o no quieren ver toda la profundidad de la crisis revolucionaria: los partidos “socialista” y “comunista”. Seguramente, se les pueden agregar los jefes sindicales “independientes”. Las masas obreras crean ahora una situación revolucionaria con ayuda de la acción directa. La burguesía teme mortalmente el desarrollo de los acontecimientos y toma entre bambalinas, sobre la nariz del nuevo gobierno, todas las medidas necesarias de resistencia, de salvación, de engaño, de aplastamiento y de revancha sangrienta. Solos, los jefes “socialistas” y “comunistas” continúan charlando sobre el Frente Popular, como si la lucha de clases no hubiera derribado ya su despreciable castillo de naipes.

Blum declara: “El país ha dado un mandato al Frente Popular, y no podemos salir de los marcos de ese mandato”. Blum engaña a su partido e intenta engañar al proletariado. Los estalinistas (ellos siempre se denominan “comunistas”) le ayudan a hacerlo. En los hechos, socialistas y comunistas utilizan los trucos, ardides y nudos corredizos de la mecánica electoral, para forzar a las masas trabajadoras en interés de la alianza con el radicalismo burgués. La esencia política de la crisis se expresa en el hecho de que el pueblo siente repugnancia de los radicales y su III República. Esto es lo que tratan de utilizar los fascistas. ¿Qué han hecho, pues, socialistas y comunistas?

Se han hecho garantes de los radicales ante el pueblo, han presentado a los radicales como injustamente calumniados, han hecho creer a los obreros y a los campesinos que toda su salvación estaba en el ministerio Daladier. Es sobre este diapasón que fue orquestada toda la campaña electoral. ¿Cómo han respondido las masas? Han dado un enorme aumento de votos y de puestos a los comunistas, como extrema izquierda. Los virajes y los zigzags de los mercenarios de la política soviética no son comprendidos por las masas, pues no son verificados por su propia experiencia. Las masas no aprenden mas que en la acción. No tienen tiempo de construir conocimientos teóricos. Cuando un millón y medio de electores dan su voto a los comunistas, la mayoría de ellos les está diciendo: "Queremos que hagan en Francia lo que los bolcheviques rusos han hecho en su país en octubre de 1917". Tal es la voluntad real de la parte mas activa de la población, de la que es capaz de luchar y de asegurar el porvenir de Francia. Tal es la primera lección de las elecciones.

Los socialistas han mantenido aproximadamente su antiguo número de votos, a pesar de la escisión del importante grupo neosocialista. También en esta cuestión, las masas han dado una gran lección a sus "jefes". Los neosocialistas querían el cartel a cualquier precio, es decir la colaboración con la burguesía republicana en nombre de la salvación y la expansión de la "República". Es precisamente sobre esta línea que se han separado de los socialistas y se han presentado como competidores en las elecciones. Los electores se han alejado de ellos. Los neosocialistas se han derrumbado. Hace dos años, habíamos predicho que el desarrollo político futuro eliminaría en primer lugar a los grupos que giraban alrededor de los radicales. Así, en el conflicto entre socialistas y neosocialistas, las masas han juzgado y rechazaron al grupo que proponía más sistemáticamente, más resueltamente, más ruidosamente y más abiertamente, la alianza con la burguesía. Tal es la segunda lección de las elecciones.

El Partido Socialista no es un partido obrero, ni por su política ni por su composición social. Es el partido de las nuevas capas medias (funcionarios, empleados, etc.), parcialmente de la pequeña burguesía y de la aristocracia obrera. Un análisis serio de la estadística electoral demostraría indudablemente que los socialistas han cedido a los comunistas una importante fracción de obreros y de campesinos pobres, y en cambio, han recibido de los radicales importantes grupos

de las clases medias. Esto significa que el movimiento de la pequeña burguesía va desde los radicales hacia la izquierda —hacia los socialistas y comunistas— en tanto que los grupos de la mediana y gran burguesía se separan de los radicales hacia la derecha. El reagrupamiento se opera según los ejes de las clases, y no siguiendo la línea artificial del Frente Popular. La rápida polarización de las relaciones políticas subraya el carácter revolucionario de la crisis. Tal es la tercera lección, la lección fundamental.

En consecuencia, el elector ha manifestado su voluntad —tanto como ha tenido la posibilidad de manifestarla dentro de la camisa de fuerza del parlamentarismo— no en favor de la política del Frente Popular, sino contra ella. Por cierto, socialistas y comunistas, al retirar en la segunda vuelta sus candidatos en favor de los burgueses radicales, han violentado aún más la voluntad política de los trabajadores de Francia. A pesar de esto, los radicales han salido de la prueba con los flancos destrozados, perdiendo una buena tercera parte de sus cargos. *Le Temps* dice: “Es porque han entrado en un bloque con los revolucionarios”. Daladier replica: “Sin el Frente Popular, hubiéramos perdido más”. Indiscutiblemente, Daladier tiene razón. Si socialistas y comunistas hubieran llevado adelante una política de clase, es decir, hubieran luchado por la alianza de los obreros y de los elementos semiproletarios de la ciudad y del campo contra toda la burguesía, incluida también su podrida ala radical, hubieran tenido muchos más votos, y los radicales se hubieran visto reducidos a un grupo insignificante, en la Cámara.

Todos los hechos políticos atestiguan que, ni en las relaciones sociales de Francia, ni en el estado de ánimo político de las masas, hay apoyo para el Frente Popular. Esta política es impuesta desde arriba: por la burguesía radical, por los negociantes y arribistas socialistas, por los diplomáticos soviéticos y sus lacayos “comunistas”. Con sus fuerzas unidas hacen todo lo que pueden hacer, con la ayuda del más deshonesto de los sistemas electorales, para trampear y engañar a las masas populares y violentar su voluntad política real. Sin embargo, las masas han sabido, incluso en esas condiciones, mostrar que ellas quieren, no una coalición con los radicales, sino la unidad de los trabajadores contra toda la burguesía.

Si en todas las circunscripciones electorales en las que socialistas y comunistas se han retirado en favor de los radicales, se hubieran planteado

en la segunda vuelta candidaturas obreras revolucionarias, estas habrían obtenido un número muy importante de votos. Por desgracia, no se ha encontrado una organización capaz de una iniciativa semejante. Esto demuestra que los grupos revolucionarios, centrales y locales, permanecen fuera de la dinámica de los acontecimientos y prefieren abstenerse y esquivarse, allí donde hace falta actuar. Pero, pese a todo, la orientación general de las masas está absolutamente clara.

Socialistas y comunistas habían preparado con todas sus fuerzas un ministerio Herriot; en rigor, un ministerio Daladier. ¿Qué han hecho las masas? Han impuesto a los socialistas y comunistas un ministerio Blum, ¿Es que esto no es un voto directo contra la política del Frente Popular?

¿O quizás hacen falta nuevas pruebas? La manifestación en memoria de los comuneros, al parecer, ha superado este año todas las manifestaciones populares que había visto París. Sin embargo, los radicales no tenían ni podían tener ninguna relación con esta manifestación. Las masas trabajadoras de París, con un inigualable instinto político, han demostrado que están listas a duplicar su número allí donde no son obligadas a soportar la repugnante fraternización de sus jefes con los explotadores burgueses. El poderío de la manifestación del 24 de mayo es la más convincente y la más infalible desaprobación del París obrero a la política del Frente Popular.

Pero sin el Frente Popular, el Parlamento (donde, a pesar de todo, socialistas y comunistas no tienen mayoría) no sería viable, y los radicales — ¡oh, desgracia! — se verían arrojados “a los brazos de la reacción”. Este razonamiento es completamente digno de los filisteos cobardes que se encuentran a la cabeza de los partidos socialista y comunista. La no viabilidad del Parlamento es la consecuencia inevitable del carácter revolucionario de la crisis. Con ayuda de una serie de picardías políticas, se ha logrado, mal que bien, disfrazar esta no viabilidad; pero, con todo, ella se revelará mañana. Para no empujar a los radicales, reaccionarios hasta la médula de los huesos, “en brazos de la reacción”, hay que unirse con los radicales para la defensa del capital. En esto, y sólo en esto, reside la misión del Frente Popular. Pero los obreros lo impiden.

El Parlamento no es viable, porque la crisis actual no ofrece ninguna salida por la vía parlamentaria. Y, de nuevo, las masas trabajadoras francesas, con el seguro instinto revolucionario que las distingue,

han captado infaliblemente este rasgo importante de la situación. En Toulon y en Brest, han lanzado las primeras señales de alarma. Las protestas de los soldados contra el "cabiote" (prolongación del servicio militar) significaban la forma de acción directa de las masas más peligrosa para el orden burgués. Por último, en los días en que el congreso socialista aceptaba por unanimidad (en común con el charlatán hueco Marceau Pivert) el mandato del "Frente Popular", y remitía este mandato a León Blum; en los días en que Blum se miraba en el espejo, por todos los costados, hacía gestos pregubernamentales, lanzaba declaraciones pregubernamentales y las comentaba en artículos periodísticos, en los días en que se trataba siempre de Blum nunca del proletariado; precisamente en esos días, una magnífica, verdaderamente primaveral, ola de huelgas rompió sobre Francia. No encontrando dirección y marchando sin ella, los obreros han llevado a cabo con audacia y seguridad la ocupación de las fábricas después de parar el trabajo.

El nuevo gendarme del capital, Salengro, incluso antes de llegar al poder, ha declarado (absolutamente igual que lo hubieran hecho Herriot, Laval, Tardieu o De la Rocque) que defendería "el orden contra la anarquía". Este individuo llama orden a la anarquía capitalista. Llama anarquía a la lucha por el orden socialista. La ocupación de las fábricas por los obreros, aun pacífica, tiene una enorme importancia sintomática. Los trabajadores dicen: "Queremos ser los amos en los establecimientos en los que hasta ahora no hemos sido más que esclavos".

Mortalmente espantado, León Blum, queriendo asustar a los obreros, dice: "Yo no soy Kerensky; y en lugar de Kerensky en Francia vendrá, no Lenin, sino cualquier otro". Uno se puede imaginar que el Kerensky ruso había comprendido la política de Lenin y previsto su llegada al poder. En realidad, exactamente igual que Blum, Kerensky hacía creer a los obreros que, en el caso de su caída, llegaría al poder no el bolchevismo, sino "cualquier otro". Precisamente allí donde Blum quiere distinguirse de Kerensky, lo imita servilmente. Es imposible, sin embargo, no reconocer que, en la medida en que la cosa depende de Blum, él abre en realidad el camino al fascismo y no al proletariado.

Más criminal y más infame que todo lo demás, en esta situación, es la conducta de los comunistas: han prometido apoyar a fondo al gobierno Blum, sin entrar en él. "Somos revolucionarios demasiado terribles — dicen Cachin y Thorez — nuestros colegas radicales pueden

morir de terror, será mejor que nos quedemos al margen". El ministerialismo entre bambalinas es diez veces peor que el ministerialismo abierto y declarado. En realidad, los comunistas quieren conservar su independencia exterior, para mejor sujetar a las masas obreras al Frente Popular, es decir, a la disciplina del capital. Pero allí también aparece un obstáculo con la lucha de clases. La simple y honesta huelga de masas destruye implacablemente la mística y la mistificación del Frente Popular. Esta ya ha recibido un golpe mortal, y de ahora en adelante no le queda más que morir.

No hay salida por la vía parlamentaria. Blum no inventará la pólvora, pues teme a la pólvora. Las maquinaciones ulteriores del Frente Popular no pueden más que prolongar la agonía del parlamentarismo y dar a De la Rocque un plazo para prepararse para un nuevo golpe más serio, si... si los revolucionarios no le ganan de mano.

Después del 6 de febrero de 1934, algunos camaradas impacientes pensaban que el desenlace llegaría "mañana" y que, por eso, era necesario hacer inmediatamente algún milagro. Una "política" semejante no podía dar nada más que las aventuras y zigzags, que han trabado extraordinariamente el desarrollo del partido revolucionario. No se puede recuperar el tiempo perdido. Pero es necesario no perder más tiempo de ahora en adelante, pues queda poco. Aún hoy, no fijaremos un plazo. Pero después de la gran ola de huelgas, los acontecimientos no pueden desarrollarse más que del lado de la revolución o del lado del fascismo. La organización que no encuentre apoyo en el movimiento huelguístico actual, que no sepa ligarse estrechamente a los obreros en lucha, es indigna del nombre de organización revolucionaria. ¡Sus miembros harían mejor en buscarse lugar en los hospicios o en las logias masónicas (con la protección de Marceau Pivert)!

En Francia hay demasiados señores de ambos sexos, ex comunistas, ex socialistas, ex sindicalistas, que viven en grupos y en sectas, intercambiando entre cuatro paredes sus impresiones sobre los acontecimientos y pensando que no ha llegado el momento de su clara participación. "Aún es demasiado pronto". Y, cuando llegue De la Rocque, dirán: "Ahora, es demasiado tarde". Los razonadores estériles de este tipo son numerosos, especialmente entre el ala izquierda del sindicato de los docentes. Sería el mayor de los crímenes perder, aunque no sea más que un solo minuto en ese público. ¡Que los muertos entierren a sus muertos!

La suerte de Francia no se decide ahora ni en el Parlamento, ni en las salas de redacción de los diarios conciliadores, reformistas y estalinistas, ni en los círculos de escépticos, quejosos y charlatanes. La suerte de Francia se decide en las fábricas que han sabido, por medio de la acción, mostrar el camino de salida desde la anarquía capitalista hacia el orden socialista. ¡El lugar de los revolucionarios está en las fábricas!

El último Congreso de la Internacional Comunista, en su cocina ecléctica, ha planteado, uno junto con lo otro, la coalición con los radicales y la creación de comités de acción de masas, es decir sóviets embrionarios. Dimitrov, así como sus inspiradores, se imaginan que se puede combinar la colaboración de clases con la lucha de clases, el bloque con la burguesía y la lucha por el poder del proletariado, la amistad con Daladier y la edificación de los sóviets. Los estalinistas franceses han dado a los comités de acción el nombre de comités de Frente Popular, imaginándose que así concilian la lucha revolucionaria con la defensa de la democracia burguesa. Las huelgas actuales hacen pedazos radicalmente esta lastimosa ilusión. Los radicales temen a los comités. Los socialistas temen al temor de los radicales. Los comunistas temen al temor de unos y otros. La consigna de los comités no puede ser abordada más que por una organización verdaderamente revolucionaria, absolutamente consagrada a las masas, a su causa, a su lucha. Los obreros franceses han mostrado de nuevo que son dignos de su reputación histórica. Es necesario inspirarles confianza. Los sóviets siempre han nacido de las huelgas. La huelga de masas es el elemento natural de la revolución proletaria. Los comités de acción no pueden actualmente ser otra cosa que comités de los huelguistas que ocupan las empresas. De taller en taller, de fábrica en fábrica, de barrio en barrio, de ciudad en ciudad, los comités de acción deben establecer una ligazón estrecha entre sí, reunirse en conferencias por ciudades, por ramas de producción, por distritos, para terminar en un congreso de todos los comités de acción de Francia. He aquí el que será el nuevo orden, que debe reemplazar a la anarquía actual.

La revolución francesa ha comenzado

(9 de junio de 1936)

Jamás la radio se ha mostrado tan preciosa como en estos últimos días. Da la posibilidad de seguir desde una lejana aldea de Noruega, las alternativas del pulso de la revolución francesa. Sería más exacto decir: el reflejo de esas alternativas en la conciencia y en la voz de los señores ministros, secretarios sindicales y otros dirigentes mortalmente asustados.

Las palabras “revolución francesa” pueden parecer exageradas. ¡Pero no! No es una exageración. Es precisamente así que nace la revolución. En general, no pueden nacer de otro modo. La revolución francesa ha comenzado.

Ciertamente, León Jouhaux siguiendo a León Blum, asegura a la burguesía que se trata de un movimiento puramente económico, dentro de los marcos estrictos de la ley. Sin duda, los obreros son los amos de las fábricas durante la huelga, estableciendo su control sobre la propiedad y su administración. Pero se puede cerrar los ojos ante este lamentable “detalle”. En su conjunto, son “huelgas económicas, pero no políticas”, afirman los señores jefes. Sin embargo, bajo el efecto de huelgas “no políticas” cambia radicalmente toda la situación política del país. El gobierno decide actuar con una prontitud con la que no se soñaba en la víspera: ¡pues, según las palabras de Blum, la verdadera fuerza es paciente! Los capitalistas dan prueba de un espíritu acomodaticio completamente inesperado. Toda la contrarrevolución a la expectativa, se esconde tras las espaldas de Blum y de Jouhaux. Y todo este milagro es producido por... simples huelgas “gremiales”. ¿Qué es lo que hubiera sucedido si las huelgas hubieran tenido un carácter político?

Pero no, los jefes dicen una *contraverdad*. El gremio incluye a los obreros de una determinada profesión, separándolos de las otras profesiones. El *tradeunionismo* y el sindicalismo reaccionario dirigen todos sus esfuerzos a mantener al movimiento obrero dentro de los marcos gremiales. Es allí que se asienta la dictadura de hecho de la burocracia sindical sobre la clase obrera (¡la peor de todas las dictaduras!), con la dependencia servil de la pandilla Jouhaux-Racamond respecto del Estado capitalista. La esencia del movimiento actual reside precisamente en el hecho de que rompe los marcos profesionales, gremiales y locales, elevando por sobre ellos las reivindicaciones, las esperanzas y la voluntad de todo el proletariado. El movimiento toma el carácter de una epidemia. El contagio se extiende de fábrica en fábrica, de gremio en gremio, de barrio en barrio. Todas las capas de la clase obrera se contestan, por decirlo así, unas a otras. Los metalúrgicos han comenzado: son la vanguardia. Pero la fuerza del movimiento reside en el hecho de que, a corta distancia de la vanguardia, siguen las grandes reservas de la clase, incluidas las profesiones más diversas; y después su retaguardia, a la que los señores jefes parlamentarios y sindicales, generalmente olvidan por completo. No es por nada que *Le Peuple* reconoció abiertamente que, para él, muchas categorías particularmente mal pagadas de la población parisiense habían aparecido como un hecho completamente “inesperado”. Sin embargo, es precisamente en las profundidades de estas capas más explotadas que se ocultan fuentes inagotables de entusiasmo, de abnegación, de coraje. El mismo hecho de su despertar es el signo infalible de un gran combate. ¡Hay que lograr acceso a estas capas a cualquier precio!

Al desprenderse de los marcos gremiales y locales, el movimiento huelguístico se ha vuelto temible, no solo para la sociedad burguesa, sino también para su propia representación parlamentaria y sindical, la que actualmente está ocupada, sobre todo, en no ver la realidad. Según una leyenda histórica, a la pregunta de Luis XVI: “¿Pero esto es una revuelta?”, uno de sus cortesanos respondió: “No, sire, es una revolución”. Actualmente, a la pregunta de la burguesía: “¿Es una revuelta?”, sus cortesanos responden: “No, no son más que huelgas gremiales”. Tranquilizando a los capitalistas, Blum y Jouhaux se tranquilizan a sí mismos. Pero las palabras no pueden hacer nada. Es verdad que en el momento en que estas líneas aparezcan en

la prensa, la primera ola puede haberse calmado. Aparentemente, la vida volverá a entrar en su antiguo cauce. Pero esto no cambia nada de la cuestión. Lo que ha pasado, no son huelgas gremiales. Ni siquiera son huelgas. Es la huelga. Es la reunión en el gran día de los oprimidos contra los opresoras. Es el comienzo clásico de la revolución.

Toda la experiencia pasada de la clase obrera, su historia de explotación, de desdichas, de luchas, de derrotas, revive bajo el choque de los acontecimientos y se eleva en la conciencia de cada proletario, aún del más atrasado, empujándolo a las filas comunes. Toda la clase ha entrado en movimiento. Es imposible detener con palabras a esta masa gigantesca. La lucha debe conducir a la más grande de las victorias o al más terrible de los aplastamientos.

Le Temps ha llamado a la huelga "las grandes maniobras de la revolución". Esto es incomparablemente más serio que lo que dicen Blum y Jouhaux. Pero aún la definición de *Le Temps* es a pesar de todo inexacta, pues en cierto sentido es exagerada. Las maniobras presuponen la existencia de un comando, de un Estado Mayor, de un plan. Nada semejante ha habido en la huelga. Los centros de las organizaciones obreras, incluido el Partido Comunista, han sido tomados de improviso. Temen, sobre todo, que la huelga perturbe todos sus planes. La radio transmite una frase notable de Marcel Cachin: "Estamos, unos y otros, ante el hecho de la huelga". En otras palabras, la huelga es nuestra desgracia común. Con estas palabras, el senador amenazante convence a los capitalistas de que deben hacer concesiones para no exacerbar la situación. Los secretarios parlamentarios y sindicales, que se adaptan a la huelga con la intención de ahogarla lo más pronto posible, se encuentran en realidad fuera de la huelga, se agitan en el aire sin saber ellos mismos si volverán a caer a tierra sobre sus pies o de cabeza. La masa despierta, no tiene aún Estado Mayor revolucionario.

El verdadero Estado Mayor está del lado del enemigo de clase. Este Estado Mayor no coincide en absoluto con el gobierno Blum, aunque se sirve de él con mucha habilidad. La reacción capitalista juega actualmente un juego fuerte y arriesgado, pero lo juega sabiamente. En el momento presente, juega a "el que pierde gana": "Cedamos hoy a todas estas desagradables reivindicaciones que han encontrado la aprobación común de Blum, de Jouhaux y de Daladier. Del reconocimiento de principio a la realización de hecho, hay todavía un

gran camino. Está el Parlamento, está el Senado, está la administración: todas estas son máquinas de obstrucción. Las masas manifestarán impaciencia e intentarán apretar más fuerte. Daladier se separará de Blum. Thorez tratará de desligarse por la izquierda. Blum y Jouhaux se separarán de las masas. Entonces recuperaremos todas las concesiones actuales e incluso con usura". Así razona el verdadero Estado Mayor de la contrarrevolución: las famosas *doscientas familias* y sus estrategias mercenarios. Actúan según un plan. Y sería una ligereza decir que su plan carece de una base sólida. No, con la ayuda de Blum, de Jouhaux y de Cachin, la contrarrevolución puede alcanzar su objetivo.

El hecho de que el movimiento de masas alcance, bajo una forma improvisada, dimensiones tan grandiosas y un efecto político tan grande, subraya mejor que nada el carácter profundo, orgánico, verdaderamente revolucionario, de la ola de huelgas. En esto radica la garantía de la duración del movimiento, de su tenacidad, de la inevitabilidad de una serie de olas crecientes. Sin esto, la victoria sería imposible. Pero todo esto no basta para triunfar. Contra el Estado Mayor y el plan de las doscientas familias, es necesario el Estado Mayor y el plan de la revolución proletaria. Aún no existe, ni uno ni otro. Pero pueden ser creados. Existen todas las premisas y todos los elementos de una nueva cristalización de las masas.

El desencadenamiento de la huelga fue provocado, se dice, por las "esperanzas" en el gobierno del Frente Popular. Esto no es más que un cuarto de la verdad, y aún menos. Si no se hubiera tratado más que de piadosas esperanzas, los obreros no hubieran corrido el riesgo de la lucha. En la huelga se expresa, ante todo, la desconfianza o la falta de confianza de los obreros, si no en la buena voluntad del gobierno, al menos en su capacidad para destruir los obstáculos y llevar a cabo sus tareas. Los proletarios quieren "ayudar" al gobierno, pero a su modo, del modo proletario. Con seguridad, aún no tienen plena conciencia de sus fuerzas. Pero sería una grosera caricatura presentar la cosa como si la masa no estuviera guiada más que por "esperanzas" en Blum. No le es fácil ordenar sus pensamientos bajo la opresión de sus viejos jefes, que se esfuerzan para hacerla volver lo más pronto posible al viejo camino de la esclavitud y de la rutina. Pese a todo, el proletariado francés no retoma la historia en su comienzo. Siempre y en todas partes, la huelga ha hecho aparecer en la superficie a los

obreros más conscientes y más audaces. La iniciativa les pertenece. Todavía actúan prudentemente, tanteando el terreno. Los destacamentos avanzados se esfuerzan por no adelantarse hasta quedar aislados. El eco amistoso que les llega de atrás les da coraje. El eco que se hacen las diferentes partes de la clase se ha vuelto un ensayo de automovilización. El propio proletariado tiene la mayor necesidad de esta manifestación de su propia fuerza. Los éxitos prácticos obtenidos, por inseguros que sean en sí mismos, deben elevar extraordinariamente la confianza de las masas en sí mismas, especialmente de las capas más atrasadas y más oprimidas.

La principal conquista de la primera ola radica en el hecho de que han aparecido dirigentes en los talleres y en las fábricas. Han sido creados los elementos de los Estados Mayores locales y barriales. Las masas los conocen. Ellos se conocen unos a otros. Los verdaderos revolucionarios buscarán relacionarse con ellos. Así, la primera automovilización de las masas ha marcado y en parte designado a los primeros elementos de una dirección revolucionaria. La huelga ha sacudido, reanimado, renovado todo el gigantesco organismo de clase. La vieja escama organizativa aún está lejos de haber desaparecido, por el contrario, se mantiene con demasiada obstinación. Pero, bajo ella, ya aparece una nueva piel.

Nada diremos ahora sobre el ritmo de los acontecimientos, que sin ninguna duda, se acelerarán. En este terreno, todavía no son posibles más que suposiciones y conjeturas. La segunda ola, su desencadenamiento y su tensión permitirán, sin duda, hacer un pronóstico mucho más concreto que el que es posible actualmente. Pero una cosa está clara de antemano: la segunda ola estará lejos de tener el mismo carácter pacífico, casi bonachón, primaveral, que ha tenido la primera. Será más madura, más tenaz y más áspera, pues será provocada por la decepción de las masas ante los resultados prácticos de la política del Frente Popular y de la primera ofensiva. En el gobierno se producirán fisuras, lo mismo que en la mayoría parlamentaria. La contrarrevolución se volverá de golpe más segura y más insolente. No hay que esperar nuevos éxitos frágiles de las masas. Ante el peligro de perder lo que ha parecido ser conquistado, ante la resistencia creciente del enemigo, ante la confusión y el desbande de la dirección oficial, las masas sentirán la ardiente necesidad de tener un programa, una organización, un plan, un Estado Mayor. Hay que

prepararse y preparar a los obreros de vanguardia para esto. En la atmósfera de la revolución, la reeducación de las masas, la selección de los cuadros y su temple se realizarán rápidamente.

Un Estado Mayor revolucionario no puede nacer por medio de combinaciones de dirigentes. La organización de combate no coincidiría con el partido, aun si existiera en Francia un partido revolucionario de masas, pues el movimiento es incomparablemente más amplio que el partido. La organización no puede coincidir más con los sindicatos, pues los sindicatos no abarcan más que una parte insignificante de la clase y están sometidos a una burocracia archirreaccionaria. La nueva organización debe responder a la naturaleza del propio movimiento, reflejar a las masas en lucha, expresar su voluntad más firme. Se trata de un gobierno directo de la clase revolucionaria. No hay necesidad de inventar aquí nuevas formas: hay precedentes históricos. Los talleres y las fábricas eligen sus diputados, que se reúnen para elaborar en común los planes de la lucha y para dirigirla. Incluso, no hace falta inventar el nombre de una organización semejante: son los sóviets de diputados obreros.

La principal masa de los obreros revolucionarios marcha actualmente tras el Partido Comunista. Más de una vez en el pasado han gritado: "¡sóviets en todas partes!". Su mayoría ha tomado, sin duda, en serio esta consigna. Hubo un tiempo en que pensábamos que esa consigna no era oportuna. Pero, en la actualidad, la situación ha cambiado radicalmente. El poderoso conflicto de las clases marcha hacia un temible desenlace. El que vacila, el que pierde tiempo, es un traidor. Hay que elegir entre la más grande de las victorias históricas y la más terrible de las derrotas. Hay que preparar la victoria. "¿Sóviets en todas partes?". De acuerdo. ¡Pero es el momento de pasar de las palabras a los hechos!

Ante la segunda etapa

(9 de julio de 1936)

Hay que repetirlo una vez más: la prensa seria del capital, como *Le Temps* de París o el *Times* de Londres, ha apreciado la importancia de los acontecimientos de junio en Francia y en Bélgica, de un modo mucho más justo y perspicaz que lo que lo ha hecho la prensa del Frente Popular. Mientras que los diarios oficiales socialista y comunista, siguiendo a León Blum, hablan de la “reforma pacífica del régimen social en Francia” que ha comenzado, la prensa conservadora afirma que la revolución se ha abierto en Francia y que en alguna de sus próximas etapas tomará inevitablemente formas violentas. Sería inexacto ver en este pronóstico, única o fundamentalmente, una tentativa de espantar a los propietarios. Los representantes del gran capital saben observar la lucha social de una manera muy realista. Los políticos pequeñoburgueses, por el contrario, confunden de buena gana sus deseos con la realidad: encontrándose entre las clases fundamentales, el capital financiero y el proletariado, los señores “reformadores” proponen a ambos adversarios ponerse de acuerdo sobre la línea media, que ellos han elaborado con gran trabajo en el Estado Mayor del Frente Popular y que ellos mismos interpretan de modos distintos. Sin embargo, deberían convencerse rápidamente de que es mucho más fácil conciliar las contradicciones entre las clases en los artículos editoriales que en el trabajo gubernamental, especialmente en lo más dura de la crisis social.

En el parlamento, se ha lanzado a Blum la irónica acusación de que ha mantenido negociaciones sobre las reivindicaciones de los huelguistas con los representantes de las *doscientas familias*. “¿Y con quién debía haber hablado?”, respondió ingeniosamente el presidente del Consejo. Es verdad, si se debe negociar con la burguesía, hay

que elegir a los verdaderos amos, que son capaces de decidir por sí y ordenar a los otros. ¡Pero entonces sería inútil declararles ruidosamente la guerra! En el marco del régimen burgués, de sus leyes, de su mecánica, cada una de las doscientas familias es incomparablemente más poderosa que el gobierno Blum. Los magnates de las finanzas representan el coronamiento del sistema burgués de Francia, y el gobierno Blum, a pesar de todos sus éxitos electorales, no “corona” más que un intervalo temporal entre los dos campos en lucha.

Actualmente, en la primera mitad de julio, puede parecer a una mirada superficial que todo ha vuelto más o menos a entrar en la normalidad. De hecho, en las profundidades del proletariado, como en las cumbres de las clases dominantes, la preparación casi automática de un nuevo conflicto está en marcha. Todo el fondo de la cuestión está aquí: las reformas, muy ruines en realidad, sobre las que se han puesto de acuerdo los capitalistas y los jefes de las organizaciones obreras, no son viables, pues están por encima de las fuerzas del capitalismo ya decadente, tornado en su conjunto. La oligarquía financiera, que hace magníficos negocios en lo peor de la crisis, puede seguramente, acomodarse con la semana de 40 horas, las vacaciones pagadas, etc.. Pero centenares de miles de medianos y pequeños industriales, sobre los que se apoya el capital financiero, y sobre quienes éste hace recaer ahora los gastos de su acuerdo con Blum, deben, ya sea arruinarse dócilmente, ya sea tratar, a su turno, de hacer caer los gastos de las reformas sociales sobre los obreros y campesinos, así como sobre los consumidores.

Ciertamente, Blum ha desarrollado más de una vez en la Cámara y en la prensa la seductora perspectiva de un reanimamiento económico general y de una circulación que se extendería rápidamente, dando la oportunidad de rebajar considerablemente los costos generales de producción y permitiendo de este modo, aumentar los gastos en fuerza de trabajo sin elevar el precio de las mercaderías. Es verdad que procesos económicos combinados parecidos se han visto más de una vez en el pasado; toda la historia del capitalismo ascendente está marcado por ellos. La única desgracia es que Blum invoca para el futuro a un pasado que ha partido sin posibilidad de retornar. Los políticos sometidos a tales aberraciones pueden llamarse socialistas e incluso comunistas, en los hechos miran no hacia adelante, sino hacia atrás, y esto es así porque son los frenos del progreso.

El capitalismo francés, con su célebre “equilibrio” entre la agricultura y la industria, ha entrado en el estadio de la declinación después que Italia y Alemania, pero no de un modo menos irresistible. Esto no es una frase de una proclama revolucionaria, sino una realidad indiscutible. Las fuerzas productivas de Francia han sobrepasado los marcos de la propiedad privada y las fronteras del Estado. La injerencia gubernamental en las bases del sistema capitalista no puede hacer otra cosa que ayudar a hacer pasar los falsos gastos de la decadencia de unas clases a otras. ¿A cuáles precisamente? Cuando el presidente del Consejo socialista debe realizar negociaciones sobre un reparto más “equitativo” del ingreso nacional, no encuentra, como ya lo hemos oído, interlocutores más dignos que los representantes de las doscientas familias. Teniendo en sus manos todos los resortes fundamentales de la industria, del crédito y del comercio, los magnates de las finanzas hacen recaer los gastos del acuerdo sobre las “clases medias”, obligándolas de esa forma a entrar en lucha con los obreros. Es aquí donde está actualmente el nudo de la situación.

Los industriales y los comerciantes muestran a los ministros sus libros de contabilidad y dicen: “No podemos”. El gobierno, recordando viejos manuales de economía política, responde: “Hay que disminuir los costos de producción”. Pero esto es más fácil decirlo que hacerlo. Además, mejorar la técnica, en las condiciones actuales significa aumentar la desocupación y, en definitiva, profundizar la crisis. Los obreros, por su parte, protestan contra el hecho de que el aumento de los precios, que comienza, amenace con devorar sus conquistas. El gobierno ordena a los prefectos iniciar la lucha contra la carestía. Pero los prefectos saben por una larga experiencia que es mucho más fácil hacer bajar el tono a los diarios de oposición que hacer bajar el precio de la carne. La ola de carestía está ahora enteramente ante nosotros.

Los pequeños industriales, los pequeños comerciantes y tras de ellos los campesinos, también serán engañados cada vez más por el Frente Popular, del cual esperaban la salvación inmediata con una espontaneidad y una ingenuidad mayores que las de los obreros. La contradicción política fundamental del Frente Popular reside en el hecho de que quienes están a la cabeza de su política del justo medio, temiendo “asustar” a las clases medias, no salen de los marcos del viejo orden social, es decir del callejón sin salida histórico. Sin embargo, las llamadas clases medias, no sus cumbres, naturalmente, sino

sus capas inferiores, que sienten la falta de salida a cada paso, no temen en absoluto a las decisiones audaces; por el contrario, las reclaman como una liberación del nudo corredizo que las estrangula. “¡No esperen milagros de nosotros!”, repiten los pedantes que se encuentran en el poder. Pero precisamente sin “milagro”, es decir sin decisiones heroicas, sin una completa revolución en las relaciones de propiedad, sin concentración del sistema bancario, de las ramas fundamentales de la industria y del comercio exterior en manos del Estado, no hay salvación para la pequeña burguesía de la ciudad y del campo. Si las “clases medias”, precisamente en nombre de las cuales fue edificado el Frente Popular, no encuentran audacia en la izquierda, irán a buscarla en la derecha. La pequeña burguesía tiembla de fiebre, e inevitablemente se arrojará de un lado al otro. Entretanto, el gran capital estimulará con toda seguridad ese viraje, que debe marcar el comienzo del fascismo en Francia, no solamente como organización semimilitar de los hijos de buena familia, con automóviles y aviones, sino también como verdadero movimiento de masas.

Los obreros han ejercido en junio una grandiosa presión sobre las clases dirigentes, pero no la han llevado hasta el fin. Han revelado su poderío revolucionario, pero también su debilidad: la ausencia de programa y de dirección. Todos los cimientos de la sociedad capitalista (pero también todas sus úlceras incurables) han quedado en su lugar. Ahora se ha abierto el período de la contrapresión: represión contra los agitadores de izquierda, agitación cada vez más maligna de los agitadores de derecha, tentativas de aumentar los precios, movilización de industriales para *lock-outs* masivos. Los sindicatos de Francia, que en vísperas de la huelga, no alcanzaban al millón de miembros, se acercan hoy a los cuatro millones. Esta inusitada afluencia masiva muestra qué sentimientos animan a las masas obreras. Ni siquiera puede considerarse permitir que se haga recaer sobre ellas los costos de sus propias conquistas, sin lucha. Ministros y dirigentes oficiales exhortan incansablemente a los obreros a mantenerse tranquilos y a no impedir al gobierno que trabaje para resolver sus problemas. Pero, dado que el gobierno, por la propia naturaleza de las cosas, no puede resolver ningún problema, dado que las concesiones de junio fueron obtenidas gracias a la huelga y no mediante una espera paciente, dado que cada nuevo día revelará la inconsistencia del gobierno ante la contraofensiva creciente del capital, las exhortaciones

monótonas perderán muy rápidamente su fuerza persuasiva. La lógica de la situación, que surge de la victoria de junio, más exactamente, del carácter semificticio de esta victoria, obligará a los obreros a responder al desafío, es decir a iniciar la lucha de nuevo. Aterrorizado por esta perspectiva, el gobierno se desplaza hacia la derecha. Bajo la presión inmediata de los aliados radicales, pero en definitiva, por exigencia de las doscientas familias, el ministro socialista del Interior ha declarado en el Senado que, en adelante, no serán toleradas las ocupaciones de fábricas, comercios y granjas por parte de los huelguistas. Una advertencia de este tipo, con seguridad que no detendrá la lucha, pero es capaz de darle un carácter incomparablemente más decisivo y más agudo.

Un análisis absolutamente objetivo, partiendo de los hechos y no de los deseos, conduce así a la conclusión de que de los dos lados se prepara un nuevo conflicto social, que debe estallar con una inevitabilidad casi mecánica. No es difícil determinar en general, desde ahora, la naturaleza de este conflicto. En todos los períodos revolucionarios de la historia, se pueden encontrar dos etapas sucesivas, estrechamente ligadas la una a la otra: primero, hay un movimiento “espontáneo” de las masas, que toma por sorpresa al adversario y le arranca serias concesiones, o por lo menos, promesas; después de lo cual, la clase dominante, sintiendo amenazadas las bases de su dominación, prepara la revancha. Las masas semivictoriosas manifiestan impaciencia. Los jefes tradicionales de “izquierda”, tomados de improviso por el movimiento, igual que los adversarios, esperan salvar la situación con ayuda de la elocuencia conciliadora y, a fin de cuentas, pierden su influencia. Las masas entran en la nueva lucha casi sin dirección, sin programa claro y sin comprensión de las dificultades próximas. Así, el conflicto, elevándose inevitablemente desde la primera victoria de las masas, conduce a menudo a su derrota o a su *semiderrota*. No es muy probable que en la historia de las revoluciones se pueda encontrar una excepción a esta regla. La diferencia —y no es pequeña— está en el hecho de que en ciertos casos la derrota ha tomado el carácter de un aplastamiento: así fueron, por ejemplo, las jornadas de junio de 1848 en Francia, que marcaron el fin de la revolución; en otros casos, la semiderrota fue sólo una etapa hacia la victoria: es el papel que jugó, por ejemplo, la derrota de los obreros y soldados petersburgueses en julio de 1917. Precisamente, la derrota

de julio aceleró el ascenso de los bolcheviques, quienes no solamente habían sabido apreciar la situación con justeza, sin ilusiones y sin disfraces, sino que, además, no se habían separado de las masas en los días más difíciles de fracaso, de víctimas y de persecuciones.

Sí, la prensa conservadora analiza la situación con madurez. El capital financiero y sus órganos políticos y militares auxiliares preparan la revancha con un cálculo frío. En la dirección del Frente Popular no hay más que espanto y lucha interna. Los periódicos de izquierda hacen sermones. Los dirigentes hacen gárgaras con frases; los ministros se esfuerzan por demostrar a la Bolsa que están maduros para dirigir el Estado. Todo esto quiere decir que el proletariado entrará en el conflicto próximo no solamente sin la dirección de sus organizaciones tradicionales, como sucedió en junio, sino también contra ellas. Mientras tanto, aún no hay una nueva dirección reconocida por todos. En estas condiciones, es difícil contar con una victoria inmediata. El intento de avanzar conducirá pronto a la alternativa: ¿jornadas de junio de 1848 o jornadas de julio de 1917? Dicho con otras palabras: aplastamiento por largos años, con el triunfo inevitable de la reacción fascista, o bien solamente una severa lección de estrategia, como resultado de la cual, la clase obrera habrá madurado incomparablemente más, renovará su dirección y preparará las condiciones de la victoria futura. El proletariado francés no es un novato. Tiene tras de sí el mayor número de grandes batallas históricas. Ciertamente, a cada paso la nueva generación deberá aprender de su propia experiencia; pero no desde el comienzo hasta el fin, sino por decirlo así, en un curso acelerado. Lleva en los huesos una gran tradición que lo ayuda a elegir el camino. Ya en junio, los dirigentes anónimos de la clase en su despertar, han encontrado con un magnífico tacto revolucionario, los métodos y las formas de la lucha. Actualmente, el trabajo molecular de la conciencia de la masa, no se detiene ni una hora. Todo esto permite esperar que la nueva capa de jefes, no solamente permanezca fiel a la masa en los días del inevitable y, verosímilmente, demasiado próximo conflicto, sino que también sabrá retirar del combate, sin aplastamiento, al ejército insuficientemente preparado.

No es verdad que los revolucionarios de Francia estén interesados en que el conflicto se acelere o en que sea provocado "artificialmente": sólo obtusos cerebros de policías pueden pensar así. Los marxistas

revolucionarios ven su deber en esto: mirar claramente a la realidad cara a cara y llamar a cada cosa por su nombre. Extraer a tiempo de la situación objetiva las perspectivas para la segunda etapa, es ayudar a los obreros de vanguardia a no ser tomados de improviso y a aportar la mayor claridad posible a la conciencia de las masas en lucha. Es precisamente en esto que consiste actualmente la verdadera tarea de una dirección política seria.



Fundación Federico Engels

C/ Hermanos del Moral 33, bajo • 28019 Madrid
Telf: 914 283 870 • Fax: 914 283 871
fundación_federico@engels.org • www.engels.org

La Fundación de Estudios Socialistas Federico Engels fue creada en 1987 con el objetivo de defender y difundir las ideas del marxismo revolucionario. Su actividad se centra en la publicación de materiales políticos que contribuyan a arrojar luz sobre los acontecimientos contemporáneos desde la óptica del socialismo científico, en un momento en que la ofensiva ideológica desatada contra las ideas socialistas exige un esfuerzo teórico y material por parte de todos aquellos que aspiramos a un cambio radical de la sociedad.

Haciéndote socio de la Fundación contribuyes a su sostenimiento económico, y favorecerás el desarrollo de sus actividades y publicaciones. Además recibirás los folletos que publiquemos, nuestra revista de debate político MARXISMO HOY, un descuento del 10% en los libros de nuestro catálogo y tendrás toda la información sobre las actividades públicas de la Fundación.

No lo dudes. Colabora con la Fundación, apoya las ideas del marxismo.

MARXISMO HOY

Revista de debate político

- Número 1 A cien años de la muerte de Federico Engels
- Número 2 La Transición española, un análisis marxista
- Número 3 La Revolución española (1931-1939)
- Número 4 Una alternativa socialista a la Unión Europea
- Número 5 Lecciones de Chile. A 25 años del golpe militar
- Número 6 El nuevo orden mundial del imperialismo
- Número 7 Perspectivas para la economía mundial
- Número 8 León Trotsky. Su pensamiento más vigente que nunca
- Número 9 La Transición española, un análisis marxista
- Número 10 América Latina hacia la revolución
- Número 11 Antonio Gramsci y la revolución italiana
- Número 12 Portugal 1974. La Revolución de los Claveles
- Número 13 La Comuna Asturiana de 1934
- Número 14 El marxismo y la guerra
- Número 15 El materialismo dialéctico y la ciencia
- Número 16 China, de la revolución a la contrarrevolución

COLECCIÓN CRÍTICA MARXISTA



- Razón y revolución. Filosofía marxista y ciencia moderna *Alan Woods / Ted Grant*
- Rusia, de la revolución a la contrarrevolución *Ted Grant*
- Lenin y Trotsky, qué defendieron realmente *A. Woods / T. Grant*
- Bolchevismo. El camino a la revolución *Alan Woods*
- La revolución bolivariana. Un análisis marxista *Alan Woods*
- Apuntes revolucionarios *Celia Hart*
- Euskal Herria y el socialismo. Marxismo y cuestión nacional *Alan Woods / Eloy Val*
- En defensa de la Revolución de Octubre (*selecc. escritos*) *Varios autores*



- Obras de Ted Grant Volumen I

- Sindicato de Estudiantes. 20 años de historia, 20 años de lucha

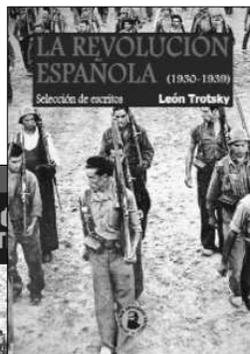


COLECCIÓN MEMORIA OBRERA

- Rebelión obrera en Tejas y Ladrillos *José Martín*
- 3 de marzo. Una lucha inacabada *Arturo Val del Olmo*
- Carrier. Lecciones de una lucha *Felipe Palacios*



COLECCIÓN CLÁSICOS DEL MARXISMO



León Trotsky

- La revolución permanente
- La revolución traicionada
- La lucha contra el fascismo
- 1905
- Terrorismo y comunismo
- La revolución española (1930-39)
- ¿Adónde va Francia?

Federico Engels

- El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado

CUADERNOS DE FORMACIÓN MARXISTA

- | | |
|---|---|
| 1. Introducción al materialismo dialéctico. | talista y del movimiento obrero en Turquía. |
| 2. La república soviética húngara de 1919.
La revolución olvidada. | 7. Stalin: 50 años después de la muerte del tirano. |
| 3. De noviembre a enero. La revolución alemana de 1918. | 8. Ascenso y caída de Napoleón Bonaparte. |
| 4. El marxismo y la religión. | 9. El Islam y EEUU, ¿amigos o enemigos? / El resurgir del fundamentalismo |
| 5. El marxismo y el arte. | 10. El origen de los judíos |
| 6. Breve historia del desarrollo capi- | |

PVP 1,50 euros

ESCRITOS DE TED GRANT

1. · Por qué llegó Hitler al poder.
· Ascenso y caída de la Internacional Comunista.
2. · ¿Habrà una recesión? / ¿Resolverá la reflación nuestros problemas?
3. · La Revolución China.
· La revolución colonial y la división chino-soviética.

PVP 1,50 euros

COLECCIÓN CLÁSICOS DEL MARXISMO



- | | |
|--|----------------------------|
| 1. El manifiesto comunista | <i>C. Marx / F. Engels</i> |
| 2. El Estado y la revolución | <i>V.I. Lenin</i> |
| 3. Las Tesis de Abril | <i>V.I. Lenin</i> |
| 4. La enfermedad infantil del 'izquierdismo' en el comunismo | <i>V.I. Lenin</i> |
| 5. Acerca de los sindicatos | <i>León Trotsky</i> |
| 6. Reforma o revolución | <i>R. Luxemburgo</i> |
| 7. Huelga de masas, partido y sindicato | <i>R. Luxemburgo</i> |
| 8. Qué es el marxismo / Su moral y la nuestra | <i>L. Trotsky</i> |
| 9. Salario, precio y ganancia / Trabajo asalariado y capital | <i>C. Marx</i> |
| 10. El 18 Brumario de Luis Bonaparte | <i>C. Marx</i> |
| 11. La guerra civil en Francia | <i>C. Marx</i> |
| 12. Crítica del programa de Gotha / Erfurt | <i>C. Marx / F. Engels</i> |
| 13. Problemas de la vida cotidiana | <i>L. Trotsky</i> |
| 14. El manifest comunista (català) | <i>C. Marx / F. Engels</i> |
| 15. Anarquismo y comunismo | <i>E. Preobrazhenski</i> |
| 16. La crisis de la socialdemocracia | <i>R. Luxemburgo</i> |
| 17. Contribución al problema de la vivienda | <i>F. Engels</i> |
| 18. L. Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana | <i>C. Marx / F. Engels</i> |
| 19. Introducción a 'Dialéctica de la naturaleza' (y otros) | <i>F. Engels</i> |

La Fundación Federico Engels publica regularmente su catálogo de libros y documentos. En él puedes encontrar más de cien títulos de obras de los clásicos del marxismo, muchas de ellas descatalogadas.

Si estás interesado en recibirlo, escríbenos y te lo enviaremos gratuitamente; también puedes consultarlo en www.engels.org